

CARLO SBURLATI

CODREANU EL CAPITAN

**Vida
y
muerte de
Codreanu,
fundador
y
Jefe
de la
Guardia
de
Hierro
rumana**



Colección "El libro blanco de la historia"

CODREANU, EL CAPITÁN

CARLO SBURLATI

El 30 de noviembre de 1938 un cobarde asesinato político privaba a Rumania de la única personalidad que parecía capaz de levantar la moral nacional a su país y darle un moderno y justo ordenamiento social: Corneliu Zelea Codreanu, fundador de la Guardia de Hierro y líder del partido victorioso en las elecciones.

Cuatro eran los puntos fundamentales de la lucha política de Codreanu: modernización, industrialización, justicia social y plena independencia nacional. Precisamente ha manifestado en fecha reciente Brzezinski, asesor de la Casa Blanca para la Europa del Este, que los actuales gobernantes rumanos, para intentar sustraerse a la sofocante influencia soviética, deben pretender, aunque sea tímidamente, el logro de estos objetivos.

A los treinta años de su muerte, la figura y la doctrina de Codreanu, tan poco conocidas, adquieren plena vigencia. La profunda espiritualidad que infundió a su movimiento puede ser un precedente de inestimable valor para la Europa desorientada de hoy.

El autor de esta obra, Cario Sbulatti, es un joven italiano, Licenciado en Medicina y Cirugía, que desde muy joven practica el periodismo, y que colabora actualmente en diversas publicaciones italianas. Se ha documentado ampliamente y ha sabido penetrar en lo más profundo del sentido que Codreanu infundió al movimiento legionario.

CARLO SBURLATI

CODREANU EL CAPITÁN

EDICIONES ACERVO

Versión española de JOSÉ M.^a AROCA

Título de la obra original: CODREANU IL CAPITANO

1970

IMPRESO EN ESPAÑA

A Susan, Dany y Elsa

«La información debe, por encima de todo, corresponder a la verdad. Nadie tiene derecho a propagar conscientemente informaciones falsas o presentadas bajo una luz que desnaturaliza su alcance; ni tiene derecho a escoger de un modo arbitrario sus informaciones, difundiendo únicamente lo que es útil a sus opiniones y callándose el resto: lo mismo se peca contra la verdad con informaciones inexactas que con omisiones calculadas.»

(Pablo VI, audiencia a los periodistas del 17 de abril de 1964.)

ÍNDICE

PREFACIO	4
<i>CARTA DEL PROFESOR HORIA SIMA AL EDITOR</i>	4
<i>CARTA DEL PROFESOR HORIA SIMA AL AUTOR</i>	5
<i>ADVERTENCIA DEL AUTOR</i>	7
LA VIDA	8
CAPITULO PRIMERO. EN EL TORBELLINO DE LA LUCHA.....	8
<i>ADOLESCENCIA Y JUVENTUD DE CODREANU</i>	8
<i>PRIMERAS BATALLAS</i>	10
<i>EL PROBLEMA JUDÍO</i>	11
<i>AL FRENTE DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL</i>	14
<i>LA LIGA DE DEFENSA NACIONAL-CRISTIANA</i>	15
<i>CAMPOS DE TRABAJO Y TERRORISMO POLICÍACO</i>	16
<i>FUNDACIÓN DE LA LEGIÓN</i>	18
CAPITULO SEGUNDO. LA ORGANIZACIÓN LEGIONARIA.....	20
<i>MOVIMIENTO ORIGINAL</i>	20
<i>LAS AGRUPACIONES JUVENILES</i>	21
<i>EL CUIB</i>	22
<i>LAS REUNIONES</i>	23
<i>LAS LEYES FUNDAMENTALES</i>	25
<i>LA ÉLITE LEGIONARIA</i>	26
<i>LA MÍSTICA DEL TRABAJO</i>	27
CAPITULO TERCERO. HACIA EL TRÁGICO EPÍLOGO.....	29
<i>LA GUARDIA DE HIERRO</i>	29
<i>EMPIEZAN LAS PERSECUCIONES</i>	31
<i>EN EL PARLAMENTO Y EN EL PAÍS</i>	32
<i>LA MUERTE DE DUCA</i>	35
<i>TITULESCU Y LA POLÍTICA EXTERIOR</i>	37
<i>LA TRAICIÓN Y SU CASTIGO</i>	39
<i>EL SACRIFICIO DE MOTA Y MARÍN</i>	41
<i>EL ÉXITO ELECTORAL</i>	43
<i>EL GOLPE DE ESTADO DE CAROL</i>	45
<i>ANTONESCU, EL AMIGO-ENEMIGO</i>	46
<i>UN TRÁGICO INCIDENTE</i>	49
EL PENSAMIENTO	52
<i>EL HOMBRE NUEVO</i>	52
<i>ANTIMAQUIAVELISMO LEGIONARIO</i>	54
<i>AFINIDADES Y DIFERENCIAS CON EL FASCISMO Y EL NACIONALSOCIALISMO</i>	57
<i>NACIÓN Y ESTADO</i>	60
<i>LA RELIGIOSIDAD</i>	62
<i>EL ANTISEMITISMO</i>	64
<i>EL ANTICOMUNISMO</i>	67
<i>ANTIDEMOCRACIA</i>	69
<i>CONCLUSIÓN</i>	72

PREFACIO

CARTA DEL PROFESOR HORIA SIMA AL EDITOR

Muy estimado señor:

Con gran satisfacción recibo de Vd. la noticia de que EDICIONES ACERVO van a publicar, dentro de la colección «El libro Blanco de la Historia», la versión española del libro de Cario Sburalti, «Codreanu, Il Capitano».

Es un libro que faltaba en el catálogo de tantos libros de valor inestimable que ha publicado esta Editorial, porque ofrece la historia de un movimiento nacional tan poco conocido todavía y tan calumniado por los enemigos comunes.

España ha sufrido las consecuencias morales y políticas de la «leyenda negra» y podemos decir que también el movimiento legionario ha sido la víctima de una similar y persistente campaña de falsedades históricas.

Como dije en mi carta al autor, una formidable máquina publicitaria, montada por lo conspiración comunista, trabaja día y noche por todos los medios modernos de comunicación para falsear la reciente historia de Europa y particularmente la heroica lucha de los movimientos nacionalistas contra la amenaza del Este.

EDICIONES ACERVO, una grata y noble excepción, intenta oponerse a este fraude intelectual, publicando libros que restablecen la verdad Histórica.

José Antonio y Corneliu Codreanu han tenido un destino común, tanto en la vida como en la muerte. Ambos fueron asesinados por las fuerzas ocultas del comunismo mundial, porque representaban un obstáculo en el camino de esta ideología perversa. Las circunstancias nacionales del crimen son secundarias en relación con la magnitud del complot internacional que decidió su muerte.

En este sentido, el libro de Sburalti constituye una contribución notable para explicar el enfrentamiento en Rumania entre las aspiraciones del pueblo rumano, bajo el mando de Corneliu Codreanu, y la poderosa organización del comunismo mundial que se ha infiltrado en los centros vitales de la Nación.

Le felicito cordialmente por la decisión de publicar el libro de Sburalti, un brillante exponente de la nueva generación italiana, y le doy también mis gracias por el servicio que presta al movimiento legionario.

Con un afectuoso saludo. Horia Sima

Madrid, 13 de septiembre del 1970

CARTA DEL PROFESOR HORIA SIMA AL AUTOR

Mi querido amigo:

Le agradezco de un modo especial el envío del manuscrito de su libro titulado «Codreanu, el Capitán», que he leído y valorado atentamente.

Desde el primer capítulo he seguido el hilo del relato con el máximo interés, maravillándome no tanto de su rigurosa investigación histórica, como de la fuerza de penetración de las páginas que iba recorriendo. He pasado de una emoción a otra y cuando, terminada la última línea, he podido juzgar la obra en toda su complejidad, me he dado cuenta de que me hallaba ante un libro realmente fundamental y documentado sobre el tema. Sé que, probablemente, el libro será traducido y publicado también en otros idiomas, cosa realmente oportuna porque ésta es una de las pocas obras escritas sobre Corneliu Zelea Codreanu y sobre el Movimiento Legionario que no esconde la verdad, no la fuerza ni la deforma.

Existen innumerables trabajos históricos contemporáneos que, al referirse al Movimiento Legionario, no hacen más que repetir las mismas inexactitudes y las mismas acusaciones contra la Guardia inventadas por nuestros adversarios. Algunos autores por comodidad, otros porque alimentan sentimientos de odio hacia nuestra lucha, no se consideran obligados a comprobar las afirmaciones tomadas de los panfletos de propaganda de los regímenes que nos han perseguido. Esto no se llama ya historia, sino escuálida propaganda, escrita para servir a determinados intereses o para saciar la sed de venganza de ciertos ambientes. Si la historia contemporánea, que se ha desarrollado ante nuestros ojos, sufre deformaciones tan groseras, ¿qué podemos creer de la historia de los siglos pasados? ¿Cuál es el porcentaje de verdad que existe en las obras que tratan de las épocas pretéritas?

Uno de los temas de más viva actualidad de nuestra época es ciertamente el problema de la verdad histórica, la cual está amenazada no sólo por la falibilidad humana o por las pasiones no sospechadas de los autores: existen verdaderos centros para la falsificación de la historia, organizados y dirigidos por los mejores elementos de la *intelligentzia* marxista, que han mancillado a ilustres personalidades del pasado e incluso el honor y la reputación de naciones enteras. Estos centros de subversión histórica actúan no solamente en los países sometidos a la férula comunista, donde tratan de borrar de la memoria de las nuevas generaciones la verdadera historia de los pueblos sojuzgados, sino también en los países del mundo libre. En Occidente, donde el clima de la libertad no ha sido aún suprimido, los comunistas no pueden recurrir al terror para ahogar la verdad histórica, pero tratan de sustituirla con «verdades» prefabricadas por el izquierdismo internacional. Abusando del principio de la libertad de conciencia y de expresión que gobierna la vida espiritual de Occidente, los marxistas se han infiltrado en el mundo de la «persuasión oculta» donde disponen de periódicos, revistas, transmisiones televisivas, editoriales, y donde cuentan con complicidades entre los escritores «comprometidos». No es un secreto para nadie que algunas grandes empresas editoras, que difunden anualmente millones de libros entre la masa de los lectores y que, por tanto, contribuyen ampliamente a la formación de la opinión pública, se encuentran bajo control comunista.

Vosotros mismos, en Italia, tenéis ante los ojos el testimonio de esta preocupante penetración del izquierdismo radicaloide en la cultura contemporánea. Uno de los hechos más significativos es la campaña facciosa, denigratoria y sobre todo antihistórica desencadenada por la TV y las grandes centrales informativas a propósito de la figura de Mussolini, el cual, en lo bueno como en lo malo, es sin duda una personalidad que merece todos los respetos. Esa campaña, ininterrumpida desde hace 25 años, se ha atenuado en los últimos tiempos en el extranjero, para dejar paso a una valoración más serena y objetiva del papel desempeñado por Mussolini en la historia de Italia y de toda Europa.

Por consiguiente, escribir un libro como el suyo, que no teme a la verdad y que no incurre en aquellos sutiles lugares comunes que provocan el aplauso de los que cuentan, es un acto de valentía especial en un mundo que sólo premia a los que saben permanecer dentro de «las reglas del juego».

Lo importante del libro es tanto mayor por cuanto es obra de un joven intelectual, perteneciente a la nueva generación y que no puede ser acusado de indulgencia hacia el fascismo. Nacido después de la guerra, no pudo presenciar los horrores y la degeneración, aunque, por su honestidad fundamental, no creo que atribuya toda la responsabilidad a una sola de las partes en litigio.

Lo que más me ha asombrado es el hecho de que durante todo el desarrollo de su trabajo, no

haya establecido contactos con exponentes o ambientes del movimiento legionario; probablemente no ha querido recibir sugerencias o influencias de quienes podían sentirse inclinados a dar versiones interesadas.

Eso aumenta los méritos del autor, porque no sólo ha conseguido darnos una descripción exacta y real de los hechos, sino que ha profundizado también en la verdadera sustancia de la Legión, cosa realmente difícil y casi imposible para un extranjero acostumbrado a vivir en un contexto nacional y socio-económico muy distinto. Lo que el autor ha conseguido no puede realizarse por medio de la razón, ni por una orientación ideológica similar, sino únicamente en virtud de una visión interior. Ha conseguido usted descender a las profundidades del alma legionaria.

Mientras avanzaba en la lectura de sus ideas, incluso su estilo me parecía familiar. Tenía la impresión de estar leyendo uno de nuestros clásicos: Cantacuzine, Puiu Garcineanu, Vasile Marín. Es casi un misterio cómo ha logrado usted asimilar el espíritu legionario, en un intervalo tan considerable de tiempo, completamente solo, sin haber tenido ocasión de conocer a ninguno de nosotros.

De hecho, se puede escribir sobre el Movimiento Legionario una historia correcta desde el punto de vista documental, lo cual ya es mucho, porque presupone mucha honradez por parte del autor. Pero una obra similar, por muy brillante que sea su exposición, en el fondo no explicaría nada. Porque su benemérito autor no habría puesto en evidencia lo esencial, ni habría penetrado en el humus invisible de la Legión, para descubrir la clave de la comprensión real de este complicado fenómeno. Lo que resulta más difícil para un extraño es asimilar el espíritu de la Legión, poder distinguir en la masa documental la visión interior en la que se inspiraron los actos de Corneliu Codreanu.

Usted, querido amigo, ha conseguido levantarse por encima del nivel de un historiógrafo concienzudo y penetrar en la sustancia del fenómeno legionario, en el mundo de los pensamientos, de los sueños y de los ideales de su fundador. Esta simbiosis espiritual, la única que garantiza la comprensión del movimiento legionario, es ciertamente el resultado de un acto de inspiración. De otro modo no hubiera podido descubrir la «intima ratio» de nuestro movimiento, el fondo de ideas y de energías que contiene potencialmente toda la historia de la Legión, su doctrina y el sentido de la capacidad de sacrificio y de resistencia a lo largo de cuarenta años de ininterrumpidas persecuciones.

La doctrina legionaria, como cualquier otro tipo de revolución, no es una mercancía de exportación. Sin embargo, contiene algunas verdades generales que son válidas en todas partes y en cualquier época. Corneliu Codreanu supo dar una formulación de síntesis a estas verdades :

«El individuo en el ámbito y al servicio de su Nación.»

«La Nación, en el ámbito y al servicio de Dios y de las leyes superiores.»

Sobre esta coordinada debe desarrollarse la vida del individuo, y cualquier alejamiento de estas leyes, de este orden y de esta jerarquía, acarrea fatalmente graves daños en la vida de los Estados y de los Pueblos.

Deseo de todo corazón que esta obra, escrita con pasión, con competencia y con profundo respeto a la verdad, sirva no solamente para dar a conocer un movimiento contemporáneo que continúa su lucha contra el comunismo, sino también para estimular en la juventud italiana el amor profundo a la Patria, evitando así que padezca el destino de la Rumania crucificada de hoy.

Horia Sima.

24 de junio de 1969

El Profesor Horia Sima, ex Ministro y Primer Ministro de Rumania, sucesor de Codreanu al frente del Movimiento Legionario, es actualmente jefe de la Guardia de Hierro en el exilio.

ADVERTENCIA DEL AUTOR

Esta obra se centra en la figura de Codreanu, y en consecuencia sólo trata de las vicisitudes de la Guardia de Hierro de un modo indirecto y hasta el año 1938, fecha de la muerte del Capitán. La historia completa del Movimiento Legionario hasta 1945, y tal vez hasta nuestros días, podrá ser tema de un futuro trabajo.

En el contexto del libro he considerado oportuno señalar indiferentemente con el nombre de Legión del Arcángel Miguel o Guardia de Hierro al movimiento de Codreanu, incluso cuando, por exigencias fácilmente comprensibles, hay que mimetizar la organización bajo unas siglas de conveniencia.

Todos los nombres rumanos están escritos con la grafía original, excepto, por razones tipográficas, los signos ortográficos especiales. Las palabras entrecomilladas proceden de los escritos o discursos de Corneliu Zelea Codreanu.

Quiero dar las gracias públicamente a todos aquellos que han contribuido a la realización de estas páginas con consejos, noticias, materiales raros y de difícil obtención.

En primer lugar al Profesor Horia Sima, ex Ministro y Viceprimer Ministro de Rumania, que con exquisita cortesía ha accedido a contestar a algunas preguntas mías. En segundo término al amigo Faus Bradesco, profesor de la Universidad Pro Deo de Río de Janeiro, insigne ensayista y poseedor de una de las más nutridas bibliotecas de libros y periódicos rumanos. Al profesor Eugen Weber, que ha impartido sus enseñanzas en las universidades de Princeton y de Berkeley, consultor de la fundación hebrea Guggenheim, cuyos libros sobre los movimiento nacionalistas europeos se han convertido en obras de texto en el campo antifascista y cuyas páginas me han resultado utilísimas para una mejor comprensión e interpretación del aspecto revolucionario del pensamiento de Codreanu. Al Dr. Rosu y al letrado Castaldo, expertos en problemas balcánicos y autores de numerosos trabajos sobre el tema. Al Dr. Emilio Carbone que, enviado especial en Rumania, ha conseguido hacerme llegar importantes documentos y testimonios, pudiendo contar con la colaboración y la amistad de ambientes insospechables de la Universidad de Bucarest y de la Academia de Cluj. Y finalmente a la queridísima Ecaterina, que desde Rumania me ha estimulado y espoleado para que llevara a término esta obra.

Carlo Sburlati

LA VIDA

CAPITULO PRIMERO. EN EL TORBELLINO DE LA LUCHA

ADOLESCENCIA Y JUVENTUD DE CODREANU

Corneliu Zelea Codreanu nació en Iasi el 13 de septiembre de 1899. Sus adversarios políticos han difundido el rumor de que su padre, profesor de idiomas en el Liceo de Huchi, era de origen polaco, y la madre de origen alemán.

En efecto, la madre era hija de un alemán naturalizado rumano, que se había establecido en Rumania después de casarse con una autóctona. En cambio, el supuesto origen polaco del padre es completamente falso. El profesor Ion Zelea Codreanu era rumano 100 %. Nativo de la Bucovina, perteneciente hasta 1918 al imperio austro-húngaro, fue registrado por motivos de desnacionalización con el apellido Zelinski, en virtud de la campaña de polonización de los nombres rumanos. Muchísimos apellidos de la zona corrieron la misma suerte en el transcurso del siglo, transformándose en polacos, y en consecuencia el caso no resulta asombroso, ni mucho menos.

El apellido de los antepasados de Corneliu era Zalea, convertido más tarde en Zelea. Su tío, que era guarda forestal, era conocido en toda la región por el apodo de Codreanu, que en el dialecto local significa «hombre del bosque». Por lo tanto, también es falsa la afirmación de que Corneliu se añadió ese sobrenombre admirado por las hazañas de un antiguo *haiduc*.

Iasi es una región situada en la Moldavia, en la parte centro-oriental de Rumania, que conserva entre sus muros imponentes monumentos y una tradición de cultura y de gloria. Sus monasterios, sus iglesias, sus palacios, atestiguan todavía hoy la exquisita sensibilidad y la clásica corrección de sus habitantes.

En aquella ciudad vivieron y actuaron hombres tales como Vasile Conta, Ion Creanga y Vasile Alecsandri, que señalaron a los rumanos el camino de su resurgimiento y les inculcaron el orgullo de pertenecer a una nación de estirpe y de origen latino.

Allí resonaron los versos de Mihai Eminescu, el Leopardi rumano, poeta triste y melancólico, cantor de las pequeñas cosas y de los sentimientos ocultos, pero también nacionalista ardiente y valeroso patriota. Especialmente esto último ejercerá durante toda su vida una especial fascinación sobre la personalidad de Corneliu.

Del padre, patriota sincero e irredentista entre los más decididos y resueltos (la Bucovina, por su misma posición geográfica, aunque étnica y espiritualmente rumana, estuvo siempre en disputa con las naciones vecinas), Codreanu aprendió desde muy niño a amar a su patria y a soñar para ella un futuro más digno y glorioso, en contraste con la amarga realidad de los tiempos presentes. Los periódicos de Cuza y de Iorga, campeones del irredentismo y del nacionalismo rumano, eran leídos ávidamente y conservados con religiosa veneración en el hogar paterno.

El joven Corneliu cursó estudios en el Liceo militar de Manastiréa-Déalulul; parecía destinado a la carrera de las armas, a la cual le predisponían sus indudables dotes de valentía, lealtad y decisión, pero el destino le reservaba otra suerte.

Entretanto, estalló la primera Guerra Mundial; en la vorágine bélica, ninguna de las naciones europeas quería faltar a la cita con la Historia. Rumania, entre otros motivos, tenía uno muy especial para entrar en liza: en la Transilvania, millones de rumanos esperaban con ansiedad la ocasión de reunirse a la Madre Patria.

Irredentistas y nacionalistas se impacientaban; un sutil juego diplomático se entabló entre las diversas cancillerías. Bucarest parecía titubear. Finalmente, el 15 de agosto de 1916, la «Pequeña Rumania» dio el paso decisivo y se mezcló en la refriega. El ejército cruzó los Cárpatos en medio de un alborozo de campanas y de banderas.

Codreanu quiso alistarse voluntario, pero no le aceptaron a causa de su corta edad. Debido a su

insistencia, y a título excepcional, le permitieron unirse al Regimiento paterno y a realizar tareas útiles a los soldados. Participó en el avance del Ardeal: eran los días del entusiasmo y del fácil optimismo; todos pronosticaban una rápida victoria, e incluso los derrotistas y los neutralistas parecían conquistados para la causa nacional.

Luego llegarían los días tristes de la retirada, convertida en caótica y dramática por la incuria y la criminal incompetencia de buena parte de casta militar y de los politicastros aficionados al trapicheo y a la improvisación. A pesar de todo, jóvenes y campesinos se cubrieron de gloria en los campos de batalla de Marasti, Marasesti y Oituz, poniendo más de relieve, por contraste, las deficiencias en el vértice de la nación.

Durante la retirada, Codreanu se prodigó hasta el límite de sus fuerzas, cargando con los fusiles perdidos por los combatientes a fin de que no cayeran en manos del enemigo. Pero su valentía y su desprecio del peligro indujeron al Comandante de la fuerza a enviarle a su casa, no queriendo asumir ulteriores responsabilidades, dada la corta edad de Corneliu. Su propio padre le convenció para que obedeciera, sugiriéndole la desgracia que representaría para su madre y sus seis hermanos la muerte del cabeza de familia y del primogénito.

El 1 de septiembre de 1917, con la secreta esperanza de salir para el frente y de aportar su contribución a la victoria, Codreanu se inscribió en la Academia Militar Activa de Botosani. Aquellos años de instrucción, unidos a los cinco años del Liceo Militar, forjaron el carácter de Corneliu, que recordó siempre con simpatía aquella experiencia de vida disciplinada y severa.

«Aquí he aprendido a hablar poco —escribiré más tarde—, lo cual me ha llevado a odiar la palabrería y la retórica. Aquí he aprendido a amar la trinchera y a despreciar los salones.»

Terminada la guerra, Codreanu continuó sus estudios en el Liceo de Huchi. El momento era particularmente difícil. Reunido territorialmente el país, sueño de generaciones de patriotas, quedaba la tarea más difícil: conducirlo por el camino del progreso y de un ordenado desarrollo, en el ámbito de las tradiciones rumanas y latinas, de cuyas características se enorgullecía justamente la población.

Pero un peligro ulterior vino a turbar la frágil estructura del reconstituido estado rumano; en Rusia, asesinado el Zar y triunfante la revolución, los bolcheviques habían asumido el poder. Estabilizada la situación interna con la derrota de las tropas Blancas y de los últimos generales zaristas, el nuevo estado soviético puso de manifiesto su intención de recuperar los territorios perdidos durante la guerra. Esta maniobra, que se desarrolló con éxito más tarde, con la II Guerra Mundial, se basaba en supuestos ideológicos y también en la presencia de minorías de lengua rusa que provocaban incidentes y hacían temer nuevas complicaciones.

Por eso, una tarde del mes de enero de 1918 Codreanu y una veintena de alumnos del Liceo se reunieron en el bosque de Dobrina y fundaron una asociación secreta, «Michele Cogalnicaenu», disfrazándola con fines culturales. El verdadero objetivo era el de luchar sin tregua contra el comunismo, lo mismo exterior que interno. El grupo consiguió armas y municiones y se preparó para crear la guerrilla y para estimular a sus compatriotas a la resistencia, en el momento en que las tropas rusas vadearan el Nistro.

El propio Corneliu cuenta con honda emoción el episodio del bosque de Dobrina:

«Había convocado a aquellos jóvenes amigos para discutir con ellos un problema grave, a pesar de que nuestras vidas apenas estaban esbozadas. ¿Qué haríamos si los rusos invadían nuestro suelo? Mi opinión, con la cual coincidieron también las demás, era esta: si el ejército bolchevique cruzaba el Nistro y el Prut, no nos someteríamos, sino que nos retiraríamos a los bosques y localidades inaccesibles. Allí organizaríamos un centro de acción y de resistencia y, a base de golpes descargados con decisión y astucia, haríamos difícil la vida al enemigo y mantendríamos encendida una antorcha entre las masas rumanas de los pueblos y de las ciudades. Nos juramentamos para ello en el bosque secular» (*Pentru legionari*, pág. 9)¹.

¹ Corneliu Zelea Codreanu, «Pentru Legionari», Ed. Totul pentru Tzara, 1937. Traducida al italiano con el título «Guardia di Ferro», Casa Editrice Nazionale, Roma-Torino, 1938.

PRIMERAS BATALLAS

La posguerra presentó también en Rumania una faz similar a la que tuvo en otras muchas naciones combatientes, vencedoras o vencidas, indistintamente. Junto a una clase dirigente vieja y esclerótica, tenazmente aferrada a antiguos privilegios y a estériles juegos de pasillo, se alzaba un pueblo que en su inmensa mayoría había luchado con paciencia y con abnegación, con coraje y con entusiasmo. Los que habían regresado de los campos de batalla acogieron con alegría y con legítimo orgullo la reconquista de la unidad nacional y de la integridad territorial, pero ahora esperaban un renacimiento y un despertar político-social, económico y cultural. Sin embargo, la vida política rumana, dirigida siempre por los mismos círculos, no tardó en recaer en la acostumbrada mezquindad de objetivos y en el acostumbrado provincialismo, huérfana de ideales, entretejida de demagogia y de nefastos levantamientos.

La reforma agraria de 1919, que había despertado tanto interés y tantas esperanzas entre las clases menos pudientes, no tardó en revelarse como inoperante. Los campesinos se encontraron más pobres que antes y con una de las rentas per capita más bajas de Europa. Aquella plebe agricultora e incluso el proletariado y el sub-proletariado ciudadano, gozaban teóricamente de cierta libertad política y asociativa, que en la práctica se traducían en el mantenimiento de una clase parasitaria y mangoneadora, la cual pensaba más en su propia promoción social que en los intereses de los más humildes.

A esto hay que añadir la propaganda agresiva de los activistas comunistas infiltrados en las fábricas, en las Universidades y entre los intelectuales y que, debido al precario estado de cosas de Rumania, a los malos gobiernos y a la escandalosa deshonestidad de los que debían dar buen ejemplo, encontró siempre una gran audiencia entre la población.

Codreanu, en 1919, terminados los estudios superiores, se inscribió en la facultad de Derecho de la Universidad de Iasi. Muchísimos, cerca de seis mil, eran los estudiantes de aquella ciudad, cuyo Ateneo era el segundo en importancia y en reputación, superado únicamente por el de la capital.

La atmósfera de la Universidad estaba inficionada de izquierdismo y de marxismo; interrumpidos los cursos por la guerra, cuando se reanudaron en 1919 la masa compacta de los profesores y buena parte de los estudiantes simpatizaban más o menos abiertamente con las ideas de Marx y de Engels que, en la vecina Rusia, habían encontrado un intérprete tan valioso como Lenin. El Rector y Presidente del Parlamento Rumano, Bujor, afirmó en pleno Senado, entre atronadores aplausos y unánimes asentimientos, que «la luz viene de Oriente».

He aquí cómo recuerda Codreanu (*Pentru Legionari*, pp. 11-12) su primer contacto con aquel ambiente:

«Nosotros, superados por la enorme masa de estudiantes israelitas llegados de la Besarabia, todos activistas y simpatizantes del comunismo, nos sentíamos envueltos por una atmósfera de hostilidad y de desprecio. Los alumnos de tendencias políticas opuestas escupían al suelo en señal de escarnio cuando pasábamos por las aulas o por las salas de la Facultad; se habían hecho agresivos, cada vez más agresivos.»

También las masas trabajadoras andaban revueltas. Las huelgas y las ocupaciones de fábricas estaban a la orden del día. Por doquier veíanse banderas rojas y se oía cantar la Internacional. Y así, mientras la escasa riqueza nacional se convierte en humo debido a la inestabilidad y la precariedad político-social, marxistas y sindicalistas democráticos compiten en resolver con palabras los graves problemas del país, aunque en realidad no hacen más que precipitarlo en la anarquía más absoluta.

En el otoño de 1919, Codreanu, a través de una publicación que ha recibido de manos de un amigo, se entera de la existencia de un pequeño pero aguerrido grupo político: «La Guardia de la Conciencia Nacional».

Su Presidente era Constantin Pancu, un hombrón de casi dos metros de estatura con un físico de levantador de pesos. Perteneciente a la clase obrera, había conquistado una gran popularidad retando y poniendo fuera de combate a un luchador húngaro, hasta entonces imbatido. Su agrupación, constituida recientemente, pareció despertar cierto interés entre obreros y estudiantes, y acogió también en sus filas a varios miembros del profesionalismo liberal y a algunos sacerdotes.

Decididamente anticomunista, preconizaba un sindicalismo avanzado y revolucionario, aunque absolutamente impermeable a los mitos internacionalistas y marxistas. Con el ingreso de Corneliu en

la agrupación, que tenía su sede en un destartalado local de la calle Alecsandri, Pancu encontró un colaborador audaz y capacitado, que en muy poco tiempo consiguió atraerle la simpatía de buena parte del mundo obrero y estudiantil y contrarrestar con inteligencia la propaganda de las aguerridas ligas comunistas diseminadas por todo el país.

«Cuando me lancé a la primera lucha —escribirá Corneliu—, no lo hice obedeciendo a incitaciones ajenas ni tampoco a consecuencia de deliberaciones o decisiones previas, de cuya puesta en práctica me hubiesen encargado. No actué bajo el impulso de una grande y prolongada agitación interior o meditación profunda. Nada de esto. No podría definir cómo entré en la lucha. Lo hice como un hombre que, andando por la calle con sus propias preocupaciones, sorprendido por el fuego que devora una casa, se despoja rápidamente de su chaqueta y se lanza en socorro de los que son presa de las llamas.» (*Pentru Legionari*, pág. 46.)

El 10 de febrero de 1920 se declaró la huelga general en todo el país. Al mismo tiempo se produjeron refriegas y manifestaciones obreras. En algunas ciudades la policía cargó contra los manifestantes, aumentando todavía más la tensión y la cólera popular. La situación parecía haber llegado al punto de ruptura. En la Fábrica de Tabacos cerca de dos mil obreros en huelga enarbolaron la bandera roja entre dos retratos de Marx y Trotsky. Varios mecánicos que simpatizaban con Pancu fueron maltratados, y más de uno tuvo que recibir asistencia médica a causa de las lesiones recibidas.

Contra los partidarios de una intervención gubernativa y militar (típica mentalidad de la Guardia Blanca del régimen), Codreanu sostuvo la necesidad de actuar de un modo personal y fulminante. Era preciso arriar la bandera roja y reivindicar un reconocimiento más justo para el trabajo rumano, contra el parasitismo tan difundido en el país. Tras un primer encuentro con los comunistas, un grupo de jóvenes obreros al frente de los cuales figuran Codreanu y Pancu penetran en la fábrica de Tabacos. Corneliu trepa al tejado, arría la enseña roja y arenga a la multitud. Era, el primero de una larga serie de éxitos.

Pero el baluarte comunista se encontraba en las oficinas C.P.R., en las proximidades de la vía férrea de Nicolina (Iasi). Codreanu, con la bandera rumana entre los dientes, destruye la enseña roja izada por los sindicalistas comunistas y en su lugar hace ondear los colores nacionales. A la salida, grupos de obreros enfurecidos bloquean el paso, deseosos de dar una lección al temerario. Corneliu y Pancu, cincuenta metros delante de sus compañeros, avanzan decididos, con las manos en los bolsillos y las pistolas a punto de disparar. Les dejan pasar, y les siguen en el triunfo incluso muchísimos obreros de buena fe, que antes simpatizaban con el comunismo.

También en Rumania los mitos internacionalistas y marxistas se revelaron incapaces de resolver los apremiantes problemas del mundo del trabajo. A partir de entonces, con una política social sumamente avanzada, Corneliu conseguirá la adhesión casi plebiscitaria de las masas obreras. Algunos han querido ver en esto un fenómeno muy similar al justicialismo y al peronismo. Pero, aunque algunos de sus aspectos resulten coincidentes, la matriz original de estos dos movimientos es muy distinta.

Apoyándose en aquel éxito, la «Guardia de la Conciencia Nacional» organizó a los obreros en sindicatos y dio vida a una nueva agrupación política «Socialista-Nacional-Cristiana». He aquí un resumen de su programa, en el cual se adivina claramente la influencia de Codreanu:

«No permitiremos a nadie que intente izar en territorio rumano una bandera que no sea la de nuestra historia nacional... No permitiremos que al amparo de las fórmulas tricolores se instale una clase oligárquica y tiránica, con el objetivo de explotar a los obreros de todas las categorías, tomando como pretexto el interés nacional. Esos señores no podrán invocar ya a la Patria, a la cual no aman, a Dios, en el cual no creen, a la Iglesia, en la cual no entran nunca, al Ejército, al cual envían a la lucha sin armas y sin una adecuada preparación.»

EL PROBLEMA JUDÍO

En Cluj, los días 4, 5 y 6 de septiembre de 1920, se celebró el primer congreso estudiantil de la posguerra.

«Grande era el entusiasmo debido a la unión de la estirpe rumana, obtenida con la fuerza de las armas y con los sacrificios de todos. ¡Cuánto entusiasmo, cuántas emociones, cuántas lágrimas

vertimos juntos! Pero tan grande como el entusiasmo por el presente era la desorientación en lo que respecta a las perspectivas del futuro.» (*Pentru Legionari*, pág. 26.)

Conviene saber que en Rumania, antes de la segunda guerra mundial, del 4 al 5 por ciento de la población total era judía. Según estadísticas de Weber², los judíos constituían el 23,6 por ciento de la población urbana de la Moldavia, el 27 por ciento de la población urbana de la Besarabia y el 30,1 por ciento de la población urbana de la Bucovina. Para la mayor parte de ellos (los 2/3 en la Moldavia, los 5/6 en la Bucovina y casi todos en la Besarabia), el hebreo era la primera, e incluso la única lengua.

Sea por la indudable capacidad de este pueblo, sea por un mejor entendimiento con el poder constituido, sea por otros motivos que sería demasiado prolijo explicar, gran parte de la riqueza nacional estaba en manos de los judíos. Estos, además de controlar la mayor parte de las industrias y de los comercios, poseían enormes extensiones de terreno y casi todas las zonas más fértiles; dirigían importantes periódicos y eran muy escuchados cerca del gobierno y cerca de la Corona.

Aquel estado de cosas no molestaba a las clases más pudientes y acaudaladas, que tenían en común con los judíos intereses financieros o económicos o recibían apoyos de naturaleza política, pero creaba un clima de animadversión hacia los judíos entre las capas más pobres de la nación. Obreros y campesinos, de un modo especial, identificaban, con razón o sin ella, al Judío con el patrono que les explotaba en las fábricas o con el comerciante que adquiría los productos de la tierra a unos precios irrisorios; pero que exigía unos arriendos abusivos cuando se trataba de dar a trabajar tierras de su propiedad.

No hay que olvidar, por otra parte, los motivos de naturaleza política. Siendo archisabido que muchos judíos eran militantes comunistas, los nacionalistas y una gran parte de la población tendían a identificarles como simpatizantes del enemigo, un enemigo que, tal como hemos visto, buscaba pretextos para apoderarse de aquellos territorios que debió ceder en 1918 y que no consiguió recuperar hasta después de 1945.

Es un hecho evidente que en Rumania el descontento contra los judíos era muy intenso, un descontento del cual se habían hecho portavoces diversas personalidades de la historia y de la literatura rumanas, entre ellas el gran poeta Mihai Eminescu. Sin embargo, hay que decir —y esto se explicará mejor en el capítulo del pensamiento de Codreanu dedicado al antisemitismo— que la animadversión contra los judíos no se inspiraba en ningún motivo racial, ni presentaba caracteres de una persecución religiosa, sino que tenía su origen en situaciones objetivamente existentes en el país.

En el congreso de Cluj de 1920 Codreanu obtuvo su primer gran éxito entre los estudiantes, aquellos estudiantes que a partir de entonces constituirían la armazón de su movimiento y no vacilarían en sacrificar sus vidas en aras de su fe en el credo legionario.

Se trataba de limitar a un porcentaje proporcional a la incidencia numérica el acceso de los israelitas a los Ateneos. Motivo: la masa preponderante de estudiantes judíos que frecuentaban las escuelas superiores y las Universidades, impedían a muchos jóvenes capacitados cursar estudios, porque no disponían de medios económicos y porque los puestos escolares eran pocos.

«Nuestro pequeño grupo de Iasi, invencible por su decisión, unido al grupo de los bucovinos, luchó ininterrumpidamente durante dos días. Nuestra victoria de entonces resultó decisiva. Los Centros estudiantiles, de no haber prosperado nuestro punto de vista, habrían perdido su carácter nacional. Más tarde, en 1922, no hubiésemos tenido el estallido de un movimiento estudiantil rumano, sino el comienzo de la revolución comunista.» (*Pentru Legionari*, pág. 27.)

En 1920, por primera vez en la historia, el Senado Académico de la Universidad de Iasi decidió abrir el año académico sin el habitual rito religioso. Codreanu, con un grupo de amigos, protestó. Ante la inutilidad de sus protestas cerca de los profesores, casi todos ateos o escépticos en materia religiosa, decidió actuar.

El día de la apertura de los cursos pegó este cartel a la puerta del Ateneo: «Se advierte a los señores estudiantes y profesores que esta Universidad no se abrirá hasta que se haya celebrado el tradicional rito religioso; hasta entonces permanecerá cerrada».

Se entablaron furiosas discusiones que no tardaron en traducirse en un pugilato general. Cuando

² Hans y Eugen Weber, «Rumania», en «The European Right», Berkeley, 1965.

la refriega estaba en su apogeo, apareció un bedel de la Facultad con el siguiente aviso: «Se pone en conocimiento de todos que la Universidad permanecerá cerrada hasta el miércoles, día en que se abrirá con el servicio religioso».

«A partir de entonces —dirá Codreanu—, arraigó en mí la convicción, que nunca me abandonó, de que el que lucha por Dios y por su pueblo no podrá ser derrotado.»

Otra batalla memorable de aquellos primeros años de actividad política de Codreanu fue la librada contra los estudiantes que llevaban la *sciapka*, un elegante cubre-cabezas ruso. Para muchos se trataba de hacer ostentación de su fe comunista, pero la mayor parte de estudiantes lo llevaba para ir a la moda con una prenda que quería ser anticonformista. En pocos días, todas las *sciapkas* rusas desaparecieron de las cabezas de los estudiantes y sirvieron para alimentar una imponente fogata en la plaza de la Unidad.

La personalidad de Codreanu, austero, místico y audaz suscitó en el ámbito universitario interminables discusiones que repercutieron incluso sobre la vida política. Fueron memorables las discusiones con los redactores de «La Opinión», atacados a fondo con frecuencia por Codreanu y sus compañeros. De la polémica, dada la predisposición juvenil, se pasaba a menudo al terreno de los hechos.

Tomando como pretexto uno de aquellos incidentes, el Rector de la Universidad de Iasi expulsó a Corneliu de los cursos y de las lecciones. Pero los profesores de la Facultad de Derecho, en la cual estaba inscrito, salieron en su defensa y negaron validez jurídica a la resolución adoptada el 4 de mayo de 1921 por el Rectorado, inscribiendo a Codreanu en los exámenes de otoño.

El pleito se prolongó por espacio de mucho tiempo. La Facultad de Derecho se declaró independiente y retiró a su representante en el Senado Académico. A pesar de ello, terminados los estudios, Codreanu no recibió el título de Licenciado en Derecho; la Facultad sólo pudo extenderle un certificado de asistencia y de habilitación.

Las mismas controversias se produjeron cuando Corneliu fue elegido Presidente del grupo «Estudiantes de Leyes». Al no ser ratificado por el Senado, Codreanu llevó a cabo un acto revolucionario y se ratificó a sí mismo.

En aquel período, el impulso motriz de la lucha procedía del centro estudiantil «Esteban el Grande». Allí se desarrollaban violentas discusiones, allí Codreanu y sus compañeros hicieron nacer el interés por los escritos de Cuza, Paulescu y Hodjou, allí los estudiantes aprendieron a adquirir conciencia de su fuerza y de su influencia en el país.

El 22 de mayo de 1922 fue otra fecha importante en la vida de Codreanu; aquel día se fundó oficialmente la Asociación de «Estudiantes Cristianos», que tendrá un éxito sin precedentes en todo el país. No tardará en convertirse en uno de los centros de lucha nacional más activos y batalladores.

En otoño de 1922 Codreanu se ausenta de Rumania.

Se establece en Berlín, y se inscribe en la Facultad de Economía Política de la Universidad. Al inaugurarse el año académico en presencia del Rector Magnífico y de todas las demás autoridades, Corneliu se presenta ataviado con el traje nacional rumano, despertando la curiosidad general.

Estas breves impresiones sobre Alemania, inmediatamente después de la catastrófica pérdida de la guerra, pertenecen a Codreanu:

«Me impresionaron, en medio de la miseria en que se encontraba sumido el pueblo tudesco, el espíritu de disciplina, la capacidad de trabajo, el sentido del deber, la corrección, la resistencia y la esperanza en mejores días. Era un pueblo sano, y me di cuenta de que no se había dejado abatir por la desgracia, sino que había resurgido gracias a su orgullo y a pesar de las enormes dificultades con que se enfrentaba.»

La vida de Corneliu en Alemania fue particularmente dura; para poder estudiar se vio obligado a mil sacrificios y mil renunciaciones. En una segunda época se trasladó a Jena, donde parece ser que se ganó la vida suministrando frutas y verduras a los restaurantes, por cuenta de un comercio mayorista.

Allí se enteró de la marcha sobre Roma y de la toma del poder por Mussolini en Italia. A pesar de las numerosas diferencias existentes entre su ideario político y el ideario fascista, el hecho le pareció de buen augurio, un buen síntoma en la lucha contra el comunismo y contra el materialismo

imperante.

AL FRENTE DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

En diciembre de 1922, toda la población estudiantil de Cluj se encuentra en ebullición. La gota que hará desbordar el vaso es el hecho de que los estudiantes y médicos judíos llevan a cabo las disecciones únicamente sobre los cadáveres de ciudadanos de religión ortodoxa o católica, negándose a efectuarlas también sobre sus correligionarios. El incendio no tarda en propagarse a todas las Universidades rumanas, transformándose en lo que ahora ha dado en llamarse una «contestación» general.

Codreanu intuyó inmediatamente que el momento era muy importante e incluso decisivo para el futuro de Rumania. Abandonó apresuradamente Alemania y regresó a la patria, donde le esperaban los antiguos compañeros, decididos a explotar a fondo la situación.

«Los días 3 y 4 de diciembre se producen grandes manifestaciones callejeras en Bucarest, en Iasi, en Cernautzi. Toda la clase estudiantil está en pie, consciente de la gran responsabilidad del momento. Un gran momento de electrización colectiva, sin preparativos preliminares, sin vanas discusiones, sin que los de Cluj conocieran a los de Iasi, de Cernautzi, de Bucarest. El 10 de diciembre no es tan grande por el valor de las formulaciones que entonces se hicieron, como por haber señalado el milagro del despertar de toda una juventud, a la luz de lo que dictaba el alma. Es importante como punto de partida de una acción que exigirá a la juventud rumana tanta fortaleza de ánimo, tanto heroísmo, tanta madurez, tantos sacrificios conocidos e ignorados, y tantas tumbas» (*Pentru Legionari*, pp. 55-56).

Y al frente de aquella juventud rumana se encuentran Codreanu y Mota.

Ion Mota, nacido en Orastie el 5 de julio de 1902, era hijo de un sacerdote ortodoxo que había sido condenado a muerte por los húngaros por sus actividades irredentistas rumanas, y al que una rocambolesca fuga a la Rumania libre había salvado de un horrible final.

Terminada la guerra, en 1921 Ion Mota se inscribió en la Universidad de Cluj donde, gracias a su indiscutible capacidad, a su valentía, a su decisión y al ascendente que había adquirido sobre sus compañeros, fue elegido Presidente del Círculo Estudiantil «Petru Maior».

El conocimiento recíproco resultará decisivo en la vida de entrambos. Una amistad perenne unirá para siempre a aquellos dos apóstoles del renacimiento de Rumania, a aquellos dos revolucionarios que querían hundir su bisturí en el gangrenado cuerpo de la nación de Decébal, para convertirla en una nación nueva y moderna, socialmente avanzada y espiritualmente renovada, al margen de la lucha de clases y de las diatribas de los incautos manipulados hábilmente por astutos politicastos.

Una muerte violenta y prematura, cuando brillaba aún para entrambos el sol de la juventud, les unirá en su saludo postrero a la vida.

La moción votada el 10 de diciembre afectaba a reivindicaciones de orden político-social, incluyendo también algunas exigencias de orden más estrictamente escolar. Y sobre esta supuesta disonancia trataron de especular los politicastos rumanos y algunos dirigentes juveniles, integrados ya por completo en el sistema. Pero la maniobra de transferir toda la agitación al terreno de las reivindicaciones materiales, haciendo pasar a segundo plano aquello que constituía el verdadero objetivo de la lucha, encontró en Codreanu y Mota dos obstinados oponentes, que supieron introducirse dentro de todo el cuerpo estudiantil.

Se había ganado otra batalla, y Corneliu podrá decir que el campo de acción es insuficiente y que se impone la necesidad de extender la lucha a todo el pueblo rumano. El movimiento de rescate nacional no debe partir únicamente de los lugares de estudio y de esparcimiento, sino también de las fábricas y talleres, de las oficinas y de los campos.

A propósito de las perspectivas abiertas por la victoria del 10 de diciembre, Constantin Papanace, otro de los futuros jefes legionarios, escribirá:

«Aunque el espinoso problema judío, con todos sus aspectos alarmantes por cuanto afectaba a la clase dirigente, a la cultura nacional, al problema de las ciudades, al acaparamiento de la economía, etc., parecía constituir el objetivo principal de la lucha, quedaba muy superado por las

verdaderas aspiraciones que en aquella época se presentaban a la conciencia de los rumanos. Por su carácter complejo, sólo podía pertenecer a la categoría de los problemas de la vertiente negativa de nuestra existencia. Incluso si, en virtud de un milagro, hubiese quedado completamente resuelto, es evidente que los ideales que animaban a los estudiantes no se habrían visto afectados»³.

LA LIGA DE DEFENSA NACIONAL-CRISTIANA

Cadreanu se dio cuenta de que había llegado el momento de fundar un partido propiamente dicho, para continuar con mayor empeño e incisión la batalla iniciada desde los bancos de la Universidad. Hacía falta un nuevo instrumento, pero hacía falta sobre todo hombres nuevos, que supieran imponerse no sólo por su capacidad y por su modo distinto de enfrentarse con los problemas, sino también por las diversas soluciones ofrecidas al país.

El hombre más prestigioso de Rumania en aquellos momentos, o al menos el hombre que acaparaba las simpatías de la mayor parte de la población por su comportamiento, inspirado en los más rígidos principios de probidad y de honestidad, era el profesor Cuza. Gran admirador de Drumont y de Maurras, el profesor Cuza era un viejo amigo de Corneliu, que le había tenido como maestro en la Facultad de Derecho de la Universidad y que siempre había seguido sus campañas periodísticas, impregnadas de un inquieto nacionalismo y de una sincera adhesión a los problemas de las capas más humildes de la población.

Hay que decir, ciertamente, que el profesor Cuza, más que un verdadero político es un literato y un hombre de ciencia que siempre ha alimentado cierta desconfianza hacia la política y sus manejos más o menos lícitos. Codreanu forzó prácticamente su mano, induciéndole a aceptar la Presidencia del nuevo grupo, en tanto que él se encargaba de la organización y de la propaganda.

Así, el 4 de marzo de 1923 nace la «Liga de Defensa Nacional-Cristiana», más conocida por su sigla (L.A.N.C.) Más de diez mil personas se reúnen en Bucarest para el acto de Constitución, hasta el punto de que la Sala Dejan, donde tiene lugar la ceremonia, resulta insignificante y la multitud se extiende por las calles contiguas. Luego, en la Catedral, es bendecida la enseña de la asociación: negra, con un disco blanco en el centro, rodeado por los colores de la bandera rumana.

No se han apagado aún los ecos de la fundación de la L.A.N.C. cuando el Gobierno, con una misteriosa maniobra, hace derogar el artículo 7 de la Constitución. Sin el menor respeto por el procedimiento de rigor en tales materias, se concede así la ciudadanía rumana, con plenos derechos, a todos los judíos sin discriminación alguna.

En el país estallan peligrosos desórdenes. El profesor Cuza dirige una proclama a la nación: «¡Rumanos! La Constitución del 28 de marzo ha de ser suspendida inmediatamente. Protestad contra su votación. Pedid elecciones libres. Organizaos para aseguraros la victoria. Una nueva constitución debe garantizar los derechos de integridad de nuestro pueblo».

En Iasi se producen violentísimas refriegas. En el Puente Rojo resuenan disparos de pistola y descargas de fusilería. La Universidad se encuentra en el centro de la lucha y proporciona el nervio de los manifestantes. El Ejército, apoyado por la policía y por la gendarmería a caballo, interviene con mano dura para restablecer un simulacro de orden.

Las autoridades presionan a la Administración Universitaria para que tome medidas que conduzcan al final de los disturbios. Se agita el espantajo de la suspensión de los Cursos y, para los más pobres, de la abolición de las facilidades en favor suyo.

Durante aquellas manifestaciones Corneliu fue detenido por primera vez e internado en la prisión de la Puerta Verde. Empezaba la larga serie de las detenciones que a lo largo de varios años habían de sufrir Codreanu y sus compañeros, sometidos a una verdadera persecución política, y que habían de culminar en su eliminación despiadada, sin previo proceso.

A pesar de todo, la organización del Movimiento Estudiantil no estaba dispuesta a arriar velas. Se preparó un nuevo congreso para los días 22 al 25 de agosto de 1923. Las autoridades esperaron al último momento para informar a Ion Mota, en su calidad de Presidente del Centro «Petru Maior», que no concedían la autorización. La situación era delicada, pero Corneliu decidió no doblegarse al

³ Constantin Papanace, «La génesis y el martirio del Movimiento legionario rumano», Biblioteca verde Armatolii Cetatea Eterna, 1959.

abuso de las autoridades; el congreso se celebraría en la fecha prefijada.

La Convención debía inaugurarse con una función religiosa en sufragio de los estudiantes muertos en la guerra. Pero la policía ordenó atrancar la puerta de entrada a la iglesia y que no se permitiera entrar bajo ningún pretexto a los estudiantes. Se repitió entonces lo que había sucedido en Fiume, después de la Navidad sangrienta. Los estudiantes, arrodillados al aire libre y rodeados por una multitud imponente, rezaron en silencio.

La provocación de las autoridades continuó; los estudiantes se vieron obligados a ocupar las aulas universitarias para celebrar su congreso, pero el 13.º Regimiento rodeó rápidamente todo el edificio. La policía lanzó un ultimátum: dejaría libres a todos los estudiantes, a cambio de uno solo de ellos: Codreanu. La totalidad de los jóvenes rechazó la exigencia; la intervención del ejército parecía inevitable.

Entonces se decidió una salida en masa, aprovechando la presencia de la multitud que, arengada por Constantin Pancu, rodeaba amenazadora a las tropas. Codreanu consiguió burlar a los esbirros que pretendían su captura. El Congreso se celebró, pero en la clandestinidad. Al presentarse Codreanu, vestido de mecánico, no fue reconocido ni siquiera por sus compañeros. El congreso se clausuró sin incidentes, pero la exasperación de los estudiantes parecía difícil de controlar.

Poco después, el futuro Capitán se hizo popularísimo también entre los campesinos. En efecto, el 17 de septiembre de 1923 se celebró en Campul Lung el Congreso de la L.A.N.C. y entre otros problemas a tratar figuraba en la orden del día la situación agrícola del país, que se presentaba más bien precaria a causa de la excesiva atomización de la propiedad rural. Una treintena de campesinos fueron encargados de visitar al Primer Ministro en Bucarest para entregarle una petición con las resoluciones y las propuestas aprobadas.

Las mayores protestas tenían su origen en la concesión por parte del gobierno de una gran parte de los montes y de los bosques de la Bucovina al judío Anhauh, por la irrisoria cifra de 10 lei el metro cuadrado; la población autóctona, que vivía del campo, tenía que pagar el metro cuadrado a más de 400 lei.

Pero al llegar a Bucarest, después de un largo viaje, aquellos campesinos no fueron recibidos por las autoridades, y ante sus protestas fueron cargados violentamente por la policía. Codreanu, que les acompañaba, decidió entonces hacer intervenir a los estudiantes, los cuales no tardaron en romper el cordón policíaco. El Primer Ministro Bratianu se vio obligado a recibir a la delegación, prometiendo resolver los problemas que le planteaban, Pero no hizo absolutamente nada.

CAMPOS DE TRABAJO Y TERRORISMO POLICÍACO

«La base estudiantil ha llegado al límite de lo que puede soportar; antes que capitular vergonzosamente, sacrifiquémonos, pero caigan en torno a nosotros los culpables de la traición a los intereses rumanos. Procurémosnos pistolas, disparemos contra ellos, demos un ejemplo terrible que quede inscrito en la Historia del país como una advertencia permanente. Los elegidos de entre nosotros morirán o pasarán en la cárcel el resto de su vida. Se sacrificarán por el bien de toda la juventud.» (I. Mota, «Cranii de Lemn»)⁴.

En la Introducción de su libro *Pentru Legionari*, Codreanu afirma que ha querido incluir también en él algunos graves errores de juventud. Aunque no lo especifica claramente, parece que sus palabras se refieren a ese complot y a la subsiguiente eliminación del prefecto de la policía Manciu. Es evidente que, habiendo preconizado ya desde entonces el método de la no-violencia como arma de lucha, considerase superada y del todo improductiva aquella forma de actuar.

Sea como fuere, la exasperación de los estudiantes se había hecho incontenible. Se decidió dar, de una vez por todas, un tremendo ejemplo de la determinación de las nuevas generaciones. A tal efecto se confeccionó una lista que contenía los nombres de seis ministros, de algunos rabinos extremistas, de tres ricos banqueros y de los directores de los influyentes periódicos «La Lucha», «La Verdad» y «La Mañana».

⁴ Ion Mota, «Cranii de Lemn», Ed. Totul pentru Tzara, 1937. 52

Como ejecutores del complot fueron elegidos varios jóvenes, en representación de todas las regiones del país: Codreanu e Ilia Garneatza por la Moldavia, Ion Mota y Corneliu Georgescu por la Transilvania, Vernichescu por el Banato, Radu Mironovici por la Bucovina y Tudose Popescu por la Valaquia.

La tarde del 8 de octubre de 1923, mientras los conjurados estaban reunidos para establecer los últimos detalles, la policía irrumpió en el lugar de reunión y detuvo a todo el grupo. No tardó en saberse que el delator era uno de los mismos promotores de la acción, y concretamente Vernichescu, el cual, tal vez esperando alguna recompensa, había informado a las autoridades y al Primer Ministro Bratianu. Un castigo realmente inhumano, si bien en parte merecido por cuanto no había vacilado en traicionar a sus amigos más queridos, cayó sobre el desdichado. Mientras estaba en curso el sumario, Ion Mota, encontrándose con él en la sala de la Cancillería, le disparó todo el cargador de su pistola.

El proceso contra los conjurados tuvo un epílogo clamoroso. Presionados por la imponente multitud que llenaba la sala, los jurados se mostraron benévolo desde el primer momento. Codreanu, de acuerdo con su costumbre, se atribuyó la paternidad y la responsabilidad de la acción y la justificó en motivos idealistas.

El alegato del letrado Paulescu fue una pieza maestra de oratoria y de psicología: «En nombre de Cuza, en nombre mío y en el de todas los Profesores de las Universidades rumanas, declaro que en el banquillo de los acusados se sientan hoy, junto a estos jóvenes, todos los estudiantes del país. Este tendría que ser el proceso de nuestro pueblo contra otro pueblo extranjero que ha invadido y quiere dominar nuestra patria».

Los jueces reconocieron la culpabilidad de Mota y del colega que le había hecho llegar la pistola; en lo que respecta a los demás, consideraron que sólo había existido la intención de realizar el acto, pero que ningún hecho atestiguaba un inicio de ejecución. Fueron absueltos. Habían permanecido detenidos desde octubre de 1923 hasta abril de 1924.

Pero durante el internamiento en la prisión de Vacaresti, Corneliu había experimentado un cambio. Se ha discutido mucho acerca de lo que pudo sucederle durante aquellos meses de forzosa inactividad. Diversas conjeturas, algunas de ellas muy fantásticas, fueron puestas en circulación y encontraron convencidos propagandistas. Algunos hablaban incluso de una aparición milagrosa del Arcángel Miguel, el cual le habría señalado el camino para conducir a Rumania por la senda de la justicia, de la dignidad y de la fe.

Sin querer dar crédito a esta hipótesis, muy sugestiva pero también muy novelesca, lo cierto es que una introspección interior facilitada por el período de internamiento y una reestructuración de la propia estrategia a la luz de una madurez ciertamente mayor y de una serenidad adquirida lejos de los «campos de batalla», contribuyeron a hacer salir de la cárcel a un hombre nuevo, profundamente distinto del Codreanu, simple caudillo estudiantil, de pocos meses antes.

Cierto es que durante los días de encarcelamiento Corneliu solía rezar a menudo ante un icono del Arcángel Miguel. Más tarde, tal vez en recuerdo de aquel triste período o, más probablemente, debido a que aquel Santo encarnaba al Héroe que combate contra Satanás y le derrota, Codreanu pondrá su movimiento bajo la protección del Archiestratega de los Ejércitos de Dios.

Se ha iniciado un nuevo período de la vida de Codreanu. De aquí nace su propósito de proporcionar ante todo una educación austera y formativa a aquella juventud que cree ciegamente en él y sueña en una renovación profunda e integral de la sociedad rumana. «En primer lugar debemos conocer y corregir nuestros defectos, y luego ver si tenemos o no derecho a ocuparnos también de los ajenos» (*Pentru Legionari*, pág. 139).

Partiendo de esas premisas, el 8 de mayo de 1924 se inaugura en Ungheri el primer campo de trabajo voluntario del mundo. Codreanu, un hombre que tiene los pies bien plantados en el suelo, ha comprendido que una idea sólo tiene un valor real cuando sabe transformarse en acción.

Si la Administración Universitaria, para complacer al poder constituido, amenaza a los estudiantes económicamente débiles con el espantajo de la abolición de los subsidios en favor suyo, sus mismos compañeros colaborarán para superar el obstáculo económico. Esta será una demostración de verdadera fraternidad, que no se apoyará en palabras sino en hechos.

Alguien hace donación del terreno para edificar un inmueble, y un primer grupo de 26 estudiantes inicia los trabajos. Diariamente, la plegaria en común precede a una intensa jornada. Los

jóvenes, divididos en cinco grupos, trabajan desde las cuatro de la mañana hasta el anochecer. Desprovistos de todo medio financiero, se ven obligados a fabricarse incluso los ladrillos, a un ritmo de más de 300 diarios. En lo que respecta al aprovisionamiento y a la alimentación, un grupo ulterior se dedica al cultivo de dos hectáreas de terreno, cedidas por otro universitario.

El trabajo no tarda en verse interrumpido; el 31 de mayo, el prefecto de la policía Manciu y un grupo de agentes irrumpen en el campo y detienen a todos los presentes. Su comportamiento es completamente ilegal. Golpean e insultan a los que piden explicaciones, y el propio Codreanu tiene que desfilar por las calles de Iasi en ropa de trabajo, mientras es objeto de las mofas de la policía.

Los interrogatorios de Manciu son muy especiales: su brutalidad y su descaro sobrepasan todos los límites. Los detenidos sufren toda clase de vejaciones; los que se niegan a firmar las declaraciones preparadas por los agentes son golpeados repetidamente en el bajo vientre con la culata del fusil, o son colgados del techo por los pies, cabeza abajo. Varios estudiantes son azotados brutalmente.

La noticia trasciende y se abre una investigación, pero a pesar de que los detenidos llevan aún en sus cuerpos las huellas de los golpes recibidos, Manciu tiene buenas agarraderas y no pasa nada. Naturalmente, no puede prohibirse el funcionamiento del campo de trabajo, puesto que todo está en orden.

El Gobernador en persona, poniendo de manifiesto su solidaridad con Manciu, le propone para una recompensa y concede ascensos a varios comisarios que han procedido a las detenciones. Codreanu, muy desmoralizado, se ausenta de Iasi y se retira a los bosques de su Bucovina. Es una pausa que le hace mucho bien y que fortalece su decisión de continuar la lucha.

El 25 de octubre, Corneliu, que ha asumido la defensa del estudiante Comersan, torturado por Manciu, penetra en la sala donde va a celebrarse el juicio. Manciu, en cuanto le ve, presa de una crisis de histerismo, se lanza contra él. Codreanu no vacila: saca un revólver y dispara contra el prefecto, recién condecorado con la «Estrella de Rumania» por sus méritos inquisitoriales.

Detenido inmediatamente, Corneliu es internado en la prisión de Galata. Dada la gran popularidad de que goza en Iasi, las autoridades deciden que el proceso se celebre en Fochshani. También aquí la población está de su parte; las muchachas se disputan el honor de enviarle paquetes de comida y la clásica camisa nacional confeccionada por ellas mismas. Grupos compactos de personas se reúnen siempre debajo de su celda y le infunden ánimos.

Finalmente se señala la fecha del juicio: el 20 de mayo, en Turnu Severin. Todos los periódicos se declaran en favor suyo y ponen de relieve la brutalidad de los métodos utilizados por Manciu. Centenares de abogados se ofrecen espontáneamente como defensores voluntarios y gratuitos. Sus cartas carcelarias, reunidas en un volumen, obtienen un éxito clamoroso.

El proceso duró seis días; muchísimas personas no consiguieron entrar en la atestada sala y aguardaron pacientemente en el exterior. Las declaraciones de los testigos fueron casi todas favorables para la defensa; las palabras del Fiscal fueron acogidas con murmullos de desaprobación por parte del público. El veredicto no se hizo esperar: Codreanu obró en legítima defensa y, en consecuencia, es absuelto. Un rugido ahoga las palabras del magistrado; Codreanu es llevado en triunfo hasta Iasi.

FUNDACIÓN DE LA LEGIÓN

El 10 de agosto de 1923 Codreanu formalizó sus relaciones con la bellísima Elena Ilinoiu. La boda se celebró el 14 de junio de 1924, inmediatamente después de la feliz conclusión del proceso por la muerte de Manciu.

La ciudad de Fochshani donde debía haberse celebrado el proceso, reivindicó el honor de poder celebrar su matrimonio. Cuentan las crónicas que a la ceremonia, como si se tratara de una boda real, asistieron más de cien mil personas, procedentes de todo el país. Una columna de invitados de más de siete kilómetros de longitud siguió a la pareja, que llegó a la iglesia sobre dos espléndidos caballos.

Esas muestras de simpatía atestiguan la popularidad alcanzada por Corneliu y el ascendente que ejercía sobre aquellas poblaciones. Toda la ceremonia, celebrada según el sugestivo rito

ortodoxo, fue filmada. Pero el Gobernador secuestró la película y no permitió que fuese proyectada.

El 13 de septiembre de 1925 Codreanu y su esposa salieron de Rumania para trasladarse a Francia, donde Corneliu quería obtener el Doctorado en Leyes. Le acompañó el fiel Mota, que más tarde contraería matrimonio con su hermana Iridenta. En Grenoble encontraron seis decenas de estudiantes rumanos, 55 de ellos judíos.

Parece ser que el viaje de Corneliu obedeció en parte a ciertos desacuerdos con el profesor Cuza, Presidente de la L.A.N.C. Desacuerdos que no eran de naturaleza personal, por cuanto entre Codreanu y su antiguo maestro existiría siempre un mutuo respeto y una profunda estimación, sino de carácter orgánico-político.

De hecho, el profesor Cuza estaba anclado en una visión política exasperadamente antisemita; intelectual y burgués, aunque antiliberal y antimarxista, le resulta difícil comprender las nuevas perspectivas y los nuevos horizontes del Movimiento Estudiantil del 22. Para él, la política debía ser un medio para orientar a las masas, para formar corrientes de opinión, y no veía la utilidad de la acción en profundidad de Corneliu y del activismo que iba creando entre los jóvenes.

A pesar de todo, cuando se enteró de la caída del Gobierno, de la disolución del Parlamento y de la convocatoria de nuevas elecciones, Codreanu regresó inmediatamente a Rumania, donde dirigió la campaña electoral de la L.A.N.C. Las perspectivas no eran demasiado favorables para el nuevo partido, que debía luchar contra los otros grupos políticos que temían perder su influencia. Pero los resultados fueron sustancialmente positivos y no defraudaron las esperanzas: los votos obtenidos fueron más de 120.000, y Cuza y otros nueve candidatos entraron en el Parlamento.

Terminada la contienda electoral Corneliu regresó a Grenoble, donde había dejado a su esposa. Se estableció en Pont D'Uriage, un pueblecito situado en las alturas de la ciudad, y continuó sus estudios. En sus horas libres se dedicaba a trabajos campestres y a otras modestas tareas; sus escasos recursos y su propio temperamento le impedían llevar la vida frívola y brillante a que se entregaban muchos de sus compañeros de curso.

Después de un año y medio de estudios obtuvo el Doctorado en Derecho, ganándose los elogios de sus examinadores. También Mota consiguió licenciarse brillantemente en Jurisprudencia, presentando una tesis de derecho público «La Seguridad jurídica en la Sociedad de Naciones», en la cual, suscitando una evidente impresión, predecía la impotencia de la Sociedad de Naciones para garantizar la seguridad futura de los estados miembros y para apoyar sus justas reivindicaciones.

En Rumania, entretanto, la L.A.N.C. navegaba en aguas agitadas. El profesor Cuza, hombre de ciencia pero falto de perspicacia política, no conseguía controlar la situación. El grupo parlamentario se escindió: seis diputados decidieron constituir un grupo independiente. El momento era muy crítico, y todo el edificio de la Liga de Defensa Nacional-Cristiana amenazaba con desplomarse.

Varios amigos apremiaron a Codreanu para que regresara a la patria donde su presencia era absolutamente necesaria. Corneliu se encontró entre la espada y la pared: le resultaba imposible tomar partido contra el profesor Cuza, y no quería tampoco excomulgar a los jóvenes diputados independientes.

Tomó una decisión: cortar de raíz con el pasado: «Ante aquella situación decidí no seguir a ninguno de los dos grupos. Organizaría la juventud bajo mi responsabilidad, de acuerdo con mi criterio y mis sentimientos, y continuaría la lucha, sin capitular por ningún motivo».

El 24 de junio de 1927 Codreanu convocó para las diez de la noche al grupo de sus amigos más fieles, aquellos que habían dirigido con él las luchas estudiantiles del 1922 y que habían sido encarcelados en Vacaresti. Se pronunciaron pocas palabras; la situación era clara para todos. Presidía la reunión una imagen del Arcángel San Miguel: a partir de aquel momento, sería el símbolo de la nueva Rumania.

Corneliu tomó la palabra: «Hoy, 24 de junio de 1927, festividad de San Juan Bautista, se constituye la Legión del Arcángel Miguel, bajo mi dirección. El que venga con nosotros debe tener una fe ilimitada. Los que no la posean en grado suficiente o alimenten dudas deben quedarse atrás. Nombro a Radu Mironovici jefe de la Guardia del Icono.

»El Movimiento Legionario no se basa exclusivamente en un principio de autoridad o de libertad, sino en el principio del Amor. Sólo el amor puede derrotar a la tiranía y a la injusticia, y evitar revoluciones sangrientas y guerras sociales.»

CAPITULO SEGUNDO. LA ORGANIZACIÓN LEGIONARIA

MOVIMIENTO ORIGINAL

Interrumpimos momentáneamente el recorrido por la vida de Codreanu para ofrecer un breve resumen de la estructura y de los objetivos de la Legión del Arcángel Miguel. Queda entendido que hablaremos más a fondo, en la última parte del libro, de los aspectos más propiamente ideológicos del pensamiento legionario.

Ante todo hay que dejar bien sentado que la Legión no era un partido, al menos tal como lo entendemos nosotros, ni un grupo de presión o una organización para-religiosa o confesional. Era un movimiento absolutamente original, cuyo objetivo primario y su razón de ser eran la revigorización espiritual y moral y la creación de un individuo nuevo, en ruptura con el *homo economicus* y democrático, esencialmente pragmático y egoísta.

Paul Guiraud, un patriota francés que tuvo ocasión de conocer de cerca el Movimiento Legionario y que nos ha dejado interesantes anotaciones en un libro escrito en 1940 con el título de «Codreanu y la Guardia de Hierro»⁵, hacía observar de un modo especial la gran diferencia existente entre los partidos de su país, corroídos por la carcoma partidocrática y por la agitación de los jefes y gregarios siempre en busca de una afirmación personal, y la límpida y cristalina línea de conducta de la Legión.

Para un partido político, la finalidad y la única razón de ser es el ejercicio del poder. Esto se puede conseguir por la vía revolucionaria (raras veces y cuando se dispone de ideas claras y de élites de militantes particularmente escogidos); por la vía democrática (cuando se controlan los grandes medios de información —periódicos, cine, radio y televisión— y de persuasión oculta); o bien a través de maniobras de pasillo (facilitadas por la presencia de un Rey que abdica de sus funciones, o de una potencia extranjera que condiciona la vida política interna). A la toma del poder sigue casi siempre la aplicación sistemática de un programa de acción establecido de antemano, según la propia fe comunista, socialista, católica, nacional, etc.

Para Codreanu, en cambio, la política propiamente dicha tiene una importancia marginal, al menos durante los primeros períodos de lucha. La suya es una escuela de renovación interior, de elevación espiritual, de lealtad, de sinceridad y también, si es preciso, de sacrificio y de heroísmo. La primera revolución, solía decir Corneliu, hay que llevarla a cabo en nosotros mismos, sin lo cual no tendríamos derecho a hacerla en el cuerpo de la nación ni podríamos reprochar los errores de los adversarios.

Los puntos fundamentales en que se basa la vida de la Legión, y que el propio Corneliu quiso dictar, son cuatro:

1.º LA FE EN DIOS. — «Todos creíamos en Dios. No había ningún ateo entre nosotros. Cuanto más solos y oprimidos estábamos, tanto más se alzaban a Dios nuestros pensamientos. Esto nos daba una fuerza invencible y una luminosa serenidad ante todas las desdichas.»

2.º LA CONFIANZA EN NUESTRA MISIÓN. — «Nadie podía basarse en algo concreto para confiar en una eventual victoria. Éramos tan pocos, tan jóvenes, tan pobres, tan odiados y perseguidos por todos, que nuestras perspectivas de éxito eran nulas. Sin embargo, seguíamos adelante, con una fe ilimitada en nosotros mismos y en nuestro pueblo.»

3.º EL AMOR A LOS COMPAÑEROS. — «Con algunos nos conocíamos desde hacía tiempo y estábamos unidos por un prolongado hábito de amistad y de colaboración. Otros eran muchachos, estudiantes de primero o de segundo año, desconocidos para nosotros. Desde el primer día se estableció entre todos un lazo afectivo, como si perteneciéramos a la misma familia o nos conociéramos desde nuestra más tierna infancia.»

4.º EL CANTO. — «Dado que no seguíamos el camino de la razón⁶ fijando programas por

⁵ Paul Guiraud, «Codreanu et la Garde de Fer», Collectia Dacia, Rio de Janeiro, 1966.

⁶ «Para Corneliu, eso significaba que nos habíamos unido no porque pensábamos del mismo modo, sino porque sentíamos del mismo modo. La Diosa Razón quedaba relegada a su puesto al servicio de Dios y del

anticipado, celebrando conferencias, sosteniendo discusiones contradictorias, entregándonos a argumentaciones filosóficas, la única posibilidad de manifestar nuestro estado interior era el canto. Pero para cantar se precisa un estado de ánimo» especial, una armonía en nuestra alma. El que va a robar no puede cantar, ni puede cantar el que va a cometer una injusticia o tiene el ánimo roído por las pasiones y por el odio a su prójimo. Por eso vosotros, legionarios de hoy y de mañana, siempre que tengáis necesidad de orientaros en el espíritu legionario, volved sobre estas cuatro líneas iniciales, que están en la base de nuestra vida. Y el canto os guiará. Si no podéis cantar, estad seguros de que hay una enfermedad que os roe en lo profundo de vuestro ser espiritual, o de que el tiempo ha manchado de pecados la pureza de vuestra alma; en tal caso, renunciad a la empresa y dejad vuestro puesto a los que puedan cantar.»

LAS AGRUPACIONES JUVENILES

Me parece inútil repetir aquí que los jóvenes revistieron una importancia de primer orden en la vida de la Legión y que constituyeron siempre el nervio de las fuerzas de Codreanu, hasta el punto de que éste pudo decir: «El encuadramiento de la juventud resolverá también el problema del profesionalismo político, por cuanto los viejos partidos, al no recibir más elementos jóvenes, serán condenados a muerte por inanición, por falta de alimentos». (*Pentru Legionari*, pág. 143.)

Dentro del Movimiento Legionario existen organizaciones para jóvenes de 14 a 18 años llamadas «Cofradía de la Cruz». El nombre, que evoca organizaciones religiosas medievales, no debe inducirnos a error. Ante todo hay que excluir cualquier influencia clerical: toda referencia a asociaciones similares a la Acción Católica estarían completamente fuera de lugar.

La denominación en cuestión deriva del hecho de que los jóvenes adheridos al Movimiento Legionario debían realizar un gesto simbólico, que atestiguaba que se convertían en hermanos hasta la muerte, en las horas buenas y en las horas malas. La operación consistía en practicarse una pequeña incisión con una madera cortada en forma de cruz y en intercambiarse unas gotas de sangre. Este rito simbólico, como es sabido, se realiza en muchos pueblos, y no sólo en Rumania.

Los jóvenes estaban sometidos a una disciplina austera, pero alegremente aceptada. El mismo Codreanu les había invitado en interés suyo, a que se abstuvieran de fumar y de ingerir bebidas alcohólicas. Pero, más que atenerse a unas reglas concretas, el futuro legionario debía ejercer sobre sí mismo una continua autodisciplina, que con el transcurrir de los años había de resultarle muy útil.

«Los Cofrades de la Cruz» debían redactar una especie de Diario, anotando en él sus reflexiones y sus pensamientos en un estilo conciso y esencial. Se entiende que esta costumbre de cribar fría y conscientemente las propias acciones, no tiene nada que ver con ciertos seudodiaris que recogen las elucubraciones y las estupideces que pasan por la mente de tantos jóvenes de hoy, ni con la chismografía, la malicia o las explosivas revelaciones de tantos hombres del mundo de la política o del espectáculo.

Se dedica una hora diaria al análisis del pensamiento de la Legión, a sus leyes, a sus principios y a los escritos de su Capitán. Naturalmente, tiene que ser una meditación activa y creadora, un ejercicio educativo que predisponga la mente al análisis crítico.

También las mujeres revisten una importancia fundamental en el Movimiento Legionario. Puede decirse que sólo con Codreanu empezaron a desempeñar una función de primer plano en la vida de la nación. Anteriormente, las únicas mujeres con alguna influencia en la política del país eran las amigas del rey Carol y las emprendedoras consortes de algún embajador en París o en Londres. Entre los Cuib femeninos, los que más se distinguían por su aportación concreta y tangible a la batalla común eran los formados por estudiantes de las escuelas superiores, denominados «Cetatui».

En los ambientes universitarios el monopolio del Movimiento era absoluto; incluso los catedráticos y profesores quedaron conquistados por la realidad de la Legión y se acercaron a ella con simpatía creciente. Los estudiantes quedaban agrupados en el «Frente Universitario Provincial», dependiente del «Centro Universitario Legionario». Los cuadros dirigentes eran renovados cada año

sentido de la vida. A Dios no se le discute, se le vive. Dios es una evidencia que sólo los filósofos y los masones se han ejercitado en negar y en discutir. Sólo Dios, con su milagro de cada instante, mantiene con vida al hombre y a las naciones. Y es por eso que algunos han afirmado concisamente que la Legión es el único movimiento político contemporáneo de estructura religiosa.» (S. Castaldo, en «Realtà», Año III, núm. 1.)

por un consejo especial presidido por Codreanu.

EL CUIB

La expresión rumana resulta difícil de traducir; no sería correcto equipararla a «célula» o «sección». Cuib, entre otras cosas, es un vocablo de la jerga popular de la Bucovina, muy utilizado por los leñadores y campesinos. Podemos traducirlo literalmente con la palabra «nido».

En la estructura del Movimiento Legionario, que agrupa hombres de 18 a 30 años, el Cuib es la unidad constitutiva. Según Corneliu: «El Cuib es un grupo de hombres al mando de uno solo. No tiene Consejo; tiene únicamente un jefe que coordina, un encargado de la correspondencia, un cajero que recoge las cuotas y un enlace que mantiene los contactos con los otros Cuib y con el jefe provincial».

El Cuib es esencialmente una creación espontánea, debida al dinamismo, al activismo y a la iniciativa de un militante. Esto lo diferencia de las células o Secciones de nuestros partidos, las cuales cubren, por exigencias administrativas o funcionales, una determinada zona geográfica o un determinado sector del mundo del trabajo.

El Cuib se compone de un mínimo de tres y un máximo de trece personas. Estas se conocen entre sí perfectamente, o porque tienen lazos de trabajo o de estudio comunes, o porque preexisten vínculos de amistad. En consecuencia, resulta un organismo vivo y operante y no incurre en la rigidez y el burocratismo de las otras estructuras políticas tradicionales, por cuanto los diversos militantes no se encuentran y actúan juntos porque viven en la misma zona o trabajan en la misma fábrica, sino que están unidos por un lazo más estrechamente personal y objetivo.

Lo que más ha asombrado e impresionado a los observadores políticos extranjeros es la amistad y la camaradería que unen a los miembros de un mismo cuib, casi formando parte de una gran familia. Entre ellos resulta impensable una falta de confianza o de solidaridad, e incluso en los momentos más difíciles su cohesión y su fraternidad no pueden ser puestas en duda.

Esto puede explicar en parte la especial gravedad que revisten entre los legionarios la falta de sinceridad, la ambigüedad y la falsedad. Comprender la buena fe y la confianza de los mejores amigos y de los compañeros de lucha es algo realmente despreciable. Hay que decir, en honor a la verdad, que los muchachos de Codreanu no faltaron casi nunca a ese código de rectitud moral, de lealtad y de recíproca estimación, incluso cuando las persecuciones se encarnizaron en ellos de forma sanguinaria y una delación podía tal vez salvarles la vida.

Es cierto que en los poquísimos casos de traición que se produjeron, obra de elementos que no habían comprendido del todo el espíritu que unía a los miembros de un mismo cuib, el castigo que caía sobre el que se convertía en instrumento de la maldad ajena era despiadado y terrible. Incomprensible quizás para nosotros, habituados al doble juego que está considerado como una de las virtudes del político perfecto, pero ciertamente explicable si se piensa en el tipo especial de hombre que la Legión pretendía formar y que Codreanu quería que representase el prototipo del ciudadano rumano.

Las condiciones requeridas para entrar a formar parte de un cuib y convertirse más tarde en legionario eran muy rigurosas. Actualmente, para adherirse a un partido o a cualquier movimiento o agrupación basta con rellenar un formulario con los datos personales y firmarlo. A veces se adhiere uno a un partido sin conocerlo apenas, y no es infrecuente el caso de políticos de cierto relieve que han cambiado de fe y, consiguientemente, de partido.

Para Codreanu, eso no es concebible. En los actos que presuponen cierta elección y sobre todo cuando se trata de la propia fe política o religiosa, no se puede obrar con ligereza ni con apresuramiento. De otro modo se disminuye la propia realidad de hombre para reducirse a la dimensión de animal subtalámico o de despreciable saltimbanqui.

El que quiere formar parte de un cuib debe ser ante todo perfectamente conocido de dos legionarios que puedan garantizar la sinceridad de su adhesión. No basta: Codreanu, a pesar de ser abogado, despreció siempre la retórica y las palabras huecas, queriendo conocer a los hombres no por lo que decían, sino por lo que hacían. Para él, sólo los actos concretos tienen valor de prueba.

Por ello, el responsable del cuib precisa un período de tres o cuatro meses para valorar la

personalidad de nuevo adherido. Y cuando se le reconoce del todo irreprochable a la luz de los principios legionarios, y sólo entonces, es admitido a las reuniones del cuib y entra a formar parte de la gran familia de la Legión.

Tienen que transcurrir aún dos años para que el miembro del cuib se convierta en legionario a todos los efectos. El ceremonial de la «consagración» es particularmente sugestivo y recuerda la investidura de los caballeros-teutónicos. El juramento de pertenecer y defender a la Legión hasta la muerte, representa el momento más álgido y significativo de todo el rito. Todavía hoy muchos legionarios lo recuerdan como uno de los instantes más bellos de su existencia, aunque de él hayan derivado sacrificios, desdichas, el abandono de la patria y otras mil peripecias. Para la mayoría, una muerte trágica ha sido el epílogo de una experiencia legionaria intensamente vivida.

Alcanzado el número máximo de trece miembros, uno o dos legionarios se separan del cuib para formar otro. Esto permite una mayor agilidad a toda la organización. En efecto, resulta más fácil actuar cuando todos los miembros se conocen y cada uno de ellos tiene una función propia, que cuando la organización es estática y las directrices, forzosamente, surgen de una sola persona y a través de una larga escala burocrática se hacen pasar hasta la base que, la mayoría de las veces, desconoce los motivos que las inspiran.

El cuib, como ya hemos dicho, es la unidad fundamental del Movimiento Legionario, y también su parte más dinámica e inteligentemente activa, actuando como un verdadero comando. Los cuib están agrupados en «Sectores», estos en «Guarniciones», y estos últimos a su vez en «Departamentos».

Ninguna dependencia, ni jerárquica ni administrativa, existe entre los diversos componentes de un mismo cuib; Cada uno desarrolla la propia misión particular, y las tareas se reparten de acuerdo con la predisposición particular de cada uno.

Esto explica por qué los que desarrollan una tarea directiva cualquiera en el ámbito de la Legión no han sido nombrados desde arriba, sino únicamente reconocidos y confirmados después de haber dado pruebas, en el ámbito del sector de su competencia, de su capacidad organizadora y sus cualidades de Jefes. Téngase en cuenta que el cuib debe ser fácilmente transformable de unidad de trabajo en unidad de combate, y viceversa.

LAS REUNIONES

En general, dada la absoluta pobreza de medios de la organización legionaria, las sedes son muy escasas y casi todas construidas por los mismos militantes. No obstante, el cuib se reúne cada semana. Por motivos de seguridad, las reuniones no se celebran nunca en lugares públicos, sino en casa de algún legionario. En época de persecuciones, los diversos cuib se reúnen en lugares clandestinos, sobre todo en iglesias rurales, contando con el hecho de que el clero de las zonas más pobres de Rumania simpatizaba con Codreanu y sus seguidores.

Las reuniones se celebran siempre, salvo excepciones justificadas, el sábado por la tarde. Codreanu ha dejado escrito: «El Cuib reunido es una Iglesia. Al entrar en ella, te despojas de todas las cuestiones intrascendentes y dedicas durante una hora tus pensamientos a Rumania. La hora de reunión del Cuib es la hora de la Patria».

Preside la sala de reunión un icono del Arcángel San Miguel; debajo de él, un retrato de Codreanu y una Cruz. Delante del icono arden perennemente una lámpara de aceite y un cirio. Parece ser que a Corneliu no le gustaba demasiado que colocaran su efigie junto a la del gran Arcángel, pero era tanta la estimación, el afecto y la consideración que los legionarios sentían por él, que nunca iniciaban una discusión sin que su retrato figurase en la pared.

Se empieza con la plegaria, seguida inmediatamente por el canto; ya hemos señalado la importancia especial que Codreanu atribuía al canto, con la aceptación de todos sus seguidores. Después de este prólogo que a alguno podrá parecer quizás demasiado espectacular o folklórico, pero que se desarrollaba con la mayor seriedad, se inicia la parte más propiamente política de la reunión.

Tras un breve resumen de los hechos de la semana que acaba de transcurrir, a cargo del jefe del cuib, se abre la discusión, a la cual todos deben aportar su contribución de ideas y propuestas. A continuación se establece cuál será la actividad del grupo en la semana siguiente y el modo más

conveniente de desarrollar nuevas iniciativas. Se concede una atención especial a los comentarios de los periódicos, rumanos o extranjeros, favorables o adversarios, que hablan de la Legión y de sus actividades.

Lorenzo Baracchi, escritor y periodista, que poco antes del asesinato de Codreanu se había trasladado a Rumania para conocer de cerca el fenómeno legionario, y que, facilitada su labor por el conocimiento del idioma rumano, nos dejó un libro de impresiones y de reflexiones, actualmente desaparecido de la circulación⁷, observaba con estupor el grado de preparación doctrinal de todos los militantes, la mayoría de los cuales procedía de las capas más humildes de la población obrera y campesina. Esto, según él, era debido en gran parte a la seriedad con que se celebraban las reuniones semanales del cuib, y a la especial concreción y actualidad de los temas tratados.

Como ejemplo, he aquí algunos de los temas objeto de discusión en un cuib rural y que según Baracchi atestiguaban el nivel de preparación política alcanzado por los militantes en pocos años de pertenencia a la Legión:

«El campesino en el estado legionario.» «¿Cómo se puede contrarrestar la influencia soviética en la Bucovina.» «¿Existe un arte legionario?» «La tarea de la mujer en la nueva Rumania.» «El capital y la industria rumanos.» «Política agraria y reforma financiera.» «El ejército.» «El problema de las minorías en el estado rumano.» «Quién fue Lenin.» «Quién es Mussolini.» «El estado corporativo.» «Acción revolucionaria del fascismo italiano antes y después de 1922.»

Pero Codreanu, más que la específica preparación política de los legionarios, consideraba fundamental su educación interior. Por eso, la segunda parte de la reunión estaba dedicada a la elevación moral y espiritual, y a la renovación interior de los militantes. Estos debían representar a los ojos de todos un embrión de la futura Rumania, en agudo contraste con la clase dirigente vil y corrompida que ofrecía un lamentable espectáculo de sí misma al mundo entero.

El hombre nuevo que Corneliu auspiciaba y que debía ser el prototipo del ideal legionario, trasciende claramente de las páginas de la «*Carticica Sefului de Cuib*» (Cartilla del Jefe de Nido), un pequeño volumen que el Capitán quiso dedicar a sus muchachos⁸. En él se enseña que la Legión debe ser, ante todo, escuela de vida y de renovación interior, de amor y de fraternidad, de superación de sí mismo y de elevación colectiva. Trataré con más amplitud, en un capítulo posterior, de este aspecto del pensamiento de Corneliu y de su aspiración, casi mística, a una revolución interior del hombre.

En cada reunión eran leídas y meditadas unas páginas de la *Carticica*. La obra, escrita en un estilo sencillo y llano, sin ninguna pretensión literaria, solicita de cada militante un coloquio más sincero consigo mismo en busca de aquella serenidad interior que es la única que puede conducir a saber vivir, y también morir, con la seguridad de haber cumplido de un modo absoluto el propio deber. Pocos autores sabrían condensar como Corneliu en poco más de medio centenar de páginas unas enseñanzas tan profundas, que rozan los límites de un humanismo integral.

Ya hemos dicho que no existía ninguna supeditación, ni jerárquica ni administrativa, entre los diversos miembros de un cuib; cada legionario, en el ámbito de la propia competencia, desarrollaba la acción propia y así, con la acción, se seleccionaba cada día la futura clase dirigente del Estado Legionario.

Quién erraba, sabía que tenía que pagar; pero no se trataba de una pena impuesta desde arriba y cumplida de mala gana. Por el contrario, de acuerdo con una línea moral continuamente seguida, cada militante escogía por sí mismo o se hacía señalar por el jefe del cuib un castigo lo más educativo posible, constructivo y pedagógico. Reconocer con serenidad los propios errores, sin esconder puerilmente la mano que ha lanzado la piedra: he aquí una norma de seriedad moral y de rectitud interior que buscaríamos en vano en los políticos actuales, para los cuales «esquivar el golpe» es una demostración de gran astucia o de refinada estrategia.

Dice Codreanu: «Todos podemos equivocarnos. La sanción, según nuestro concepto, representa la obligación de reparar sus errores que tiene el hombre de honor. Una vez cumplida la sanción, el hombre queda liberado de su peso, como si no hubiera pasado nada». Una tarea a realizar es, la mayoría de las veces, la sanción impuesta al legionario. No porque el trabajo tenga el carácter de una pena, sino porque ofrece la posibilidad de reparar con un bien el daño causado.

⁷ Lorenzo Baracchi Tua, «La Guardia di Ferro», Ed. Goliarda. Firenze, 1938.

⁸ Corneliu Zelea Codreanu, *Carticica Sefului de Cuib*. Ed. Totul Pentru Tzara, 1937.

LAS LEYES FUNDAMENTALES

Codreanu insistió siempre en que el Movimiento Legionario, aunque estructurado como un ejército debido a las necesidades intrínsecas de la lucha, no estaba sometido al capricho de los jefes. Naturalmente, todo legionario estaba obligado a obedecer y respetar algunas leyes, que representan la esencia del pensamiento de Corneliu y de los amigos, después mártires, Mota y Marín.

LA LEY DE LA DISCIPLINA. — «Sé disciplinado. Solamente así se puede vencer. Sigue a tus jefes en las horas de alegría, lo mismo que en las de tristeza.» La disciplina no es algo impuesto desde arriba, sino más bien una asombrosa cohesión que lleva a cada militante a actuar al unísono con sus compañeros. En la historia del Movimiento apenas se encuentran disputas entre cuadros dirigentes o incluso entre simples militantes sobre la línea de conducta a seguir.

LA LEY DEL TRABAJO. — «Trabaja, trabaja cada día, trabaja con amor. Que la recompensa del trabajo no sea la ganancia, sino la felicidad de haber aportado tu granito de arena a la edificación de la Legión, al esplendor de Rumania.» Únicamente la acción es la medida del valor real del hombre, y algo verdaderamente nuevo serán los campos de trabajo legionarios, de los cuales hablaremos más adelante.

LA LEY DEL SILENCIO. — «Habla poco; di lo que sea necesario, cuando sea necesario. Que tu oratoria sea la de los hechos. Actúa: deja que hablen los demás. El Legionario, al escribir y al hablar, tiene que ser breve, claro, preciso. Los discursos largos y embrollados pertenecen a la democracia.» Sólo un hombre como Codreanu, que fue también abogado y había conocido muy de cerca la hueca palabrería de tribunales y asambleas, podía dar una definición tan plástica e incisiva. Es inútil recordar cuán provechoso resultaría para muchos hombres de hoy, políticos o no, la aplicación de este concepto.

LA LEY DE LA EDUCACIÓN. — «Debes convertirte en otro: asemejarte lo más posible a quien se entrega por entero y se sacrifica por los demás y por el país. Que tu escuela sea el Cuib, donde aprenderás a conocer la realidad de la Legión.» Ya hemos puesto de relieve la función educadora que Codreanu atribuye a la escuela legionaria, y el hecho de que buena parte de las reuniones semanales eran dedicadas a problemas que trascendían del ámbito político y afectaban la intimidad de cada militante.

LA LEY DE LA SOLIDARIDAD. — «Tienes el deber de ayudar al prójimo o al amigo caído en desgracia. Sería grave culpa abandonarle cuando más te necesita.» También en este aspecto hemos subrayado ya los sentimientos de verdadera amistad que unían a todos los legionarios y la gravedad especial que revestía el traicionar a los compañeros.

LA LEY DEL HONOR. — «Camina únicamente por la senda del honor. Lucha: no incurras nunca en la vileza.

Deja a los demás la senda de la infamia. Antes que vencer de un modo desleal, es preferible caer combatiendo, manteniendo intacto el propio honor.» Hay que reconocer que los legionarios supieron cumplir siempre y en toda circunstancia con este precepto. El mismo Codreanu, hasta su trágica muerte, fue un ejemplo admirable de una vida sin mácula de infamia ni de mezquino oportunismo.

A estas leyes pueden añadirse los nueve mandamientos legionarios que se encuentran asimismo en la «*Carticica Sefului de Cuib*»:

El legionario no polemiza con nadie.

Desprecia a los politicastos y no se deja arrastrar a discutir con ellos.

Se asemeja a la buena simiente en el corazón del pueblo.

Se pregunta a cada instante: ¿qué he hecho en beneficio de la Rumania Legionaria?

Se acuerda de los adversarios, enemigos y falsos amigos, y sabrá protegerse de ellos en los días futuros.

Empieza todo trabajo elevando el pensamiento a Dios y le da las gracias una vez terminado.

Es disciplinado por conciencia y voluntad propia.

Teme únicamente a Dios, al pecado y al momento en que sus fuerzas físicas y espirituales vengan a menos.

Ama la muerte porque su sangre servirá para la edificación de la Rumania Legionaria.

LA ÉLITE LEGIONARIA

Es sabido que Codreanu, al preguntarle un juez en tono irónico qué criterio imperaba en la Legión para los ascensos, respondió: «Los ascensos no dependen del número de acciones terroristas, sino de la capacidad de sufrimiento y de amor».

Sus legionarios demostraron cumplidamente que poseían esos requisitos. Habían comprendido que los individuos, al igual que las naciones, sólo encuentran la posibilidad de la propia resurrección a través de la muerte carnal. Vista de ese modo, la muerte pierde su aspecto aterrador para convertirse casi en una necesidad metafísica, una invencible atracción y una fiel compañera.

El tributo de sangre de la Legión durante su lucha para la renovación de Rumania fue particularmente oneroso. Hasta 1944 habían perdido la vida más de seis mil militantes, en su mayor parte jóvenes y jovencísimos. Otros muchos encontraron la muerte en los campos de concentración alemanes y después del advenimiento al poder de los comunistas.

«Con esta actitud ante la muerte, la fe legionaria arraigaba profundamente, uniéndose a la esencia misma de las cosas. La superficialidad o la profundidad de una actitud intelectual deriva, en último análisis, de la postura que se adopta ante el doble enigma de la vida y de la muerte. Una cultura es tanto más fecunda y elevada cuanto más induce a contemplar la muerte con serenidad. La idea de la muerte no es deprimente cuando se enfoca con espíritu cristiano. La generación legionaria estaba empapada de este espíritu, en una época en la que el materialismo y el ateísmo más groseros trastornaban las almas de los hombres» (C. Papanace).

Es lógico que no todos los militantes pudieran tener el mismo impulso místico hacia la muerte y la misma predisposición de llegar hasta el último extremo por el triunfo de la Legión y la resurrección de la Patria. Codreanu, para estimular a sus muchachos y para disponer en todo momento de un puñado de hombres dispuestos a todo, decidió constituir unos cuerpos especiales a base de los legionarios que habían demostrado poseer en mayor grado las cualidades del futuro «homo novus» que Rumania esperaba.

Antes de seguir adelante, conviene disipar un equívoco, hábilmente alimentado por los enemigos de la Guardia. El «Equipo de la Muerte» no es la expresión terrorista de una supuesta élite interna del Movimiento, sino un grupo nacido espontáneamente en los primeros meses del año 1933 para organizar una incursión propagandística a la Transilvania. Cantando himnos patrióticos y canciones legionarias, aquellos jóvenes recorrieron la región a lo largo y a lo ancho, llevando la voz de la Legión a las zonas más hostiles y difíciles.

El Gobierno y las autoridades periféricas, con un desprecio absoluto de las leyes del país, trataron de impedir por todos los medios, recurriendo incluso a la violencia, aquel modo visible de hacer propaganda de las ideas de la Guardia. A pesar de ello, los legionarios del equipo decidieron continuar, dispuestos a aceptar todos los riesgos. De aquí el nombre de «Equipo de la Muerte», en el sentido de que aquellos legionarios estaban dispuestos a aceptar cualquier sacrificio, incluso el de la propia vida, para defender sus derechos atropellados por las autoridades. Y, en realidad, aquellos jóvenes conocieron a menudo las «atenciones» de la gendarmería, siendo encarcelados y procesados por los motivos más triviales; los activistas más preparados y decididos fueron sometidos a torturas y a represiones sangrientas.

Sólo más tarde, cuando en 1937 Mota y Marin atestiguaron con su heroica muerte en España la contribución rumana a la batalla común anticomunista, Codreanu instituyó un cuerpo especial de élite, dándole el nombre de sus dos amigos fraternos caídos en Majadahonda. De este cuerpo especial Mota-Marín no podían formar parte más de diez mil legionarios, los cuales debían poseer las más elevadas cualidades espirituales y humanas, para ser dignos de transmitir a la posteridad el recuerdo de los dos caudillos legionarios.

Corneliu habla en los siguientes términos a los primeros componentes de aquel cuerpo: «Formar parte de esta élite no significa únicamente combatir y vencer, sino principalmente sacrificarse de un

modo personal y permanente al servicio de la Nación. Tendréis que defender el movimiento legionario a fin de que no se encamine por la senda de los asuntos turbios, de la vida fácil, de la inmoralidad, de la satisfacción de ambiciones personales. No debéis olvidar nunca que la idea de élite va unida a la idea de sacrificio, de pobreza, de vida dura y austera.

Donde sea más dura la lucha y más pesados los sacrificios, allí tendrá que estar presente la élite legionaria».

Este espíritu de abnegación permanente, de renuncia voluntaria y alegre a los atractivos de la vida, de la juventud y del dinero, este convencimiento de ser portadores de un gran empeño moral, esta voluntad de cumplir la propia misión por encima de todo, está muy presente en el juramento que prestan los legionarios al ingresar en el cuerpo de élite Mota-Marin:

«Juro ante Dios,
Ante vuestro santo sacrificio por Cristo y por la Legión,
Que alejaré de mí todos los placeres de este mundo,
Y que, por la resurrección de mi Pueblo,
Estaré dispuesto a morir en todo instante.
Lo juro.»

LA MÍSTICA DEL TRABAJO

Codreanu había dicho: «La nueva Rumania no puede surgir ni de las partidas de naipes en los círculos, ni de los cafés, ni de los cabarets, ni de las hazañas de los donjuanes callejeros». Ya hemos subrayado que una de las leyes fundamentales de la Legión era la del trabajo.

Una de las realizaciones más originales y menos conocidas del Capitán es precisamente la creación de campos voluntarios de trabajo. El primer experimento de ese género en el mundo se había iniciado el 8 de mayo de 1924 en Ungheni y había sido interrumpido brutalmente por la intervención del prefecto Manciu. El éxito de la iniciativa y el interés que suscitó indujeron a Corneliu a perseverar en la idea.

Paul Giraud dirá: «El campo de trabajo, lo mismo que el cuib, es una colectividad viviente de la Legión. Al igual que el cuib, tiende a ejercer una función unificadora y educadora, y al mismo tiempo permite llevar a cabo actos concretos y tangibles que revelan a todos la realidad de la Legión».

El campo de trabajo tiene que ser como una prefiguración de la Rumania futura; sudando y trabajando codo a codo, los legionarios tienen que saber demostrar que muchos problemas sólo pueden ser resueltos a través de la voluntad y del empeño, y que el estilo de la Guardia no consiste en encerrarse en una torre de marfil para contemplar la propia superioridad moral, sino en adaptarse y en actuar al servicio de la colectividad y del país.

Codreanu repetirá siempre a los más impacientes de sus compañeros, que hubieran querido contestar a las provocaciones de los adversarios, que la superioridad y la realidad de la Guardia consistían en demostrar diariamente y de un modo visible la diferencia de estilos, de capacidad, de seriedad y de abnegación entre la nueva Rumania, que irrumpía de una manera arrolladora, y el viejo y decrepito mundo político, únicamente capaz de solicitar a las cancillerías amigas de París y de Londres campañas de prensa difamatorias y falsas contra el Movimiento Legionario.

Ante la ineptitud y la ineficacia de los gobernantes, los jóvenes legionarios se encargan de realizar las obras públicas que el país necesita con urgencia. Se crean campos de trabajo donde todos, desde los dirigentes hasta los simples militantes, desde los ingenieros a los campesinos, desde los estudiantes a los profesores, se convierten en albañiles, peones, carpinteros, herreros... Se construyen puentes y carreteras, escuelas y residencias legionarias en las cuales se hospedan estudiantes pobres y necesitados. Todos trabajan voluntariamente, sin remuneración alguna; algunos se emplean en tejerías y talleres a cambio de los materiales necesarios: ladrillos, cemento, hierro...

«La gente no da crédito a sus ojos: ¿son estos los estudiantes que una vez ingresados en la Universidad se avergüenzan de pasar por las calles céntricas con un paquete en la mano? ¿Estos los universitarios elegantes que, con un cigarrillo en los labios pasean por el Cismigiu o se

emborrachan de *tuica*, alborotando después por las calles de la capital?

»Los obreros, que conocen la dura fatiga de su oficio, sonrían con benevolencia a estos jóvenes llenos de buena voluntad, de esperanza y de fe.

»A partir de este momento el trabajo se convierte en uno de los temas fundamentales de la doctrina legionaria. Millares de estudiantes, de profesores, de abogados, de ingenieros, aportarán su esfuerzo físico a la causa legionaria, sin más recompensa que la satisfacción del deber cumplido.»

Es tanta la simpatía que aquellos muchachos encuentran entre la población, y tanto el desconcierto del gobierno y de las autoridades constituidas, que tratarán de impedir, incluso por la fuerza, el trabajo de los legionarios. Pero de esto hablaremos más adelante.

Dirá aún Codreanu: «Cuando se unen el trabajo y el alma del Legionario, el desierto se transforma en jardín; dentro de poco, nuestros millares de legionarios conseguirán transformar en un jardín el desierto que hoy se extiende sobre toda Rumania. En nuestros campos todo se hace de buena voluntad, porque la buena voluntad conduce a un rendimiento infinitamente superior que el que se obtiene con la autoridad, la disciplina y la llamada al deber. El campo es también estímulo y escuela para las grandes masas populares que pasan año tras año con los puentes derruidos, con las carreteras en mal estado, con las escuelas destartadas, esperando que venga el Estado a arreglarlo todo, cuando una sola jornada de trabajo en común resolvería sus problemas. Es un estímulo para todo el país, y una advertencia para los que imaginan que una Rumania fuerte puede surgir de la piedad de los demás, y no de nuestro trabajo, del de todos nosotros».

Otro gran éxito del Movimiento fue la creación de un «comercio legionario». En Rumania, el comercio y las actividades relacionadas con él eran controladas por unas cuantas familias influyentes y por los judíos. La gran masa de la población no estaba en condiciones de competir con aquellos individuos, los cuales monopolizaban prácticamente todo el sector e imponían los precios que querían.

Codreanu decidió luchar contra aquel «gang», que formaba uno de los pilares en que se apoyaba el poder constituido. El experimento fue un éxito completo, sobre todo porque cada uno de los legionarios quiso aportar su contribución a la iniciativa, trabajando sin ninguna compensación, con el único objeto de acrecentar las simpatías y el prestigio de la Legión.

Los restaurantes legionarios merecieron una aceptación clamorosa por parte de toda la población activa; por una suma que variaba entre dos y diez lei, muy por debajo de los precios que regían anteriormente, se podía comer dignamente, con un servicio señorial y amable. Además, se tenía la seguridad de encontrar un ambiente simpático, y de ser acogido siempre como un amigo.

La estructura sobre la cual se apoyaba el comercio legionario puede parecer similar al sistema cooperativo montado por el partido comunista en la región italiana de Emilia Romagna. Sin embargo, existen diferencias fundamentales, no sólo en los medios utilizados y en el modo de actuar, sino también en los fines inspiradores. Entre otras cosas, Corneliu consideraba que la línea moral constantemente seguida por la Legión no permitía que la iniciativa tuviera fines de lucro, ni siquiera para dedicar los beneficios a la financiación del Movimiento o al desarrollo de otras iniciativas.

El «Batallón del comercio legionario», a través de sus diversas ramas (cooperativas, despacho, restaurantes, sastrería, etc.) se atuvo siempre al pie de la letra a las enseñanzas de Codreanu, el cual preconizaba:

«Un comercio fundamentalmente cristiano, basado en el amor a los hombres y no en el hurto, un comercio basado en el honor y no en el fraude.»

CAPITULO TERCERO. HACIA EL TRÁGICO EPÍLOGO

LA GUARDIA DE HIERRO

Con la fundación de la Legión del Arcángel Miguel se abre un nuevo capítulo en la vida de Corneliu. También la estrategia de los otros partidos tendrá que cambiar necesariamente. Ahora, la L.A.N.C. ya no es, para el poder constituido, el enemigo a batir; de modo que el rey y los otros círculos políticos tratarán de hacerle la corte al profesor Cuza, con la esperanza de que su partido consiga frenar la ascensión de los «Hombres del Arcángel».

Como primera medida, inmediatamente después del 24 de junio de 1927, Codreanu decide entrevistarse con el profesor Cuza para informarle de la constitución de la nueva agrupación y explicarle los motivos que han inspirado su nacimiento.

El profesor comprende que entre él y sus antiguos alumnos se ha abierto ahora un abismo infranqueable, y no sólo en el terreno de la estrategia política. Sin embargo, se siente admirado ante el coraje y el dinamismo de aquellos jóvenes que se lanzan a una empresa desesperada con la sonrisa en los labios y una gran fe en el corazón. Dispensa a Corneliu del juramento prestado en el acto de constitución de la Liga de Defensa Nacional-Cristiana, y hace votos para que el éxito premie su valentía y su decisión.

Desde su mismo nacimiento, la Legión llena de alarma a los diversos centros de poder, que veían en las querellas internas de la L.A.N.C. la posibilidad de continuar mangoneando en el país sin encontrar la menor oposición. Al principio, la prensa adversaria finge ignorar a la Legión, luego, ante el progresivo afianzamiento de la formación, sobre todo entre los estudiantes y los obreros, empieza a disparar a cero contra Codreanu y sus colaboradores.

Hace falta un instrumento para poder replicar a las acusaciones y dar a conocer el propio pensamiento. Entonces nace «Pamantul Stramoscesc» (La Tierra de los Abuelos). Dada la escasez de medios económicos, el padre de Mota, pope de un pueblecito rural, pone sus haberes a disposición de la Legión para facilitar la iniciativa.

El Editorial del primer número, que ve la luz el 1 de agosto de 1927, contiene una invitación a la unidad y un velado reproche a los militantes de la L.A.N.C. que continúan discutiendo entre ellos, en vez de pensar en la triste situación del país.

Los artículos de Corneliu despiertan gran interés; en ellos se define lo que será la futura línea de conducta de la Legión y la revolución interior que ha de ser la base del renacimiento nacional. No vamos a repetir aquí lo que ya hemos apuntado en el capítulo anterior acerca de la organización y del pensamiento legionario. Sólo queremos subrayar que Codreanu, excelente psicólogo y profundo conocedor del alma rumana, consiguió infundir a sus artículos toda la carga de su entusiasmo y toda la sinceridad de su pasión cívica.

También Mota, recién casado con Iridenta, hermana de Corneliu, ocupa un puesto de primera línea en la batalla a través de las columnas de *Pamantul Stramoscesc*. Sus comentarios, vibrantes e incisivos, daban siempre en el blanco. En pocas semanas, los suscriptores del periódico eran más de tres mil, asegurando así su continuidad. Con «La Tierra de los Abuelos» Codreanu tendrá a su disposición unas páginas que reflejan la ideología y el espíritu del Movimiento Legionario.

El 8 de noviembre del mismo año, con una sugestiva y solemne ceremonia, los primeros legionarios pronuncian el juramento delante de Corneliu. Serán la futura élite del movimiento. Los primeros de una larga lista.

En el número del 1.º de diciembre de 1927 Codreanu lanza una nueva consigna. La Legión necesita una camioneta para apoyar con ella la batalla del Movimiento. Los militantes responden entusiásticamente. Se organizan coros, bailes, conferencias, debates. El dinero obtenido servirá para adquirir el vehículo. Se tarda tres meses en reunir el dinero necesario. Codreanu rechaza ofertas interesadas de supuestos amigos, que quieren aportar una sustanciosa contribución para potenciar la acción del Movimiento. «El que da algo —dirá para justificar su actitud—, tarde o temprano presenta la factura.»

La camioneta es bautizada por los militantes con el nombre retozón de Cabriola; algunas frases de la *Carticica* están dedicadas a ella:

«No me apretéis demasiado, que acabaréis conmigo y no podré servir más a la Legión. Amigos, no me carguéis por encima de mis fuerzas, tened compasión de mí porque os conduzco a la victoria.»

Ahora, los jóvenes camisas verdes de Codreanu podrán viajar en su auto-fantasma para propagar el nuevo evangelio legionario.

El 8 de noviembre de 1929, un año después del juramento de los primeros legionarios, Corneliu decide dirigirse a las masas. Sabe que cuenta con unos cuadros eficientes y preparados; sus enseñanzas y su indómito espíritu de combatiente han hecho germinar fuerzas nuevas que flanquearán sus esfuerzos en pro del renacimiento de Rumania.

El éxito supera las más razonables esperanzas. Codreanu consigue interpretar las legítimas aspiraciones de las masas, hartas de inútiles demagogos o de interesados profetas. Sabe llegar al corazón del obrero y del campesino, hablando un lenguaje que entienden y aprecian en todo su alcance revolucionario. Intuyendo las necesidades y las esperanzas del verdadero pueblo, logra convertirse en portavoz de ellas y en su intérprete más autorizado.

El 15 de diciembre, invitados por un conecedor del lugar, Codreanu y algunos amigos se dirigen a caballo a la provincia de Covorlui, en el extremo nordeste del país. Desde allí inician la primera gira propagandística a través de campos y colinas, en una de las zonas más pobres y abandonadas de toda Rumania. Corneliu se interesa por los problemas de los campesinos, discute las necesidades más urgentes, sugiere las soluciones más lógicas. Dice que ahora están llamando a la puerta tiempos nuevos, que hay que despertar del prolongado sopor, que la resurrección de Rumania tiene que ser obra del pueblo y no un milagro del cielo. Habla serenamente, con seguridad, sin demagogia ni ostentación. Los campesinos del lugar no le olvidarán nunca; le recordarán como un profeta y un maestro, un educador y, por encima de todo, un amigo.

La noticia se propaga de aldea en aldea. Todos quieren conocer al Capitán de la Legión y le invitan entre ellos. Muchos de los que han oído la «predicación» de Corneliu le siguen en su peregrinaje de pueblo en pueblo; son los heraldos de la nueva fe que va conquistando cada vez más el corazón y el alma de unos hombres obligados a trabajar de sol a sol para poder sobrevivir en la más penosa indigencia.

Entretanto, el 6 de junio de 1930 regresa al país Carol II. A pesar de las promesas hechas durante el exilio, no ha hecho las paces con su legítima esposa, la princesa Elena, madre de Miguel, futuro rey de Rumania. Por el contrario, continuará en escandaloso concubinato con su amante Magda Wolf (alias Elena Lupescu). Esta, de origen judío, ejercerá siempre una nefasta influencia sobre la vida política del país y será una de las causas principales de la conducta irresponsable del Soberano y de su futura y forzosa abdicación.

El 20 de junio del mismo año se constituye oficialmente la «Guardia de Hierro». El Movimiento de Codreanu será más conocido con esta denominación en Occidente. Creada en función anticomunista, o, mejor dicho, antirusa, a causa de la situación particularmente delicada de las relaciones ruso-rumanas, adquirirá con el tiempo un planteamiento político más completo, imponiéndose como una fuerza popular con una gran carga revolucionaria.

He aquí el texto de la proclama dirigida por el Capitán al país, en el acto de la fundación de la Guardia:

«¡Hijos de la Santa Rumania!

»En vanguardia de los ejércitos rojos, avanza más allá del Nistro la propaganda pagada por Moscú, que difunde entre las explotadas masas trabajadoras y campesinas el odio, el desprecio hacia la persona que representa el Estado, la incredulidad religiosa, la colectivización de los bienes.

»Son atacados los centros vitales de nuestra existencia nacional. No olvidéis que en las horas trágicas de su historia nuestro pueblo ha cerrado filas en torno a Dios, al Ejército y al País.

»Ante este peligro, y mientras los partidos políticos luchan entre sí estúpidamente, nosotros, hijos de esta tierra, que mañana seremos los primeros en caer en el campo de batalla, hoy que la voz de la Patria nos llama, cojámonos fraternalmente de la mano y proclamemos todos juntos la unión de la juventud rumana.

»Nos aguarda la gran tarea de paralizar la acción de los aventureros a sueldo del bolchevismo y obligarles a volver sobre sus pasos. El pueblo rumano, celoso de su libertad, no puede tolerar esa acción inmoral de disgregación social y de destrucción de la Patria.

»Juventud de la Gran Rumania, levántate en esta hora crucial; alza un baluarte infranqueable en torno a la tierra de los antepasados, al ejército y a la Iglesia cristiana.

«¡Adelante, y arriba los corazones!»

Para dar un mayor significado al acto, se decidió emprender una marcha sobre la Besarabia. Esta era una de las zonas a la que apuntaban los apetitos de Rusia, la cual, convencida de su potencia militar y de la debilidad de los gobernantes de Bucarest, multiplicaba cada día los esfuerzos encaminados a encontrar pretextos para intervenir.

El plan era el siguiente: siete potentes columnas, separadas dieciocho kilómetros una de otra, deberían cruzar el río Prut en una acción demostrativa. La Besarabia ardió en fiestas; sus habitantes no se sentían ya abandonados por el resto del país y esperaban a Codreanu para dispensarle una acogida triunfal.

Pero la prensa desencadenó una violenta campaña contra la iniciativa; mejor dicho, se hizo portavoz de una maniobra de largo alcance destinada a poner fuera de combate a la «Guardia de Hierro». «La Verdad» y «La Mañana» fueron los dos periódicos que más se distinguieron por su virulencia. El gobierno vaciló un poco, conociendo la simpatía de la población de la Besarabia hacia Corneliu; pero el subsecretario del interior Calinescu consiguió que prevaleciera su punto de vista drástico y resuelto. La marcha prevista fue prohibida, y las manifestaciones de protesta fueron disueltas sin contemplaciones. Codreanu pasó unos días en la cárcel, pero ningún juez se atrevió a condenarle y recobró la libertad.

EMPIEZAN LAS PERSECUCIONES

Ahora, la Guardia es una realidad. Aumenta el número de adheridos, atraídos por la personalidad del Capitán y por su línea de conducta coherente y severa. Son profesores universitarios y estudiantes, ex-combatientes y sacerdotes, intelectuales y obreros, campesinos e ingenieros, elementos de la burguesía, del proletariado y de la aristocracia que no está envuelta en los turbios manejos del rey Carol. Faltan los aprovechados y los holgazanes, los latifundistas y los especuladores, los judíos y todo el mundo equívoco que gravita en torno a la Corona y a los diversos Ministerios.

Los dirigentes de los diversos partidos son los primeros en darse cuenta de que su influencia sobre las diferentes capas de la población disminuye peligrosamente. Las viejas fuerzas políticas, encastilladas en su estéril veleidosidad y temiendo el choque con un hombre que con su límpida y cristalina conducta es un perpetuo motivo de acusación, pasan al contraataque. El capitalismo bancario e industrial de sello balcánico, que después de la guerra adquirió un completo dominio sobre el país disfrazando su actuación con la capa idealista de la democracia, facilita los medios necesarios y finanza periódicos contra la Legión.

Y los legionarios camisas verdes de Codreanu tienen que batirse contra el equívoco democrático, manejado por el capital anónimo pero con centros perfectamente individualizados. Con su actitud auténticamente revolucionaria, los legionarios dan testimonio diario, con riesgo de la propia vida, de la fe en la resurrección de Rumania.

Ahora, las antiguas desconfianzas quedan superadas; todos los grupos políticos, desde la llamada derecha valaquista (el partido de Alexandro Vaida-Voivod), jorguista (el partido del profesor Nicolae Jorga) y liberal, hasta la extrema izquierda obrera y campesina, se alían y pasan por encima de sus diferencias para ahogar al Movimiento Legionario.

El pretexto surge con un atentado contra un subsecretario de Estado y contra un periodista. Los autores son dos estudiantes. Se comprueba de un modo fehaciente que el primero de ellos no pertenece a la Legión; el segundo, tras agotadores «interrogatorios», confiesa unas supuestas simpatías hacia la «Guardia de Hierro». Se inicia una estruendosa campaña para que el movimiento de Codreanu sea declarado ilegal.

El Ministro del Interior es Giovanni Mihalache, que al mismo tiempo desempeña el cargo de

presidente del Partido Nacional Campesino, tras haber sido destituido Juliu Maniu a consecuencia de las presiones del rey Carol II. El Partido Nacional Campesino es uno de los más afectados por la actuación de la Guardia, que encuentra un amplio campo de acción entre los campesinos más pobres, obligados a vender a precios irrisorios los productos del campo, mientras tienen que pagar cifras elevadísimas por los productos industriales.

Apoyado por Calinescu, Mihalache propone la disolución de la Guardia. El decreto es firmado el 11 de enero de 1931. Inmediatamente, todas las sedes de la organización son objeto de minuciosos registros; millares de militantes son interrogados, y muchísimos de ellos son encarcelados con los más burdos pretextos. La casa de Corneliu es puesta patas arriba en busca de fantásticos documentos comprometedores que, naturalmente, no aparecen. El propio Codreanu es encarcelado a la espera de un nuevo proceso que, según sus adversarios, acabará con su popularidad.

Se le acusa, entre otras cosas, «de haber intentado iniciar una acción violenta contra la forma de Gobierno establecida por la Constitución, y de haber provocado disturbios, teniendo como objetivo la instauración de un régimen dictatorial». Los periódicos hablan de grandes cantidades de armas y municiones descubiertas en las diversas sedes de la organización, de documentos muy comprometedores para el honor del Capitán, de gente dispuesta a prestar testimonio.

Pero, en el proceso, lo único que se demuestra es el éxito creciente de la organización. No se habla ya de bombas ni de dinamita; no se exhibe ningún documento. Se acusa entonces a Codreanu de ser un traidor y de haberse hecho condicionar por experiencias y modelos extranjeros. Esta ridícula maniobra provoca la hilaridad de los presentes y los propios jueces se ven obligados a admitir su carácter capcioso.

Corneliu, como de costumbre, desmonta una por una las acusaciones contra él y reivindica para sí la responsabilidad de los actos realizados por los Legionarios. Entre otras cosas, dice:

«La transformación estructural de una sociedad no es suficiente, si no va acompañada de una metamorfosis del contenido de esa estructura y de una transformación del propio individuo.

»Es cierto que las instituciones corrompen al individuo, pero no es menos cierto que un individuo puede corromper una institución. Por eso hay que crear una nueva escala de valores morales, una nueva jerarquía de energías, nuevos ideales destinados a vigorizar las fuerzas espirituales de la Nación.

»Lo que atraía a los primeros legionarios verdes hacia el Fascismo, en los años 1924-1925, no era un espíritu de imitación, sino la intuición de una gran revolución espiritual de dimensiones universales, destinada a fecundar las revoluciones nacionales antiplutocráticas.»

Al final de juicio se vieron obligados a absolverle; pero Codreanu se ha pasado más de un mes y medio en la cárcel, tratado como un vulgar delincuente. La acusación, con una obstinación realmente admirable, apela contra el veredicto. La apelación, y el subsiguiente recurso de Casación, son favorables al Capitán de la «Guardia de Hierro», el cual recobra la libertad.

EN EL PARLAMENTO Y EN EL PAÍS

El Gobierno Nacional-Campesino, aquejado de incurables disensiones e incapaz de resolver los endémicos problemas del País, cae. Se convocan nuevas elecciones en toda Rumania. El Capitán decide presentarse como candidato al Parlamento con una lista llamada «Partido Corneliu Codreanu».

Será elegido diputado el 31 de agosto, en las elecciones parciales del Neamt, con 11.176 votos. En las elecciones de julio de 1931 había obtenido, en todo el país, 34.183 votos. Antes de las elecciones posteriores de marzo-abril de 1932, el nuevo gobierno Jorga-Argetoianu disuelve por segunda vez la «Guardia de Hierro».

También esta medida, tomada el 15 de marzo con una simple decisión ministerial, en flagrante contradicción con la Constitución y las leyes vigentes, resultará inútil. La marcha de la Legión no se detiene. Las urnas dan otro disgusto a las vestales de la democracia; en la consulta general de julio de 1932 los votos ascienden a más del doble: 70.674 y cinco puestos en la Cámara.

Eugen Weber, profesor de la Universidad de Berkeley en California, notorio antifascista y

dedicado al estudio de los problemas rumanos, ha escrito:

«La historia de la propaganda electoral de la Legión está hecha de difíciles marchas a pie y a caballo, por valles y montes, en medio de la nieve, a través de ríos helados, por senderos polvorientos y fangosos, hasta aldeas nunca visitadas por los políticos, para movilizar a una masa de campesinos aislados, olvidados o desilusionados por el fallo de aquellos hombres o de aquellas ideas en los cuales habían puesto su confianza. Cuando, después de 1934 los legionarios abandonaron las fortalezas de las provincias orientales y establecieron nuevos centros de difusión entre las masas campesinas de la Montenia y de la Oltenia, en provincias de antigua tradición socialista como Vlasca y Teleorman, y en general en zonas en las cuales la malaria (Vlasca, Teleorman), la pelagra (Braila, Prahova) y la sífilis (Dolj) reflejaban la miseria y la desnutrición de la población, continuaron adoptando los métodos aplicados en las primeras campañas electorales: hablaron con los campesinos y se ganaron su confianza ayudándoles en las tareas del campo y albergándose en sus casas.

«El método funcionó gracias al entusiasmo y a la dedicación de los militantes, a la insistencia de Codreanu en el esfuerzo y en la disciplina, pero también porque aquellos estudiantes, como ya hemos visto, sabían y querían hablar el lenguaje de los campesinos, bailar sus danzas y trabajar sus campos»⁹.

El primer discurso de Corneliu en la Cámara de Diputados se hizo famoso por la violencia de los argumentos y la lógica aplastante de las conclusiones. Pide la inmediata institución de la pena de muerte para todos aquellos que se han apropiado fraudulentamente del dinero del Estado y en general para todos los especuladores. Además, propone que se prohíba a los políticos formar parte de los Consejos de Administración de Bancos o de otros organismos, estatales, paraestatales o sometidos de algún modo a la tutela del Estado.

Un diputado adversario señala que la institución de la pena de muerte no es una propuesta ortodoxa para quien se llama cristiano y paladín de la idea cristiana. A lo que Corneliu replica: «Estimado señor, si me piden que escoja entre la ruina de mi Patria y la muerte de un bandido, opto por esta última. No creo que deje de ser buen cristiano si impido que una persona deshonesto conduzca a mi país a la ruina».

Y continúa: «He traído en esta caja algunas piezas del pan que se come en el Marmures y en los montes de la provincia de Neamt, a la cual tengo el honor de representar en esta Cámara. Para que sepan ustedes lo que comen los campesinos rumanos de Marmures y de Neamt. Hoy, cuando todos se quejan del exceso de producción de trigo, cuando todos atribuyen la crisis al hecho de que el trigo se paga a un Lei el kilogramo, vean ustedes el pan que comen esos hombres.

»El espectáculo de tanta miseria congaja el corazón. Creo que cualquier pueblo de Europa, viendo esta imagen de la indigencia en que vive una parte tan considerable del pueblo rumano, lloraría de compasión. He traído estas piezas de pan en esta elegante caja para que vean ustedes la artificiosidad con que se enmascara esta miseria rumana.»

Igualmente vigorosa es la lucha de Codreanu contra los que con la excusa del anticomunismo quieren perpetuar en el país un estado de inmovilismo y de conservación de antiguos privilegios y absurdas prerrogativas. Mientras de hecho se favorece al comunismo con ofertas conciliadoras a Moscú, con escándalos y vergonzosas malversaciones del poder político, con una campaña descabellada contra la «Guardia de Hierro», se pretende hacer anticomunismo adoptando severas medidas policíacas contra los obreros sin trabajo o en lucha por unas condiciones de vida decentes.

Dirá Codreanu: «Nosotros y los hombres que tienen sentido común no tememos al comunismo ni al bolchevismo. Lo que tememos es otra cosa: el hecho de que los obreros de estas fábricas no comen lo suficiente. Tienen hambre... Es preciso que sean satisfechas estas dos necesidades: el hambre y el deseo de justicia».

Naturalmente, para Codreanu y sus amigos la lucha principal se desarrolla en medio del pueblo y en la parte activa del país; no en los bancos del Parlamento con huecos ejercicios de retórica y de transformismo. Mientras fue diputado, Codreanu ingresó siempre en la caja de la Legión la mayor parte de sus haberes parlamentarios, quedándose únicamente con lo indispensable para el mantenimiento de su familia.

⁹ Eugen Weber, «Los Hombres del Arcángel», en Diálogos de XX, núm. 1, abril de 1967. Ed. IL Saggiatore, Milán.

El mismo comportamiento tuvieron los otros parlamentarios de su grupo. En la *Carticica Sefului de Cuib* está escrito: «No es justo que el diputado se cree una buena situación material cuando sus compañeros llevan una vida cada día más dura. ¡Qué espectáculo tan bochornoso sería que algunos de nosotros se hartasen de buenos bocados y vistieran elegantemente mientras los otros, los que cargan con la parte más dura de la lucha, se veían obligados a vivir en la indigencia!»

En el verano de 1933, una vez más, la Legión demostró su estilo en la resolución de los verdaderos problemas de Rumania.

Casi cada año, en Visani, el río Buzau veía aumentado considerablemente su caudal a causa de las continuas lluvias y la afluencia de cursos de agua normalmente secos y se desbordaba, con consecuencias desastrosas. Millares de hectáreas quedaban anegadas, las casas inundadas, las carreteras cortadas, las cosechas perdidas... Los daños eran incalculables. Los campesinos y los habitantes de la zona estaban desesperados. Reclamaban continuamente la intervención del gobierno, enviaban delegaciones a Bucarest, organizaban marchas de protesta.

El gobierno y las autoridades testimoniaban su dolor y su solidaridad con los afectados por el desastre, prometían interesarse por el problema, pero el Buzau seguía desbordándose año tras año.

Ante la criminal inhibición de los poderes públicos, Codreanu decidió actuar por su cuenta y hacer construir una gigantesca presa a sus legionarios. El proyecto no tarda en quedar elaborado con la ayuda de algunos ingenieros y de varios técnicos pertenecientes a la Guardia. Se trata de una obra imponente: la presa tendrá más, de dos kilómetros de longitud y servirá para embalsar las aguas del río. Además de conjurar el peligro de las pertinaces inundaciones, el gigantesco lago artificial resultante podrá ser utilizado para el riego de los terrenos circundantes, aportando riqueza y bienestar a toda la zona.

El anuncio de la decisión de Corneliu causó la natural satisfacción a los habitantes de la zona... y la natural inquietud a los adversarios de la Legión. A la llamada del Capitán, la Guardia respondió en bloque. El 10 de julio, el primer grupo de quinientos jóvenes, llegados de todos los confines del país, está preparado para dar comienzo a las obras. Como de costumbre, se trata de un campo voluntario de trabajo; todos participan en la empresa sin remuneración alguna, aparte de un modesto rancho.

El gobierno pierde la cabeza; objeto de severas críticas, sobre todo porque su inercia favorece el creciente éxito de los legionarios, no sabe cómo reaccionar. Finalmente se impone el criterio del Ministro del Interior Calinescu, implacable enemigo de la Guardia, que propone la utilización de la fuerza para impedir la continuación de los trabajos.

Se cursan rápidamente las órdenes oportunas: detención de los organizadores del campo y envío de la fuerza pública y de los gendarmes para bloquear y reexpedir a los lugares de origen a los legionarios que llegan a Visani. La intervención de la policía es particularmente severa: muchísimos estudiantes resultan gravemente heridos; entre otros Constantinescu, brutalmente apaleado por los gendarmes.

Los legionarios no responden a las provocaciones, de acuerdo con las instrucciones recibidas del Capitán; ofrecen solamente una resistencia pasiva. A veces se dejan caer en el fango, que tiene dos palmos de altura, y empiezan a cantar «Dios está con nosotros». Todos, después de ser registrados minuciosamente, son conducidos esposados al cuartel de la policía y encerrados allí.

Codreanu dirige una incisiva carta de protesta al primer ministro Vaida: «Nuestras llanuras están llenas de muertos, no de villanos. Somos hombres libres, con la clara conciencia de nuestros derechos. No somos esclavos, no lo hemos sido nunca. Aceptamos la muerte, pero no la humillación».

La inquietud del gobierno es evidente; el clamor suscitado por esta enésima victoria moral del Capitán aumenta todavía más la simpatía popular hacia los legionarios. Y acentúa en proporción directa la hostilidad del «País Legal», dispuesto a no cejar en sus persecuciones a la Guardia.

Ahora, dado el clima de terrorismo político creado por el poder constituido contra Corneliu y sus seguidores, resulta difícil encontrar una tipografía que imprima las publicaciones legionarias. A costa de grandes esfuerzos se consigue superar este inconveniente. La solución es una imprenta propia. En adelante, las publicaciones de la Guardia sólo podrán ser bloqueadas por la censura gubernativa. El primer impreso surgido de la imprenta legionaria es una plegaria a Dios en acción de gracias.

Codreanu proyecta otra gran iniciativa, que debe asumir un aspecto simbólico para toda la

familia de la Legión: la construcción de la «Casa Verde», cuartel general del Movimiento y sede central nacional. Se escoge un terreno apropiado en Bucarest y se inician inmediatamente las obras. Faltan los medios económicos, es cierto, pero cuando se tiene fe se pueden superar las situaciones más difíciles. Y los legionarios camisas verdes han demostrado tener una fe capaz de vencer cualquier obstáculo.

En primer lugar hacen falta materiales: cerca de quinientos militantes trabajan durante tres meses en un tejado, sin más remuneración que cierto número de tejas y ladrillos por jornada. Los legionarios que participan en la construcción propiamente dicha son más de seiscientos; pertenecen a todas las capas sociales: estudiantes, campesinos, obreros, médicos, abogados... Los ingenieros y arquitectos, además de trazar los proyectos de los diversos locales, incluido un jardín, trabajan codo con codo con sus compañeros menos instruidos, y aprenden a conocer los sacrificios y las fatigas de las tareas más humildes, pero no por ello menos honrosas.

Las obras avanzan rápidamente y en breve plazo se yergue lo que ha de ser el monumento visible de la realidad de la Legión. Aquí reposarán un día los mártires de la Guardia; aquí se celebran las reuniones más importantes; de aquí parten las directrices políticas para todo el país; aquí, cualquier legionario está seguro de encontrar la más calurosa acogida y la ayuda más desinteresada. De aquí, sobre todo, irradia una gran fuerza moral.

Pero en toda Rumania carreteras, puentes, iglesias, obras públicas y no solamente sedes de la Guardia, atestiguan la validez del pensamiento legionario y de la «mística del trabajo».

LA MUERTE DE DUCA

Se aproximan las elecciones generales de diciembre de 1933. Todos los observadores políticos coinciden en predecir un sólido afianzamiento del movimiento codreanista. El desánimo en las filas de los otros partidos y en el gobierno es evidente. No cabe duda de que una victoria de Corneliu representará el final de una prestigiosa carrera para muchos hombres de Estado poco honestos.

I. G. Duca, jefe del partido liberal, interrogado en París por unos periodistas acerca de las causas del creciente éxito de la Legión, declara: «La Guardia es un sucio ejército de mercenarios a sueldo y bajo la dirección de Hitler; el actual gobierno Vaida, al no tomar medidas drásticas contra ella, se hace responsable de un grave delito ante toda la nación. Yo me comprometo, apenas llegado al poder, a liquidarla para siempre». No hace falta decir que la entrevista en cuestión dio la vuelta al mundo, siendo reproducida con grandes alardes tipográficos por los más importantes periódicos europeos y americanos.

A pesar de todo, la Guardia continúa su marcha ascendente. Ahora, también sus periódicos consiguen entrar en casi todos los hogares y contrarrestan con vigor y con rectitud las infamantes acusaciones que proceden de la derecha, de la izquierda y del centro.

Un éxito sin precedentes es el que obtiene a partir del primer número «La Libertad» (publicación destinada a la educación del obrero y del campesino), que cuenta con un combativo director: Ion I. Mota. Con una forma ágil y moderna, sin demagogia ni populachismo, «La Libertad» utiliza un estilo nuevo y auténticamente revolucionario en defensa de los derechos de los más débiles y de los intereses de la Nación.

La popularidad de Codreanu se acrecienta tras haber informado al país acerca de dos escándalos «de verdad», y no montados por exigencias propagandísticas. Lo mismo en el *affaire* Skoda que en el Stawiski, en los cuales están complicados algunos personajes de primer plano de la vida rumana, se trata de una verdadera traición a los intereses del País, vendido por unos cuantos dineros. Y las pruebas exhibidas por el Capitán lo demuestran de un modo inequívoco.

Empieza entonces la secuela de los ataques más duros y más sutilmente perversos; se difunden las acusaciones más extravagantes e inverosímiles contra Corneliu y sus compañeros. Se habla de subvenciones del extranjero, comprobadas fehacientemente. Pero lo curioso es que ya no se acusa a Codreanu de recibir dinero de la Alemania de Hitler, sino... de los judíos, de los comunistas y de Rusia.

Desmentidos inmediatamente estos rumores por los propios interesados, surge otra «revelación»: los Legionarios son unos perfectos falsificadores y no tienen que molestarse en pedir

dinero al extranjero, ya que saben imprimir unos billetes de banco que no pueden distinguirse de los normales.

Se difunde asimismo el rumor de que el «Escuadrón •de la Muerte» es una peligrosa banda comunista que ha cruzado la frontera húngara y ha penetrado en Rumania. Naturalmente, cuando los componentes de aquel cuerpo legionario hacen su aparición en el curso de una gira electoral, los campesinos, creyéndose ante unos mixtificadores, se lanzan sobre aquellos jóvenes «abatiéndolos en una balsa de sangre».

El gobierno Vaida cae. I. G. Duca, después de sus belicosas declaraciones contra los legionarios, es elegido para formar gobierno principalmente porque se le considera capaz de liquidar a la Guardia, cuya amenaza se hace cada vez más apremiante con la proximidad de las elecciones. Entre otras cosas, Duca es muy amigo de Titulescu, riquísimo e influyente político rumano, que goza de la confianza de las cancillerías occidentales. Andre Chautemps, otra eminencia gris de la política europea —que controla gran parte de las altas finanzas—, da su consentimiento.

Inspiradora máxima de aquella operación, destinada a ahondar todavía más el foso entre «País legal» y «País real», es la amante del rey Carol II, la *duduja* Magda Lupescu. Esta bellísima cortesana judía, enemiga declarada de la Guardia y de su Capitán, encontrará también en el futuro el medio de testimoniar su aversión al Movimiento Legionario, induciendo al Rey a actuar de un modo arbitrario, con fatales resultados para el propio monarca y para la Corona.

Apenas llegado al poder, Duca, al frente de un Gobierno Liberal, no pierde el tiempo; quiere demostrar que su fama de hombre duro e inflexible en lo que respecta a la Legión no es infundada.

El comienzo de la campaña electoral (20 de noviembre de 1933) señala la aplicación de ilegales medidas policíacas. En todo el país, los legionarios son advertidos de que no pueden hacer propaganda de su candidatura. Los que se rebelan u oponen resistencia son encarcelados sin contemplaciones. Se efectúan registros y se secuestran ingentes cantidades de material propagandístico y electoral, sin ningún mandamiento de la autoridad judicial. La ilegalidad y la más flagrante parcialidad reinan por doquier.

El 22 de noviembre, el estudiante Virgil Teodorescu es asesinado por la espalda por un oficial de la policía en Costanza, mientras fijaba un manifiesto. El 28 del mismo mes, en Iasi, el chófer Nita Constantin, cuando llevaba provisiones a sus compañeros de lucha, es asesinado de un disparo de revólver. Unos días después muere en el hospital el estudiante Balanaiu a consecuencia de los malos tratos que le ha infligido la policía. Cada día son centenares los casos similares en todo el país.

Corneliu predica la calma, ordena no responder a las provocaciones para no hacerle el juego al adversario. El gobierno nota que pisa un terreno resbaladizo, mientras se aproxima la fecha fatídica de las elecciones y el país se dispone ya a saludar otro paso adelante de la Guardia.

Pero, súbitamente, en la noche del 9 al 10 de diciembre (al parecer a consecuencia de las presiones del ministro Titulescu, que amenaza con dimitir y con sumir al país en el caos), el consejo de ministros decreta por tercera vez la disolución de la Guardia de Hierro y prohíbe la participación de sus dirigentes en las elecciones políticas.

A continuación se produce una ola de detenciones: cerca de 18.000 personas, entre ellas todo el estado mayor de la Guardia, son encarceladas sin motivo declarado y sin el menor respeto a la legalidad. Más tarde, en una circular a las secciones, Codreanu dirá: «Ha sido el período más difícil que hasta ahora hemos encontrado en nuestra lucha; el más difícil que en centenares de años ha encontrado tal vez la juventud rumana. El balance: 18.000 detenciones, con 18.000 hogares allanados por los bárbaros y manchados con sangre inocente; 300 camaradas que enfermaron en las prisiones, 16 muertos y 3 sepultados vivos».

Tres legionarios maduran una decisión: Duca pagará con sangre la sangre que ha hecho verter a la juventud rumana¹⁰. El 30 de diciembre, mientras el Primer Ministro espera el tren en la estación de Sinaia, es ajusticiado por el comando vengador. Inmediatamente después, los tres jóvenes, en vez de borrar su rastro, se presentan espontáneamente a las autoridades, declarándose dispuestos a pagar el precio de su acción y a aceptar todas sus consecuencias.

¹⁰ Se trataba de tres jóvenes estudiantes a los que Duca había hecho encarcelar y torturar por su participación en la campaña electoral legionaria.

El Primer Ministro tenía que haber regresado a la capital después de un encuentro con el Rey en la pequeña ciudad de los Cárpatos. Probablemente, el servicio de vigilancia no era muy estricto, por cuanto los autores del atentado pudieron circular libremente por la estación desde las 11 de la mañana hasta la 7 de la tarde. Perteneían a una célula de cinco elementos que actuaban de acuerdo con los principios de los *Comitadjis* macedonios. Echaron a suertes quién debía ser el ejecutor material del plan; los otros dos colaboraron con él y le ayudaron en la acción.

Algunos han sugerido la hipótesis de que el propio Rey había favorecido directa o indirectamente al atentado, por cuanto detestaba al jefe del partido liberal que en 1930 se había pronunciado contra su regreso al país.. Hasta entonces se había servido de él por la decisión que había demostrado en el problema de la Guardia, pero ahora Duca podía resultar un incómodo obstáculo para la acción de la Corona, debido a su escasa maleabilidad y a su carácter autoritario e impulsivo.

El atentado y la muerte del Primer Ministro causaron una gran impresión en todo el mundo; no todos captaron en su verdadera dimensión el significado del hecho, especialmente en el extranjero. Vasile Marín, el futuro héroe de Majadahonda, dirá en su *Crez de Generatie*¹¹: «En la persona de Duca no quisieron herir al hombre, sino al Primer Ministro, al jefe de un Gobierno que ha escrito, y escribe todavía, las páginas más vergonzosas de nuestra historia política».

El atentado sirve para hacer aún más severa la campaña gubernativa contra la Legión. Se prepara un proceso monstruo; en el banquillo de los acusados se sentarán los principales dirigentes de la Guardia, desde Codreanu hasta Mota. También el anciano general Cantacuzene, héroe y mutilado de la Primera Guerra Mundial, les hará compañía. Se les acusa de ser responsables morales del acto criminal. Todos son recluidos en la tétrica prisión de Jilava, en espera del juicio.

El 5 de abril de 1934 el Consejo de Guerra emite su veredicto. Una vez más, la Justicia ha triunfado. Codreanu y otros 50 legionarios, acusados entre otras cosas de complot contra el Estado, son absueltos y liberados inmediatamente entre el alborozo general. Los tres legionarios, que se han confesado autores del atentado mortal contra Duca, son condenados a trabajos forzados a perpetuidad.

Los tres jóvenes, que durante todo el proceso demostraron una gran fuerza moral, sin tratar de minimizar su responsabilidad e incluso reclamando una severa pena reparadora, encontrarán una muerte horrible el 30 de noviembre de 1938, junto a los Decenviros y a su Capitán, Corneliu Zelea Codreanu.

TITULESCU Y LA POLÍTICA EXTERIOR

La absolución de Codreanu, Mota y los otros dirigentes legionarios es una prueba más de la absoluta falsedad de las acusaciones lanzadas diariamente contra ellos por adversarios y enemigos. Los jueces, a pesar de estar sometidos a presiones de todas clases, no se atrevieron a condenar a unos hombres claramente inocentes y que tanto habían sufrido ya por su milicia política. Todo el país aplaudió el veredicto y atestiguará en el futuro su confianza en la disuelta Guardia, desinteresándose por completo de los hombres surgidos de la contienda electoral de 1933, y de la cual fueron excluidas ilegalmente las listas legionarias.

A finales de 1934, Ion I. Mota llevó al Congreso de Montreux el saludo de Rumania a los otros representantes de los movimientos nacionalistas y fascistas, llegados de todo el mundo. El interés suscitado por su personalidad y la de Codreanu, y por la perfecta organización de la Guardia de Hierro, habían hecho convergir desde hacía tiempo la atención y la admiración de todos los delegados presentes sobre el Movimiento Legionario.

Un desagradable incidente atestiguará todavía más la estatura moral de Mota y del mundo que representa, en contraste con la vieja Rumania.

A requerimiento, no se sabe con exactitud si de la guardia personal o del propio ministro Titulescu, que por casualidad se hospeda en el mismo hotel que Mota, la policía suiza registra a fondo la habitación del número dos de la Guardia de Hierro. El objetivo es la localización de algún documento secreto o comprometedor y de eventuales armas; naturalmente, no se encuentra nada, y los agentes se ven obligados a presentar sus disculpas.

¹¹ Vasile Marín, «Crez de Generatie», Salzburgo, Col. Omul nou 1953.

Al día siguiente, Titulesco se presenta en la sala donde celebran sus reuniones los delegados y, tras pedir el uso de la palabra, tiene el valor de expresar a Mota su reprobación por la incalificable afrenta inferida a la cívica y liberal Suiza. La réplica de Ion es clara y contundente: denuncia la falsedad y la mezquindad de los gobernantes rumanos, y termina pidiendo un minuto de silencio en memoria de sus compañeros caídos.

El poderosísimo ministro de Asuntos Exteriores Nicolae Titulesco es uno de los más típicos representantes de aquel viejo mundo político rumano contra el cual, durante toda su vida, luchó incansablemente Corneliu Codreanu.

Rico y brillante, culto e inteligente, en 1905, cuando sólo tenía 22 años, era ya profesor de Derecho en la Universidad. En 1912 ingresa en el Parlamento, con una reputación de hombre incansable y de astuto y hábil diplomático. En la Conferencia de la Paz, Titulesco defiende los intereses de Rumania y colabora en la nueva reestructuración de la región balcánica, completamente trastornada por el hundimiento del imperio habsbúrgico y el nacimiento de nuevos estados.

Por dos veces Ministro de Hacienda, se ganará influyentes amistades en el mundo industrial y financiero internacional. Ministro Plenipotenciario durante muchos años en Londres, tendrá ocasión de destacar en los ambientes diplomáticos y en los círculos políticos por sus declaradas simpatías hacia Francia e Inglaterra y su hostilidad a Italia y Alemania.

Delegado permanente de su país en la Sociedad de Naciones, demuestra encontrarse a sus anchas en el ambiente de Ginebra, en contacto con un mundo cosmopolita y elegante que le fascina y que satisface su más íntima vanidad. En dos ocasiones, en 1930 y 1931, es llamado a la máxima responsabilidad de aquel organismo internacional, ocupando el puesto de Presidente de la Asamblea General.

En su calidad de Ministro de Asuntos Exteriores, cargo que ocupa en el bienio 1927-28 y de 1932 a 1936, es uno de los partidarios más decididos de un estrecho entendimiento con Francia y la Gran Bretaña. Persigue, además, con miras puramente personales, el objetivo de un restablecimiento de las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y unos acuerdos con ella en función antigermana.

El 9 de junio de 1934, superando la desconfianza y la refractariedad del país, Titulesco concluye con Litvinov un acuerdo relativo a la reanudación de los contactos diplomáticos entre Rumania y la U.R.S.S. Hasta aquí no hay nada que objetar, ya que Rusia es ahora una realidad cuya existencia sería contraproducente querer ignorar. Sin embargo, queda en pie el hecho de que el retorno de Besarabia a la Madre Patria no ha sido aún reconocido por el Kremlin. Además, la reconstrucción del tendido ferroviario entre Tighina y Tiraspol, a través del Dniester, decidida con Litvinov, ofrece a unas hipotéticas tropas rusas de ocupación una ágil y cómoda vía de invasión del país.

Completamente negativa, en cambio, es su respuesta a las propuestas de Goering del 22 de octubre, formuladas al embajador Patrescu-Comnen y repetidas más tarde a otros muchos dirigentes de la política rumana, entre ellos Geoghe Bratianu y el propio Codreanu.

El General está dispuesto a ofrecer a Rumania: 1.º La garantización de las fronteras conquistadas con la última guerra, contra cualquier agresión. 2.º La reestructuración del ejército y la modernización de sus infraestructuras. 3.º La posibilidad de no denunciar las alianzas y los pactos anteriormente contraídos con otros países. Todo esto a cambio de la seguridad de que Rumania no permitirá el paso de las tropas soviéticas por su territorio.

El ofrecimiento favorecía los intereses rumanos, por cuanto era lógico que las tropas rusas, una vez dentro del país, difícilmente lo abandonarían sin pretender la restitución de los territorios perdidos con la I Guerra Mundial y a causa de los cuales se habían producido ya varios incidentes fronterizos.

Pero Titulesco y su colega Benes, de Checoslovaquia, preferían favorecer un acercamiento franco-ruso, que en aquel período estaba concretándose y que desembocaría en el tratado franco-soviético de 1935, firmado sin demasiada convicción por Pierre Laval bajo la presión de los partidos de izquierda. Pero si Eduar Benes y Checoslovaquia podían esperar de aquel acuerdo una cristalización de la sistematización del país, sometido al fuego cruzado de las miras germanas y del separatismo interno, la situación era muy distinta para Rumania, que tenía una cuenta pendiente con Rusia y que en virtud de su inferioridad militar se vería obligada a ceder a las apetencias territoriales del adversario.

La firma del pacto franco-ruso, con Checoslovaquia como asociada, será de hecho una de las causas más importantes de la crisis de las relaciones internacionales de aquel período y no contribuirá ciertamente a estabilizar la situación de los Balcanes. El prestigio político de Titulescu se deteriora con la ratificación de aquel tratado. Bajo la presión de la opinión pública, que siempre ha sido contraria a un acercamiento a Rusia, Titulescu se ve obligado a abandonar el Ministerio de Asuntos Exteriores y luego, en 1938, a salir definitivamente del país.

También Codreanu despreciaba a Titulescu, ya que aparte de no estar de acuerdo con el giro que imprimía a la política exterior, no podía transigir en modo alguno con la demagogia que el político ponía en juego para granjearse simpatías y consentimientos. Lo mismo en el Parlamento que en el país, Corneliu y los legionarios se oponían con todas sus fuerzas a la política desarrollada por el influyente ministro, poniendo de relieve sus aspectos antinacionales y su espíritu que la informaba, ligado a un cosmopolitismo peligroso para los intereses rumanos por su calidad de utópico e irrealizable.

Por otra parte, no es un secreto para nadie que Titulescu se encontraba más a sus anchas en las localidades del gran mundo internacional como Saint-Moritz y Montecarlo, Cortina y Cannes, Ginebra y Chamonix, donde podía brillar por sus dotes de excelente conversador y de perfecto gentilhombre, que en su propia patria.

Codreanu, interesado por el hombre esencial, sin adornos ni artificios, encontraba odiosas las maneras melifluas y deliberadamente conciliadoras con que el Ministro de Asuntos Exteriores trataba a todos sus interlocutores. Sin contar con que Titulescu era el portavoz de aquellos intereses industriales, financieros y mercantilistas, muy ligados a Downing Street y al Quay d'Orsay, que eran el blanco de los dardos legionarios.

Por desgracia, desaparecido Nicolae Titulescu de la vida política, otros se encargaron de llevar adelante su obra y sus directrices, provocando con ello que Rumania se encuentre completamente desprevenida ante los acontecimientos y tenga que pagar sus tristes consecuencias.

LA TRAICIÓN Y SU CASTIGO

El sucesor de Duca como Primer Ministro, aunque tenía fama de político enérgico e intransigente, se mostró más conciliador en lo que respecta al Movimiento Legionario. En efecto, Tatarescu comprendió que, continuando con las persecuciones, se corría el peligro de obtener unos efectos contrarios a los perseguidos y de enfurecer a la opinión pública, conquistada por el vendaval de juventud y de coraje de los muchachos de Corneliu.

El estado mayor legionario decidió entonces reconstruir la Guardia sobre bases completamente legales y en forma de verdadero partido. Nace así en noviembre de 1934 la «Totul pentru Tzara» (Todo por la Patria), una nueva agrupación que recoge la herencia de la disuelta «Guardia de Hierro». Su presidente es un gran héroe, condecorado con la medalla «Miguel el Grande», máxima recompensa honorífica nacional: el general Gh. Cantacuzine-Granicerul. La constitución del nuevo partido es sancionada oficialmente el 20 de marzo de 1935.

Los enemigos de Codreanu, entretanto, aprovechando la ambición y la envidia de un diputado de la Guardia, se ponen de acuerdo con él para acabar con el incómodo adversario.

El traidor ha sido hasta hace muy poco tiempo amigo íntimo de Corneliu. Le había conocido en 1930, durante una de sus primeras giras propagandísticas a caballo por las zonas más pobres de Rumania. Convertido en uno de sus más entusiastas seguidores, supo captarse las simpatías del Capitán, hasta el punto de que Codreanu le incluyó en su lista de candidatos a diputado, en 1932. Pero, de carácter voluble e inestable, no había sabido someterse a la dura disciplina legionaria; sobre todo, no había sabido comprender del todo el espíritu que animaba a los militantes de la Guardia, en su lucha por el renacimiento espiritual y político de Rumania.

Hombres sin escrúpulos, pagados por el Gobierno, exasperando hábilmente aquellos contradictorios sentimientos de odio y de amor, de admiración y de repulsa, que afloraban al ánimo de Stelescu ante la granítica figura de Codreanu, le indujeron a organizar un «golpe» por su cuenta. De haber tenido éxito, el gobierno se hubiera librado para siempre del peligro legionario y habría atribuido la muerte del Capitán a disensiones internas de su grupo.

Las tentativas realizadas por Stelescu para asesinar a Codreanu fueron dos: ambas fracasaron afortunadamente. En el primer caso se sirvió de un alumno de la Escuela Normal que, apostado detrás de una ventana, tenía que disparar contra él; fallido el atentado, Stelescu urdió un plan para envenenar al Capitán con cianuro de potasio.

Descubierta su traición, y de acuerdo con las leyes legionarias, Mihai Stelescu fue juzgado por sus compañeros y expulsado de la organización. Un sincero arrepentimiento le hubiese permitido reingresar en la familia de la Guardia, acogido como un hijo pródigo.

Pero aquel hombre, cegado por la ambición, continuó desarrollando una campaña escandalosa contra la Legión y su jefe, en un periódico creado a propósito para él y subvencionado por los adversarios de Codreanu.

No contento con eso y confiando sobre todo en sus excelentes cualidades oratorias y dialécticas y en el prestigio personal adquirido durante su militancia en las filas de la Legión, fundó un movimiento político, «La Cruzada del Rumanismo», con el propósito de restar fuerzas al nuevo partido de Corneliu. La maniobra no tardó en revelarse condenada al fracaso; el nuevo grupo, cuyo Secretario General era el ingeniero Stonescu, obtuvo muy pocas adhesiones. El único personaje de cierto relieve que ingresó en la agrupación fue el escritor Panait Istrati. Prácticamente ninguno de los antiguos militantes de la Guardia se dejó arrastrar a la escisión.

Al ver fracasados sus esfuerzos para imponerse como contrafigura del Capitán, Stelescu intensificó todavía más su campaña de difamación contra Corneliu y los otros jefes legionarios. Los ataques más violentos partieron de las columnas de «Cruciada Rumanismului». En el número 18, del 4 de abril de 1935, por ejemplo, apostrofa a Codreanu, acusándole de ser un corruptor de la juventud y de enriquecerse a costa de los compañeros. El 12 de octubre siguiente, en un número que llega a manos de todos los rumanos, escribe que el Movimiento Legionario es una banda de asesinos a sueldo, súcubos de sus jefes, contra los cuales deberían actuar sin piedad las autoridades.

Esas acusaciones no producen el menor efecto en la opinión pública ni en los legionarios, concedores del diamantino comportamiento de Corneliu en tantos años de lucha y del origen de las subvenciones al periódico y al movimiento escisionista. El Gobierno, en efecto, utiliza a Stelescu para poner en dificultades al Capitán e impedir el definitivo éxito de «Totul pentru Tzara», que amenaza con convertirse en el partido más importante del país.

De acuerdo con la ética legionaria, el delito más grave es traicionar a los propios camaradas y amigos, es decir, aquellos con los cuales se han compartido alegrías y peligros, victorias y decepciones. Los legionarios son implacables, no con el que se ha descarriado una vez, sino con el que insiste en la traición. Y una muerte atroz acabará con Stelescu.

Su condena a muerte, fraguada en los ambientes extremistas de la Guardia fue decidida, al parecer, en el Congreso de Targu-Mures. Para la «ejecución» se escogió a la escuadra Furdui; más tarde dejará el puesto a un segundo equipo, dirigido por Caratanase. Forman parte de él Ion Caratanase, Curca Stefan, Bozantan Iosif, Bogdan Gavrilă, Ion Atanasiu, Radu Vlad, Pele Ion, Stati Grigore Ion y otros dos, que no participaron materialmente en el hecho.

Stelescu, que se encontraba en el hospital de Brancovenesc convaleciente de una vulgar operación de apendicitis, recibió, el 16 de julio de 1936, la visita de aquel grupo de legionarios llamados los «Vengadores» o «Los Decenviros». Le liquidaron sin piedad en el lecho que ocupaba y, lo que es peor, se ensañaron con su cadáver. Los diez autores del atentado, de acuerdo con la costumbre legionaria, se presentaron a las autoridades; condenados a trabajos forzados a perpetuidad, encontraron también la muerte junto a su Capitán el 30 de noviembre de 1938.

No hace falta repetir lo que ya hemos expuesto anteriormente acerca de lo horrible que nos parece un modo tan violento y atroz de castigar la traición, habituados como estamos a otras costumbres políticas y una consideración muy distinta de la volubilidad y el camaleonismo.

De todos modos, el de Stelescu fue quizás el único de los casos de traición que ocurrieron en el seno de la Legión desde que fue fundada en 1927. Probablemente, de no haberle sobrevenido la muerte a manos de sus excompañeros, Stelescu habría continuado descalificándose a sí mismo con su conducta y con la escandalosa vida que llevaba, hasta el punto de que puede decirse que su muerte privó a la Guardia de un útil punto de referencia a los ojos de todos los rumanos.

A pesar del caso Stelescu, la fama de Codreanu y de su partido abarcó los confines de Rumania y se difundió por toda Europa. De las más lejanas naciones llegaron políticos y periodistas para

conocer al Capitán y para entrevistarle. Prescindiendo de las naturales diferencias de interpretación política, todos se mostraron de acuerdo en considerar a Corneliu como una personalidad excepcional que, en el bien como en el mal, sabía imprimir un sello inconfundible a sus actos.

La carta abierta dirigida al Rey a finales de 1936 tuvo también amplio eco. En ella, Codreanu, haciéndose intérprete de la línea política del «Totul pentru Tzara», propugna un cambio de rumbo de la política exterior rumana y un acercamiento a los países de las revoluciones nacionales. Para él, en efecto, la política de estrecho entendimiento con Francia e Inglaterra está destinada a hacer caer en breve plazo al país en brazos de Rusia, con los resultados fácilmente previsibles. Se muestra luego escandalizado por el hecho de que una nación de estirpe y tradiciones latinas como Rumania haya sido la primera en aplicar las odiosas sanciones contra Italia, votadas por la Sociedad de Naciones.

Muchos son los que desde Italia, atraídos por el comportamiento de Codreanu y por el dinamismo de su Movimiento, llegan a Rumania para conocer en persona la nueva realidad de la juventud de aquel país. Entre los que conocieron personalmente a Corneliu y mantuvieron coloquios con los máximos dirigentes legionarios se encuentran el escritor y periodista Mario Sani¹² y el universitario Lorenzo Baracchi. Los dos, a su regreso a Italia, hablan en términos encomiásticos del experimento legionario, poniendo de relieve su gran fuerza moral, su perfecta organización y su absoluta adecuación a los problemas de Rumania.

También el escritor y filósofo Julius Evola mantuvo una entrevista con Corneliu en la primavera de 1936. El encuentro se produjo en circunstancias más bien difíciles, por cuanto el gobierno, para evitar toda propaganda del Movimiento Legionario, expulsaba inmediatamente a los extranjeros que entraban en contacto con el Capitán.

El intercambio de ideas fue muy cordial y, según escribió Evola, estuvo precedido por un característico rito tradicional de hospitalidad: el ofrecimiento en un plato de un poco de mermelada y de un vaso de agua. Ante la imposibilidad de entenderse en rumano, el coloquio se desarrolló en francés. Comentaron la «Rebelión contra el mundo moderno», publicada recientemente en alemán y que había tenido una notable resonancia en la Europa Central. Examinaron luego algunos aspectos de la doctrina legionaria que reflejaban el interés común por dar a la lucha política una base espiritual y tradicional. El último de los temas que tocaron fueron las diferencias y las afinidades entre la Guardia, el Fascismo y el Nacionalsocialismo.

Al final, en prueba de simpatía, Corneliu ofreció al gran filósofo tradicionalista un emblema del Movimiento: un pequeño círculo con una especie de reja gris sobre fondo negro. «Los barrotes de la prisión, a través de los cuales hemos visto el sol tantas veces», comentó el Capitán, aludiendo a las frecuentes persecuciones padecidas por él y por sus compañeros¹³.

Para subrayar las frecuentes persecuciones y los procesos injustificados a los cuales se ve sometida periódicamente la juventud rumana, Codreanu decide proclamar el 10 de diciembre de cada año «Día del sufrimiento legionario», en memoria «de todos los sufrimientos padecidos y de los que padeceremos aún». Palabras proféticas: los peores días están aún por llegar. Corneliu, asesinado en 1938, no podrá ser testigo de las matanzas de 1939, queridas por un Rey criminal y por su cortejo corrompido e irresponsable. Las víctimas son más de 300: en las matanzas de Ramnicul-Sarat, Brasov, Vaslui y Ciuc, cerca del 90 % de los dirigentes y de las personalidades más relevantes de la Guardia pagarán con su sangre el sueño de una Rumania mejor.

EL SACRIFICIO DE MOTA Y MARÍN

Es la hora del gran salto, el momento de explotar años y años de luchas y de sacrificios. Codreanu, Mota, Marin, Sima y los otros jefes legionarios recorren Rumania a lo largo y a lo ancho, escuchados con religiosa atención por una juventud entusiasta, decidida a terminar con el viejo mundo. Con ellos están también obreros, campesinos, sacerdotes, profesores, intelectuales; en una palabra, todo el país que trabaja.

El libro de Codreanu, *Pentru Legionari*, y el de Mota, *Cranii de Lemn*, obtienen un éxito

¹² Mario Sani, «El tributo de sangre de la Guardia de Hierro de Rumania en la lucha contra el bolchevismo en España», Roma, Año XVI, 1937.

¹³ Véase también «Julius Evola, l'uomo e Topera», de Adriano Romualdi, Volpe Ed., Roma, 1968.

clamoroso. En ellos se refleja, más que la ideología, el espíritu del Movimiento legionario; y el alma verdadera de Rumania que hace oír su voz a través de las palabras de dos de sus hijos que han escogido la lucha, para rescatarla de una triste condición.

En 1936 asistimos al primer encuentro entre dos mundos, el comunista, que encuentra aliados más o menos sinceros entre las diversas naciones democráticas, y el de las revoluciones nacionales. La puesta es importante. En aquellos momentos, España es sobre todo un símbolo. Se trata de conquistar una victoria moral de incalculable valor, se trata de enfrentar a dos estilos de vida distintos, más que a dos modos diferentes de entender la política.

Codreanu, Mota y todos los legionarios han comprendido desde hace mucho tiempo que la lucha política trasciende ya de las fronteras nacionales y que hay que establecerla a nivel europeo. Esta es la primera ocasión que se presenta para demostrar de un modo tangible la validez de esa tesis.

A los que se muestran apegados a un concepto ya superado del nacionalismo, dirá Mota: «No es cierto lo que decían algunos, en el sentido de que, permaneciendo en la patria, todos los que habíamos escogido este camino, podíamos ser más útiles en la lucha que se avecina. La victoria moral que conseguiremos en España, con cualquier sacrificio, será más importante, para la lucha nacional y para la nueva Europa, que todo lo que pudiéramos hacer en el resto de nuestra vida, e incluso más allá de ella...»

Cerca de 10.000 voluntarios expresan el deseo de alistarse voluntarios para combatir en el ejército de Franco. Pero por dificultades de traslado y por las necesidades de la lucha política en la Patria, el Senado Legionario decide que sea únicamente una representación altamente calificada la que atestigüe en España la aportación rumana a la batalla anticomunista común y a la defensa de la cristiandad.

Bajo el mando del general Cantacuzine y con la asistencia espiritual de un sacerdote legionario, una pequeña patrulla de la Guardia abandona Rumania para ir a alistarse en el Tercio. En ella destacan dos personalidades de primera fila: Ion I. Mota, brazo derecho de Codreanu y número dos del Movimiento, y Vasile Marin, uno de los mejores abogados de Bucarest y prestigioso dirigente legionario.

No se trata de una presencia puramente académica o propagandística, como lo demuestra su heroica muerte, arma al brazo, ocurrida el 13 de enero de 1937 en Majadahonda, después de haberse cubierto de gloria en la conquista de Las Rozas.

Casi presagiando el adverso destino, Mota ha dejado en un maletín varias cartas de despedida para los familiares, para los dos hijos Michele y Gabriella, para el amigo y jefe Codreanu, para los camaradas del Movimiento Legionario, y algunos artículos que han de publicarse semanalmente, después de su muerte, en los periódicos que durante tantos años ha dirigido.

En su testamento¹⁴, dice entre otras cosas: «Yo he entendido así el deber de mi vida. He amado a Cristo y he ido feliz a la muerte por él». «Corneliu, haz de nuestro país una tierra bella como el sol, una nación moderna y respetada, temerosa de la palabra de Dios. Yo muero dichoso, por Cristo y por la Legión. No pido más recompensa que la victoria.»

Y he aquí un párrafo de la carta enviada por Vasile Marin al ingeniero Ionescu el 26 de diciembre de 1936 desde el frente español: «Las devastaciones llevadas a cabo por los rojos son espantosas: ruinas por doquier y, dentro de ellas, hambre y miseria. Convendría traer aquí a los antifascistas, a los Solón del frente popular rumano, para mostrarles los efectos de la guerra civilizadora que los rojos tienen entablada contra el bárbaro fascismo».

Los restos volvieron a la Patria, escoltados por los legionarios supervivientes y por el general Cantacuzine, que poco después seguiría a la tumba a los dos jóvenes héroes. En la frontera, los cadáveres fueron cargados sobre un tren especial. En todas las estaciones, una multitud silenciosa ofrece el último saludo, mientras los sacerdotes bendicen los féretros. Cruzan toda la Bucovina y toda la Transilvania, tierra natal de Mota. En la capital, una ceremonia grandiosa aguarda a los dos legionarios caídos: más de trescientas mil personas componen el cortejo, en una manifestación sin precedentes.

«Todo Bucarest se inclina en un plebiscito de amor conmovido e intenso. Es un pueblo que se arrodilla y que llora. Que comprende perfectamente, con el poder de adivinación que brota de las

¹⁴ «Testamento de Ion Mota», Establecimiento de Artes Gráficas F. Cannella, Roma, 1937.

grandes y humildes multitudes, que los dos féretros no contienen dos despojos, sino que se alzan como monumentos para glorificar a a dos almas nobles, inmoladas voluntariamente por la nueva Europa.»

La multitud anónima y generosa provoca aquel día una verdadera apoteosis de la Guardia. Ha comprendido plenamente el íntimo significado de aquel sacrificio y la profunda escuela de sufrimiento que hay en la base de la espiritualidad legionaria.

Codreanu decide crear un cuerpo de élite Mota-Marin, en memoria de los dos inolvidables amigos y colaboradores. La selección es rigurosísima: el que forme parte de aquella tropa tiene que demostrar que está en posesión de las mismas cualidades que han hecho posible el sublime martirio de los dos jefes legionarios. Poco antes de morir, Mota ha escrito: «Los que han caído alcanzados por los proyectiles enemigos, marchan en fila con los que han quedado...».

EL ÉXITO ELECTORAL

Con la fundación del «Totul pentru Tzara» es evidente que el Movimiento Legionario, consciente de las simpatías adquiridas en el país, está decidido a no dejarse excluir más de las elecciones políticas. Se trata de dar una lección a los enemigos de siempre, incluso en el terreno que les es más favorable, es decir, el terreno electoral.

El sistema rumano está montado de un modo que permite controlar cómodamente la situación a los grupos que están en el poder. El país está dividido en varios departamentos electorales; sumados los resultados, el partido que obtiene el 40 % de los votos reúne, además de los puestos que le corresponden según la ley proporcional, la mitad de los restantes puestos a repartir. Esto favorece la cristalización de la vida política y la aparición de una serie de caciques que mangonean en las respectivas zonas de influencia.

Si se piensa, por otra parte, que en cada elección se presentan normalmente unas setenta listas, se tendrá una idea del campo de maniobra del Rey y de las fuerzas económicas y financieras, notoriamente contrarias a la Guardia de Hierro.

A fin de garantizar la regularidad de las elecciones y evitar una ulterior exclusión de su movimiento de las mismas, Corneliu firma un pacto con el Partido Nacional-Campesino, presidido por uno de los pocos hombres responsables del mundo político rumano, Juliu Maniu, y con el partido liberal disidente, cuyo jefe es Gheorghe Bratianu. Superando antiguas hostilidades y estériles incomprendiones, se establece una línea de acción común, para hacer frente a eventuales maniobras gubernativas, sin confundir por ello las respectivas posiciones ideológicas: cada partido se presenta con sus propias listas.

La campaña electoral se pone al rojo vivo; es evidente la coalición de todos los grupos, desde la derecha hasta la extrema izquierda, para oponerse al Movimiento Legionario, que esta vez se presenta como «Totul pentru Tzara» (Todo por la Patria). Se intenta sobre todo provocar a los militantes legionarios, a fin de que el menor gesto de violencia pueda proporcionar el pretexto para una ulterior exclusión de la contienda.

Los periódicos adversarios recrudecen los habituales ataques contra Codreanu y sus amigos, y los oradores de los diversos partidos no se quedan atrás. Grupos de activistas circulan por las carreteras y por las ciudades, con el evidente propósito de provocar fricciones y de arrastrar a la lucha abierta a los militantes de la Guardia.

La campaña electoral de la Legión se distingue por su gran pobreza de medios y por la aportación exhaustiva de todos los militantes. Codreanu aconseja a sus muchachos el arma del contraste, la cual pone en evidencia a los adversarios porque permite comparar la realidad de la Legión, que se manifiesta con hechos concretos, y el mundo político viejo y decrepito, que se consume en su locuacidad tan venenosa como impotente.

En una circular de organización, Codreanu recomienda: «Una nota de gran dignidad... una línea de gran corrección... En vuestra propaganda no atacéis a nadie. No digáis: votad por nosotros porque los cuzistas, los nacional-campesinos, los vaidistas son malos. Decid: entregadnos vuestro voto por lo que tenemos de bueno. Votad por nuestra fe y nuestros sacrificios. El legionario que sea sorprendido hablando de los demás, tendrá que salir de la lucha. Andad entre la gente con alegría,

hablad únicamente de cosas constructivas, de esperanzas, de victoria; comunicad optimismo y claridad».

El 2 de marzo de 1937 el Capitán pone en guardia a los militantes para que no respondan a las provocaciones adversarias: «Ordeno a todos los legionarios aquello que he afirmado constantemente: no responder a ninguna provocación. Dirijo la misma invitación a los estudiantes, por cuanto serían cerradas las Universidades. Recomendando una amplia acción propagandística de la fe legionaria, no con escándalos, riñas o discusiones contradictorias, sino profesando sencillamente la propia fe: yo creo en la resurrección de Rumania a través de la Guardia. Acepto cualquier golpe. Soporto con alegría cualquier tortura, pero creo en la victoria y en la redención del pueblo rumano. Ni discusiones, ni polémicas, ni altercados, sino una sola profesión de fe: «Yo opino así, opina tú lo que quieras».

Esta campaña simple y positiva, destinada a dar a conocer la realidad de la Guardia más que a atacar a los adversarios, impresionó favorablemente a las poblaciones rumanas, acostumbradas a que las deslumbraran con promesas que nunca se cumplían.

Los resultados de diciembre de 1937 son clamorosos. La lista de Codreanu obtiene 478.378 votos, llevando a la Cámara 66 diputados, y superando en un 6,43 por ciento al partido Nacional-Cristiano, que obtiene 39 escaños El Totul pentru Tzara consigue afirmarse en provincias de antigua tradición socialista, como Vlasca y Teleorman, y en la Moltenia y en la. Oltenia, hasta entonces impermeables a la predicación legionaria.

El éxito en las provincias industriales como Prahova y Hunedoara atestigua el excelente trabajo realizado por el Cuerpo de los Trabajadores Legionarios, que en pocos años de vida ha derrotado a los poderosos sindicatos rojos. La L.A.N.C., por su parte, se impone en las zonas donde es más viva la tradición antisemita: Storejinet, Hadauti, Botosani, Suceava y, en general, las regiones del noreste del país.

La respuesta de las urnas, aunque temida desde hace tiempo, es un duro golpe para el Rey y los políticos que le rodean. Todo el viejo mundo nota súbitamente que se hunde el suelo bajo sus pies. Carol II y sus consejeros, contando especialmente con el apoyo del influyente Armand Calinescu, deciden hacer una demostración de fuerza. El Parlamento elegido queda disuelto incluso antes de reunirse para la proclamación de los resultados.

Para formar Gobierno se llama al partido Nacional-Cristiano de Cuza y Goga, un grupo de vagas simpatías nazistas que en las elecciones de diciembre ha obtenido pocos escaños. La maniobra, en las intenciones del Soberano, es sutilmente pérfida. El Ministerio Goga, fácilmente manejable y controlable desde arriba, realizando una política abiertamente antisemita y nacionalista, debe tratar de minar las posiciones del Movimiento Legionario. Las elecciones volverán a celebrarse cuando la situación sea más favorable.

En el nuevo gabinete, además del temido Calinescu, el Rey impone a otras dos personas de su absoluta confianza: el general Gavril Marinescu en el Subsecretariado de Estado para la Seguridad Pública, y a Istrate Micescu en el Ministerio de Asuntos Exteriores. La hostilidad de Calinescu hacia la Guardia es antigua; inteligente y ambicioso, el hombre del monóculo negro es muy popular en el país. El único modo de sobresalir y de imponerse es mostrarse implacable y despiadado en lo que respecta a los legionarios. Su firme y coherente actitud le costará más tarde la vida.

Los primeros actos del nuevo gobierno, que es extra-parlamentario por estar disuelta la Cámara, son medidas antisemitas que provocan protestas oficiales por parte de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. El propio Rey, para levantar una cortina de humo, cancela una visita oficial a la Gran Bretaña. Codreanu comprende claramente el alcance de la maniobra de Carol; sin embargo, espera la nueva consulta electoral, convencido de que su partido consolidará todavía más el éxito obtenido con anterioridad.

En sus declaraciones a la prensa del 13 de enero de 1938, Corneliu se expresa así a propósito del nuevo gobierno Cuza-Goga: «Comoquiera que hayáis venido, sed bienvenidos. Decís que sois un gobierno nacionalista. Yo no tengo el menor derecho a poner en duda vuestra buena fe, aunque no acierte a comprender ciertas cosas que me parecen fuera de lugar. Una persona correcta no debe mostrarse hostil por principio o por idea preconcebida. Dios os ayude a hacer por el pueblo rumano todo aquello que yo desearía, todo aquello que siempre he querido y que mi mente ha soñado que podría hacerse».

EL GOLPE DE ESTADO DE CAROL

La popularidad del Capitán, en vez de disminuir, continúa aumentando. Ahora es evidente que el Gobierno Goga no ha logrado el objetivo para el cual fue escogido por el Soberano. Vuelve el período de terror. El 8 de febrero, Corneliu declara: Nadie puede permitirse asesinar a tantos de nuestros militantes, por dispuestos que estemos a morir por nuestra fe. El Movimiento Legionario, con el ánimo ensangrentado y de luto, no responde a las criminales provocaciones de que es objeto. Si es esto lo que interesa, podemos incluso retirarnos de la próxima contienda electoral y no presentarnos más a ella. A las fuerzas enemigas que esperan que los legionarios les hagan el juego con un principio de rebelión, podemos asegurarles que se equivocan».

Las palabras de Codreanu extrañan a sus militantes y a toda la opinión pública; parece imposible que el jefe de un partido victorioso y que de un momento a otro puede instalarse en la cumbre del Estado se exprese con tanta cautela y se muestre tan conciliador. Pero el Capitán ha intuido lo que está preparándose en la sombra, y sabe que un paso en falso significaría la muerte para millares de camaradas y jóvenes rumanos.

Todo resulta inútil: el 11 de febrero de 1938, licenciado después de apenas cuarenta días de actuación el ministerio Goga, el Rey, con un golpe de Estado, suspende la Constitución, disuelve todos los partidos e instaura una dictadura personal. La acción se dirige claramente contra el Movimiento Legionario y encuentra la aprobación de todo el mundo político, con la loable excepción de Juliu Maniu, que también en esta ocasión demostrará ser muy distinto de sus colegas de la vieja Rumania¹⁵. Tras la afirmación del «Totul pentru Tzara», el golpe de Estado, empollado por el Rey durante diez años, es el recurso supremo de un mundo en decadencia, pero capaz de cualquier cosa para continuar disfrutando de sus privilegios.

Se crea un partido único: el «Frente del Renacimiento Nacional»¹⁶. Para el cargo de Primer Ministro el Rey llama al propio Patriarca de la Iglesia Ortodoxa, Miron Cristea. En lo que respecta al importantísimo Ministerio del Interior, Carol y Magda Lupescu no vacilan: Armand Calinescu ha dado tantas pruebas de su capacidad y, sobre todo, de su aversión a la Guardia, que no hay motivo para no seguir utilizando su persona. El ejército, básicamente fiel a la Corona, presta el apoyo material a toda la operación.

Las reacciones de Codreanu y de la Guardia de Hierro son sumamente cautas y están impregnadas de un gran sentido de responsabilidad. Aún aceptando la superioridad moral de la posición del Capitán, algunos han encontrado inexplicable aquella falta de serias contramedidas. Más inexplicables teniendo en cuenta la posición de Codreanu, con muchos partidarios en todo el país y unos cuadros adiestrados y dispuestos para cualquier contingencia. Además, la flagrante situación de ilegalidad en que se había colocado el Soberano justificaba un eventual contraataque por parte de los legionarios.

No pudiendo ponerse en tela de juicio el coraje y la decisión del Capitán, demostrados en los largos años de militancia política, quedan por analizar las causas que pudieron aconsejar aquella actitud. En mi opinión, podían ser tres: 1) La vecindad de la Unión Soviética, siempre en busca de pretextos para intervenir en el país. 2) La irresponsabilidad y la resolución del Rey y de su Ministro del Interior, que hacían temer el estallido de una guerra civil. 3) El convencimiento de la bondad de la propia causa, destinada a triunfar tarde o temprano, sin el triste corolario de luchas y ruinas.

El hecho es que el 21 de febrero de 1938 Codreanu convoca a los periodistas y les hace estas inesperadas declaraciones: «Con el golpe de Estado del 11 del corriente mes en Rumania, hemos pasado de la relación de derecho a la de fuerza. Nosotros, manifestando nuestra fe, creemos haber actuado de acuerdo con la ley. Si no podemos continuar haciéndolo, nuestro partido no tiene ya razón de ser. No queremos utilizar la fuerza. No queremos la violencia. Somos enemigos de los golpes de Estado. Por la esencia misma de nuestros conceptos, somos contrarios a similares métodos de lucha, que son actitudes bruscas, de naturaleza exterior, en tanto que nosotros

¹⁵ En honor a la verdad, la acción política del jefe liberal quedará enturbiada en parte por su silencio después del golpe de Estado de Carol, y después del encarcelamiento y el asesinato de Codreanu, a pesar de que en el proceso se mostrará dispuesto a declarar en favor del Capitán.

¹⁶ La constitución oficial del «Frente del Renacimiento Nacional» data del mes de diciembre de 1938.

esperamos nuestra victoria del perfeccionamiento del alma del pueblo rumano y de un proceso de mejoramiento del hombre. No utilizaremos medios similares porque la juventud actual ha arraigado profundamente en sí misma la conciencia de la propia misión histórica y de la propia responsabilidad y no puede permitirse actos insensatos, que conviertan a Rumania en una España ensangrentada».

Los plenos poderes otorgados a Calinescu¹⁷ significan el comienzo de una nueva ola de represiones, conducida sin escrúpulos y con sádica ferocidad, contra la Guardia y su Capitán. El 26 de marzo de 1938, no haciéndose ya ilusiones acerca de su suerte, Corneliu dirá: «Aunque nos azoten o nos lapiden, aunque nos envíen a la Isla de las Serpientes o nos crucifiquen, aunque nos sometan a las mayores humillaciones, los legionarios no responderemos con una oposición y mucho menos con la violencia a los que han asumido la responsabilidad de una sangrienta e inicua represión».

El pretexto para inculpar formalmente a Codreanu fue una carta enviada por el Capitán al escritor y político Iorga. En ella se reprochaba al gran nacionalista rumano el haber traicionado, con su silencio, las esperanzas de toda aquella juventud que había creído en él, en el preciso momento en que una palabra hubiese tenido un gran significado moral.

Desde hacía tiempo, el profesor alimentaba una sorda hostilidad hacia Codreanu. La clave de esto puede encontrarse quizás en un artículo aparecido en «Neamul Romanesc», en el cual, refiriéndose al Capitán, Iorga se preguntaba en tono irónico: «¿Quién es este que es saludado como un emperador romano por la juventud de este país, que ha olvidado a sus viejos maestros?» Efectivamente, también la derecha clásica se siente desplazada por los aires más modernos de la Guardia, y se comprende la contrariedad de sus dirigentes, que se ven abandonados por las fuerzas vivas del país y reducidos a una función puramente académica.

La Magistratura, que después del golpe de Estado ha perdido por completo su independencia (centenares de jueces, sordos a las imposiciones de las altas esferas, son destituidos inmediatamente), condena a Corneliu a seis meses de cárcel por injurias. Simultáneamente, Calinescu ordena que todos los militantes legionarios sean internados en campos de concentración. Codreanu, a pesar de que las autoridades le han retirado el pasaporte, podría refugiarse clandestinamente en el extranjero; pero, ante aquella situación, considera que no debe abandonar a sus compañeros y decide permanecer en el país.

Sabe perfectamente a lo que se expone: ahora le aguarda un trágico destino.

ANTONESCU, EL AMIGO-ENEMIGO

Se ha discutido mucho acerca de las relaciones entre el Capitán y Antonescu, y sobre la influencia que pudieron tener sobre el comportamiento de Corneliu, especialmente después del éxito electoral de 1937.

El General y después Mariscal Ion Antonescu es una de las más prestigiosas figuras militares de Rumania de los últimos cincuenta años. Monárquico por tradición familiar y por convicción personal, no tardó en darse cuenta de que la política de Carol estaba arrastrando al desastre no sólo a la Corona y a las instituciones, sino también a todo el país.

Esto haría presumir un natural e inevitable acercamiento de Antonescu a la «Guardia de Hierro» y a Codreanu, que desde hacía años luchaban basándose en aquella premisa y que habían sabido conquistarse ya el apoyo de innumerables personalidades monárquicas, desconcertadas por la increíble actitud del Rey y de sus consejeros.

Pero Antonescu, aunque era un hombre de indiscutible rectitud personal, de gran prestigio y de notable capacidad militar y organizadora, pertenecía desde siempre a la antigua clase dirigente rumana, de la cual reflejaba, junto a las virtudes, los aspectos negativos y las zonas oscuras.

Esto se hará mucho más evidente después de la muerte de Corneliu, cuando la sangrienta

¹⁷ En aquel revoltijo de verdades y falsedades históricas que es el libro de Angelo Del Boca y Mario Giovana, «Los hijos del sol» (Medio siglo de nazifascismo en el mundo), editado por Feltrinelli, junto a otras muchas cosas curiosas se dice (páginas 38-39) que el ejecutor material del estrangulamiento de Codreanu fue Armand Calinescu. No hace falta señalar que esta afirmación, tan burdamente inexacta, es uno de los muchos partos de la fantasía de los autores.

represión desencadenada contra la Legión y contra el país señalará el suicidio político del Rey Carol y de los hombres que le rodean. El foso abierto entre el Soberano y el País Real se ha hecho tan ancho, que el Rey se ve obligado a abdicar en favor de su hijo Miguel y a abandonar Rumania en compañía de la inseparable amante Magda Lupescu y de los millones de Lei substraídos de las cajas del Estado.

A raíz de los acontecimientos del 3 al 6 de septiembre de 1940, se constituirá en Rumania un gobierno nacional-legionario presidido por el mariscal Antonescu y en el cual muchos ministerios son ocupados por personalidades de la Guardia. Y será precisamente entonces, en aquel breve período del experimento nacional-legionario, cuando se pondrán de manifiesto las diferencias esenciales existentes entre las ideas políticas de Antonescu y el ideario de lucha de la Guardia.

En oposición a Horia Sima, sucesor de Codreanu en la jefatura de la Guardia de Hierro, el mariscal, nombrándose a sí mismo *Conducator* del país, quiere desarrollar una política substancialmente inmovilista y vagamente conservadora, tratando de frenar los impulsos revolucionarios de los legionarios con la inserción de éstos en los vértices del Estado, en el Ejército y en los centros de enseñanza.

La maniobra está condenada al fracaso. La Guardia de Hierro, acostumbrada al sacrificio y educada en la escuela de la renuncia y de la lucha, no puede insertarse en las estructuras del Estado sin tratar de moldearlo y renovarlo de acuerdo con las propias ideas y las enseñanzas del Capitán. La nueva Rumania, anhelada por todos, no debe ser la de siempre, revestida con una simple capa de barniz.

El conflicto latente asoma a la superficie con la fracasada tentativa del 21 al 23 de enero de 1941, con la cual la Guardia trató de recuperar su autonomía¹⁸. Antonescu enseñó su verdadero rostro. La inexplicable y obstinada aversión hacia Horia Sima le hará cometer una serie de actos incalificables e indignos de un hombre de su pasado y de su prestigio.

En este caso le faltará incluso aquel mínimo de prudencia y de inteligencia política, indispensable a un Jefe, para dirigir una nación y sortear los escollos del camino. En efecto, era una verdad elemental que la renovadas persecuciones contra los legionarios privarían al país de la única fuerza que en un futuro no muy lejano habrían podido oponerse al peligro rojo, que estaba ya dibujándose. La trágica muerte del mariscal, a manos de los comunistas, pondrá un desdichado epílogo a una vida malgastada involuntariamente.

Tras esta disquisición destinada a dibujar la compleja personalidad de Antonescu, volvamos a nuestro tema específico, es decir, a sus relaciones con el Capitán. Corneliu no ha dejado nada escrito sobre ellas, en tanto que el Mariscal las reconstruyó de un modo interesado después de la tentativa de golpe de Estado guardista de enero de 1941¹⁹.

Un hecho digno de tenerse en cuenta es que en 1924 y 1927 Antonescu se expresó públicamente en términos muy severos acerca de Codreanu y de su movimiento. Su oposición fue debilitándose a medida que la Guardia y su Capitán se afianzaban en el escenario político. En una larga conversación sostenida con el Rey en 1933, de regreso de Ginebra, el General ponía de relieve el creciente éxito legionario, en contraste con la increíble corrupción existente en los otros partidos y en el país.

El general Cantacuzine, que había abrazado la causa legionaria y se había convertido en Presidente del «Totul pentru Tzara», influyó en un ulterior acercamiento de Antonescu hacia las posiciones de la Guardia. El primer encuentro con Codreanu tuvo lugar en el invierno de 1936, y pudo realizarse gracias a los buenos oficios de Nicolae Mares, íntimo amigo de ambos.

La entrevista culmina una larga serie de contactos destinados a captar para el Movimiento

¹⁸ Antonescu, preocupado por la creciente influencia de los legionarios, decidió destituir al Ministro del Interior y a todos los prefectos de los Departamentos pertenecientes a la Guardia. Las destituciones se llevaron a cabo sin ningún decreto oficial, por medio de una simple llamada telefónica. La Legión consideró ilegal aquella decisión unilateral del Primer Ministro; después de dos días de resistencia armada, Antonescu estaba a punto de perder la partida. Hitler le salvó de aquella situación desesperada, dando órdenes a las divisiones estacionadas en Rumania para que intervinieran en favor del Mariscal. Puestas así las cosas, a los legionarios no les quedó otro recurso que el de retirarse de todos los cargos públicos que ocupaban y pasar de nuevo a la clandestinidad.

¹⁹ «La Romanía sull'orlo dell'abisso», Monitorul Oficial si Impri-meriile Statului. Bucarest, 1942. En italiano.

Legionario, reconstituido recientemente como partido legal bajo la denominación de «Todo por la Patria», a unos hombres calificados e inatacables desde el punto de vista moral, a fin de contrapesar con su experiencia política el entusiasmo y la carga revolucionaria de la base juvenil.

Esta operación tiene éxito sobre todo con muchos miembros de la «Lega Vlad Tzepes», de la cual forman parte Grigore Pilipescu, Emil Ottulescu, Nicolae Mares, Alex Berietzeanu, Emanoil Hagi Moscú, Costache Sturdza, Ziri Cantacuzine, etc. Después de la caída del gabinete Iorga, del cual formó parte el propio Grigore Pilipescu, muchos intelectuales famosos y varios personajes de la liga ingresaron en el partido de Codreanu, proporcionando al Capitán una victoria de incalculable valor, especialmente desde el punto de vista psicológico.

Al primer encuentro de sondeo, que duró más de cinco horas, siguieron otros en Predeal, en la residencia de Antonescu. El general quedó asombrado y hasta cierto punto fastidiado por la seguridad de Corneliu y por su inquebrantable confianza en un próximo triunfo legionario. Era evidente que el hombre que tenía delante de él sabía lo que quería y no se dejaba intimidar por la fama y por la experiencia de los demás.

Con el golpe de Estado del 28 de diciembre de 1937, Carol II, que ha tenido noticia de los contactos entre Codreanu y Antonescu, solicita de este último que forme parte del gabinete Goga. De momento, obtiene una negativa; luego, el General pone como condición un ensanchamiento de las bases políticas del Gobierno. Todo se reduce a obtener, en vez del Ministerio de Comunicaciones de escasa importancia, el de la Defensa Nacional, que Antonescu ambiciona de un modo especial, por motivos de rivalidad con algunos colegas que, a raíz de un proceso por bigamia, le han expulsado del Estado Mayor.

Apenas asumido el cargo, el general se muestra un intransigente mantenedor del orden público, sin consideraciones para nadie, ni siquiera para los legionarios, que han de realizar su campaña electoral ateniéndose a las severas limitaciones que les han sido impuestas después del golpe de Estado regio.

A raíz de una asamblea guardista en Branestillfov, que al parecer se había celebrado contraviniendo algunas normas, son fusilados sumarisimamente dos legionarios, por miembros de la fuerza pública. El hecho provoca cierta tensión y los ambientes legionarios están en ebullición, en espera de que el Capitán de a conocer su punto de vista.

Pero Corneliu es convocado inmediatamente por Antonescu, el cual le intima a que impida cualquier acción de sus hombres. En el país debe reinar la calma más absoluta; en caso contrario, está decidido a reprimir con mano de hierro todo acto de violencia y de ilegalidad. Al mismo tiempo, le pone al corriente de sus gestiones cerca del Soberano para sondear la posibilidad de un nuevo gobierno de base más amplia. De él deberían formar parte Goga, Vaida, Codreanu y, eventualmente, también Luliu Maniu.

Codreanu, muy escéptico acerca de semejante eventualidad, se niega a solicitar una audiencia al Rey, como le aconseja el General. Además, es decididamente contrario a los acuerdos en la cumbre, que dejan inalterada la verdadera situación del país, y una maniobra de tal género deja entender claramente a donde se quiere ir a parar.

Después de la dimisión del gobierno Goga, el General conserva la cartera de la Defensa Nacional en el gabinete del Patriarca Miron Cristea²⁰. Al cabo de poco tiempo estalla el *affaire* Iorga. Y en esta ocasión, Antonescu demuestra que también sabe actuar con dignidad y coraje. Invocando razones de justicia y de equidad, se opone categóricamente a la detención del Capitán, amenazando con presentar su dimisión.

La crisis se resuelve en pocos días y el gobierno del Patriarca se reorganiza inmediatamente, sin el general Antonescu en el Ministerio de Defensa.

El final del Capitán se aproxima.

²⁰ Vuelto a confirmar en el cargo de Ministro de Defensa, Antonescu impondrá a los prefectos militares (coroneles y generales) la obligación de hacer salir de las urnas un plebiscito favorable a la nueva Constitución promulgada por el Rey Carol. La orden se cumplirá a rajatabla: con escandalosas manipulaciones, el 99 % de los votos resultarán afirmativos.

UN TRÁGICO INCIDENTE

Nos acercamos al trágico epílogo.

Durante casi veinte años de actividad política, Codreanu ha sufrido innumerables procesos, pero siempre ha salido de ellos con la cabeza alta, absuelto con veredictos que no dejaban la menor sombra de duda. Esto ya no cuenta. Se desempolvan antiguas acusaciones, vuelven a abrirse antiguos procesos, se inventa una carta a Hitler que nunca ha sido escrita; no es suficiente, se le impone también la suprema afrenta de un juicio por alta traición, y convivencia con el enemigo.

En un ambiente sobreexcitado, el Capitán de la Guardia, durante diez horas, con una admirable defensa, demuestra de un modo irrefutable su inocencia, que es completamente ajeno a los hechos que se le imputan. Los periódicos ven censuradas las crónicas del proceso; sólo podrán publicar la requisitoria del Fiscal.

La opinión pública, a pesar de lo difícil de las circunstancias, está como de costumbre de parte de Corneliu, pero los jueces, nombrados a propósito por Calinescu, le declaran culpable y le condenan a diez años de cárcel.

El Calvario del Capitán empieza la víspera del domingo de Ramos, exactamente el 17 de abril de 1938.

Durante los días de encarcelamiento en los terribles subterráneos de la fortaleza de Jilava, Codreanu redactó un diario, que será publicado después de su muerte y que constituye un postrer testimonio de su grandeza de alma, de su bondad de corazón y de la inhumana ferocidad de sus verdugos. Reproducimos algunos párrafos que nos parecen significativos.

«Entramos en la fortaleza. Recorremos algunos pasadizos tortuosos, largos, tenebrosos. Noto un olor frío y húmedo a moho. Me introducen en una especie de calabozo de seis metros de largo por cuatro de ancho... El suboficial me trae un jergón y dos mantas raídas. Lo deja todo sobre las tablas. Debajo de la cabeza, nada. El teniente se da cuenta de que es algo carente de la más elemental humanidad. Se siente a disgusto, y se disculpa. No puede ir contra el régimen interior. Del techo, del suelo, de las gruesas paredes, de todas partes brota una fría humedad. Me acuesto. Una noche larga».

»24 de abril de 1938. Santa Pascua.

»La humedad me penetra en los huesos. Me tiendo sobre el lecho de tablas; me duelen los huesos. Estoy cinco minutos de un lado y cinco del otro. Oigo latir descompasadamente mi corazón. En esta noche de Resurrección ruego al Señor que acepte mi sacrificio y, si es necesario, que tome mi vida».

»Miércoles, 15 de junio de 1938.

»Cuando he terminado de leer los Evangelios he comprendido que estoy aquí por la voluntad de Dios; porque no tengo ninguna culpa desde el punto de vista jurídico. Él me castiga por mis pecados y pone a prueba mi fe. Me he tranquilizado y la paz ha descendido sobre mi alma atormentada.

»No he perdido la «Fe» ni el «Amor», pero noto que se ha roto en mi el hilo de la esperanza. Hace 60 días que duermo vestido sobre unas tablas y un jergón; 60 días que mis huesos absorben, como un papel secante, la humedad que exudan las paredes y el suelo. Hace 60 días que no hablo con nadie, porque a nadie, entre los que están aquí, le está permitido hablarme. Al mismo tiempo, atacado en mi integridad moral, acusado de traición, declarado extranjero (como si no fuese rumano ni por parte de padre ni por parte de madre), señalado con el dedo como enemigo del Estado, no tengo ninguna posibilidad de defenderme. Con el corazón angustiado al pensar en los sufrimientos, en las ofensas, en los malos tratos infligidos a mis familiares y compañeros, paso momentos terribles. He notado que se rompió en mí uno de los tres hilos invisibles que atan a un cristiano al Señor: la Esperanza. Pero luchando día tras día y leyendo los cuatro Evangelios, confío en que también la Esperanza vuelva a consolarme.»

«Domingo, 19 de junio de 1938.

»Esta tarde ha venido el médico de la prisión y me ha visitado. Una mala noticia. Me ha encontrado con los pulmones carcomidos por arriba y por abajo, por delante y por detrás. Me ha recetado inyecciones de calcio, una loción para darme friegas y algo, para revigorizar mi maltrecho cuerpo. ¡Pobres pulmones míos, no resisten más a los sufrimientos! Después de haber sido atacado

en lo moral, después de haber sido tratado bárbaramente desde el punto de vista físico, ahora sufro un tercer ataque: esta vez son los microbios»²¹.

A pesar de que está reducido a aquellas miserables condiciones, el Capitán continúa inspirando temor. La cárcel no es suficiente. Gobierno y Soberano saben perfectamente que el «País Real» sigue considerando a Codreanu como al único hombre capaz de resolver los seculares problemas de Rumania y de conducirla a un ordenado y moderno desarrollo cívico.

Para Corneliu es el final. Por orden de Calinescu y con el pretexto de una inexistente tentativa de fuga, el Capitán es asesinado, con otros trece legionarios, durante un traslado de una cárcel a otra.

El anuncio oficial de la muerte fue dado por el Mando de la Segunda División Militar, con este comunicado fechado en Bucarest:

«En la noche del 29 al 30 de noviembre, un grupo de presos políticos era trasladado de la localidad de Jilava a Valmiselu. Durante el viaje, a una treintena de kilómetros de Jilava, el convoy tuvo que detenerse a causa de una avería. Los presos aprovecharon aquella ocasión para intentar evadirse, ocultándose en los bosques contiguos. Los gendarmes se vieron obligados a abrir fuego. A consecuencia de los disparos murieron Zelea Codreanu, Constantinescu, Caranica, Balimaec y otros diez jóvenes pertenecientes a la Guardia de Hierro. Una comisión militar que se trasladó inmediatamente al lugar de los hechos comprobó que la versión dada por la gendarmería correspondía a la verdad y, en consecuencia, concedió la autorización necesaria para el entierro de los cadáveres».

Además de este comunicado se difundió otro, en el cual se decía que el convoy había sido asaltado por un grupo de desconocidos y que los presos habían escogido la ocasión para la trágica tentativa de fuga.

Naturalmente, nadie creyó la versión oficial, que no encaja con la línea moral constantemente seguida por Corneliu. La consternación fue unánime, exceptuando a la clase corrompida de los políticastos y a algunos ambientes económicos, atacados por la política del Capitán en sus vitales intereses egoístas.

Pero la verdad no puede permanecer oculta largo tiempo. La confesión posterior del comandante Dinalescu, que dirigió el asesinato, ha permitido poner en claro las circunstancias de aquel horrendo delito.

«Un día —confesará Dinalescu— fui llamado por el ex Presidente del Consejo Calinescu; en su despacho se encontraba también el general Bengliu; jefe de la Gendarmería. Calinescu me dijo que, por motivos políticos, Codreanu y trece secuaces suyos debían morir; éste era también el deseo del Rey, según Calinescu.

«El 29 de noviembre de 1938, a las diez de la noche, Codreanu y sus camaradas fueron sacados de la prisión en que estaban reclusos y obligados a montar en un camión. Los legionarios tuvieron que sentarse de modo que sólo pudieran mirar hacia adelante, con las manos atadas detrás de la espalda, de modo que no pudieran hacer ningún movimiento; además, fueron obligados a permanecer continuamente con la cabeza erguida. Detrás de cada uno de ellos se sentó un gendarme. Yo me senté al lado del chófer.

«Recorríamos la carretera entre Ploesti y Bucarest, cuando al amanecer del 30 de noviembre, llegados a los bosques de Tancabesti, di la señal convenida con mi linterna. Los gendarmes sacaron una cuerda de sus bolsillos y rodearon con ella el cuello del legionario sentado delante de cada uno de los agentes.

«Así fueron estrangulados Codreanu y sus trece compañeros. El camión no había aminorado su velocidad. Poco después llegamos a Bucarest desde donde nos dirigimos hacia la fortaleza de Jilava, en cuyo interior, desde hacía tres días, había sido excavada una fosa. Cuando el camión llegó a la fortaleza, fueron disparados varios tiros de revólver y de fusil sobre los estrangulados. Después de que el médico forense, coronel Gherovici, certificó la muerte de todos los legionarios, los cadáveres fueron arrojados a la fosa.

«Inmediatamente advertí a los gendarmes, catorce, que todo lo que habían hecho había sido ordenado por la Corte Marcial y era un importante asunto patriótico. Se cubrió la fosa de tierra, pero

²¹ Según las declaraciones del médico de la cárcel, el estado de salud de Corneliu, atacado por la tuberculosis, no le habría permitido vivir muchos años.

al día siguiente los cadáveres fueron desenterrados y trasladados a otro lugar. Se vertieron sobre ellos veinte bombonas de ácido sulfúrico, para que no pudieran ser reconocidos, una capa de cemento y finalmente tierra. Los gendarmes tuvieron que firmar los certificados de defunción, en los cuales se decía que los catorce legionarios habían resultado muertos a consecuencia de una tentativa de fuga. Cada gendarme fue recompensado con veinte mil Lei, por el servicio prestado.»

El chófer que conducía el camión aquella trágica noche hizo una declaración análoga, afirmando que la recompensa de Dinalescu había sido de veinte mil Lei.

J. L. Gómez Tello ha escrito: «Es bello morir así. Es bello pensar que en esta Europa, que no es la de Estrasburgo, ni la de Stalin, ni la de los defensores de última hora, podemos ofrecer las gotas de la sangre de Brasillach, que su defensor recogió en una hoja de papel. Son cinco gotas de sangre: la de José Antonio, las dos de los que no pueden ser nombrados, la de Codreanu y la de Robert Brasillach. Cinco estupendas gotas de sangre, nuestras cinco rosas».

EL PENSAMIENTO

EL HOMBRE NUEVO

En «Pentru Legionari», su obra principal, Codreanu repite a menudo el siguiente concepto:

«Este país (Rumania) muere por falta de hombres, no por falta de programas. Esta es mi opinión. No tenemos que buscar programas, sino hombres, hombres nuevos. La piedra angular que ha dado origen a la Legión es el hombre y no un programa político. Por eso no luchamos tanto por la realización de un determinado programa como para forjar hombres nuevos.»

No puede dejar de observarse el realismo de esta afirmación del Capitán; efectivamente, para los demagogos y los políticos resulta fácil hablar de revoluciones y de reformas, como si dispusieran de una varita mágica como panacea de todos los males. Pero cambiar la faz de una nación es una tarea ardua que presupone, no sólo preparación, competencia y una gran seriedad de intenciones por parte del que es propuesto para ocupar la jefatura del Estado, sino también un esfuerzo mancomunado de toda la colectividad nacional.

En otras palabras, Corneliu comprendió que el pueblo rumano, para reencontrar su camino y la confianza en el futuro, no necesitaba un grandilocuente y brillante político, sino sencillamente un gran educador que supiera hablar con humildad y sinceridad al corazón de toda la nación. Partiendo de la idea del hombre como valor moral y no como entidad numérica, Codreanu aplicó este concepto a la Legión del Arcángel Miguel, haciendo de ella, más que un partido político, una escuela de vida y una milicia de sacrificio. Y esto porque sería realmente deshonesto reprochar y querer corregir los defectos ajenos, si antes no se tiene el valor y la voluntad de conocer y enmendar los propios.

«¿Programas? ¿Cuáles? ¿Crees que nosotros no podemos sanear los terrenos pantanosos? ¿Captar la energía de los montes y electrificar el país? ¿Construir nuevas ciudades? ¿No podemos levantar sobre los Cárpatos una patria que resplandezca como un faro en medio de Europa?» Elaborar programas, es evidente, no basta. Es preciso tener la fuerza, la capacidad, la voluntad necesarias para ponerlos en práctica. Es preciso, sobre todo, renovarse interiormente para poder tener los papeles en regla y llevar adelante un proceso de reestructuración radical del Estado y de reconsagración existencial del hombre en el ámbito de la nueva realidad.

«También nosotros queremos construir: desde un puente hasta una carretera, desde la canalización de una cascada de agua hasta su transformación en fuerza motriz, desde la edificación de una casa hasta la de un pueblo, de una ciudad, de un estado rumano nuevo. Esta es la misión histórica de nuestra generación: sobre las ruinas de hoy debemos construir un país nuevo, un país soberbio. Hoy, el pueblo rumano no puede cumplir su misión en el mundo, la misión de crear una cultura y una civilización propias en el oriente europeo.»

El hombre nuevo auspiciado por Codreanu sólo puede nacer allí donde germina el espíritu cristiano en su forma más pura. La fe en Dios es un postulado fundamental de la doctrina legionaria; no se puede prescindir de ella, porque es esencial que cada uno tenga conciencia de la propia realidad espiritual y de la misión terrena que debe cumplir.

«El hombre nuevo o la renovación nacional presuponen una gran revolución de todo el pueblo, es decir, una reducción contra la situación actual y la voluntad decidida de cambiar esta dirección.» La actitud revolucionaria de Codreanu consiste en el hecho de querer desentrañar los diversos problemas, no cerrándose a las apariencias, sino penetrando hasta el fondo y tratando de resolverlos en su interior. No se trata de cambiar únicamente el aspecto exterior, la apariencia de las instituciones, sino de tratar de modificar la naturaleza misma del hombre, haciéndole aspirar a metas más elevadas.

Naturalmente, para convertirse en un verdadero legionario no basta con hacer profesión de serlo; es preciso que se evidencien aquellas transformaciones que pueden desarrollar armónicamente las diversas cualidades del hombre. El Movimiento Legionario es una aspiración a la perfección y como tal exige de sus militantes seriedad, honradez y valentía, junto al repudio más absoluto, lo mismo en política que en la vida privada, de la deslealtad como sistema de lucha.

«Camina únicamente por la senda del honor. Lucha. No seas nunca vil. Deja a los otros la senda

de la infamia. Es preferible caer con honor que vencer con infamia. Guardaos, oh rumanos, de esa locura espantosa que es la villanía. Toda la inteligencia, todo el estudio, todo el talento, toda la educación no servirían de nada si fuésemos viles. Enseñad a vuestros hijos a no emplear nunca la vileza, ni contra el amigo ni contra el mayor enemigo, porque obrando así no venceríamos y seríamos más que derrotados, seríamos aplastados. Ni siquiera contra el villano y sus métodos viles hay que emplear las mismas armas, porque si venciéramos habría un cambio de personas, pero la villanía permanecería inmutable. La vileza del vencido sería sustituida por la vileza del vencedor, pero en sustancia la misma vileza dominaría el mundo. Las tinieblas de la vileza no pueden ser desgarradas por otras tinieblas, sino únicamente por la luz que emana del alma de un hombre valeroso y honrado.»

La educación del «hombre nuevo» debe tender sobre todo a darle conciencia de los deberes cívicos y de los valores morales, además de proporcionarle, naturalmente, un bagaje cultural y conceptual con el que hacer frente a las necesidades de la vida. La diferencia con la educación entendida en sentido burgués o marxista es más que evidente; no se reduce a una simple obra de profundización o de sensibilización, ni busca un adoctrinamiento acrítico y dogmático. Aspira a algo más hondo y más sugestivo: a hacer partícipe al individuo de la realidad en la cual vive, a convertirle en un centro de irradiación espiritual y no sólo cultural, a estimularle hacia síntesis nuevas y atrevidas, a dirigirle hacia metas que alcancen valores perennes.

Para la mayoría de los hombres, uno de los principales incentivos para la acción y para la lucha es el interés personal. Codreanu está en completo desacuerdo con esta mentalidad. El deseo de enriquecerse, el lujo, el ansia desordenada de placeres, son sin duda factores importantes en el determinismo de las acciones humanas: pero lo son en sentido negativo. Hay que esforzarse por cambiar de rumbo, condicionando la idea de élite, no a la de éxito, popularidad, fortuna, sino a la idea de sacrificio, de vida áspera, severa, austera. Este debe ser el camino de la elevación. Las comodidades, el lujo, la frivolidad, señalan el camino de la decadencia de los pueblos.

«Debemos vivir una vida de pobreza, ahogando en nosotros el deseo de las riquezas y cualquier tentativa de explotación del hombre por el hombre. Cada vez que me he encontrado ante un sacrificio de la Legión, me he dicho a mí mismo: cuán terrible sería que sobre el sacrificio santo y supremo de tantos de nuestros jóvenes se instalara una casta de vencedores cuyas puertas estuvieran abiertas a los negocios sucios, a las orgías, a la explotación de los demás.»

No hace falta insistir aquí en la función insustituible y en el significado moral que Corneliu atribuye al trabajo, desde el más humilde y fatigoso hasta el de más empeño y mayor responsabilidad. Por otra parte, sus campos voluntarios de trabajo continúan siendo lo que de más concreto y más asombroso había sabido expresar una generación que se impuso como finalidad decir no a las palabras de los retóricos, actualizándose y expresándose en los problemas reales del país.

He aquí cómo describe la obra de Codreanu uno de sus colaboradores más íntimos, que tuvo ocasión de apreciar muy de cerca la influencia de la personalidad del Capitán sobre la mentalidad y sobre las costumbres rumanas.

«En el país de la evasión de toda responsabilidad, ahogado por tantos perillanes y parásitos sociales, Codreanu instauró la escuela del hombre de honor, del hombre que no miente, del hombre justo, digno, correcto, alegre, dedicado al trabajo y que sabe asumir los propios riesgos. Instauró además el principio de que ningún trabajo es vergonzoso, y eliminó inflexiblemente de su organización a los depravados, a los holgazanes, a los granujas, a los vanidosos, a los chismosos y los deshonestos.»

No debemos considerar en absoluto al «hombre nuevo» como desgajado de la realidad circundante, cristalizado en sus arquetipos ideales, indiferente a todo lo que no le afecte en su integridad espiritual. Codreanu no es ciertamente el que se encierra en una torre de marfil para admirar la propia superioridad intelectual y moral, no se abandona al sarcasmo, no compadece ni desprecia a la multitud que se afana en buscar en el dinero o en el placer el significado de la propia existencia. Confía en la evidencia del ejemplo; cree sobre todo en la fuerza del sacrificio, entendido como testimonio y como reafirmación de una fe.

Dando por sentado que el interés no puede realizar la armonía, ni en el corazón de los hombres ni en el contexto de una nación, sino que representa un motivo de discordia y de perturbación social, queda por analizar cuál es el elemento capaz de conseguir esa síntesis. Codreanu cree localizarlo en

la adhesión del propio ser a las enseñanzas del Cristianismo y sobre todo en una gran capacidad de amor:

«El interés es la expresión de la naturaleza animal del hombre; el factor de armonía, capaz de sublimarlo y de asignarle una misión no puede ser otro que su espíritu. El elemento regulador de la vida política, social y económica tiene que ser el amor. El amor aplicado positivamente significa paz en nuestros espíritus, en la sociedad y en el mundo.»

Partiendo de esa premisa, el «hombre nuevo» y el legionario se sitúan en profunda antítesis con el viejo mundo político; se explica así la instintiva desconfianza de todos los partidos rumanos, desde la derecha hasta la extrema izquierda, ante el movimiento codreanista. Esta bastarda concentración de fuerzas dio cuenta del entusiasmo y de la juventud, ahogando en sangre el sueño de toda una generación.

Nuremberg nos enseñaría después que los vencedores, no sólo se equivocan siempre, sino que la mayoría de las veces son también unos criminales de paz.

ANTIMAQUIAVELISMO LEGIONARIO

Por una significativa coincidencia, la fecha oficial de la fundación de la Legión corresponde también al 4.º Centenario de la muerte de Nicolás Maquiavelo (1527-1927). No hace falta repetir aquí que Maquiavelo, que ha pasado a la historia por su áureo tratado, representa un punto fijo para todos aquellos que creen personalizar determinadas constantes en el arte de gobernar y de ello extraen conclusiones concretas en orden a las relaciones entre ética y política.

Lo que trasciende de las palabras del autor de «El Príncipe» es una visión desencantada y objetiva de la realidad política de su época. De ella emergen príncipes y grandes señores sin escrúpulos, en continua lucha entre ellos con todos los medios, sobre el trasfondo de una humanidad doliente y apática, verdadera masa de choque o de maniobra para las ambiciones de los propios jefes.

Las conclusiones a que llega el Secretario florentino son realmente amargas y desconsoladoras. Para juzgar sobre la bondad de una acción, hay que referirse a su éxito desde el punto de vista técnico; en lo que respecta a los hombres, son considerados virtuosos únicamente aquellos que han actuado con una exacta valoración de las propias posibilidades, explotando adecuadamente todos los medios, lícitos o ilícitos, a su alcance.

En resumen, para Maquiavelo la política es un arte completamente independizado de la moral y de la religión. El que no se adapta a esta norma es un débil y está destinado, tarde o temprano, a ser arrastrado por los acontecimientos. De esto se deriva inevitablemente una clara disociación entre ética y política, la recusación de la moral como elemento básico de conducta y la aceptación del mal como fuerza regeneradora y revolucionaria.

Con la aparición en la escena política de Codreanu y del Movimiento Legionario se produce un vuelco completo de las premisas sobre las cuales se apoya la construcción de *El Príncipe*. Cedamos la palabra a Constantín Papanace:

«La innovación de Codreanu en el pensamiento, pero sobre todo en la práctica política, es su eclecticismo ético y un profundo sentido humanitario, que tiene su origen en la sensibilidad del pueblo rumano y está fecundado por la idea religiosa cristiana. Todo su sistema político se basa en las virtudes morales, más que en aquellas puramente formales y exteriores. La constante preocupación de Corneliu es la de educar y hacer surgir únicamente la parte mejor del hombre. A las fórmulas imperantes en política, según las cuales el fin justifica los medios y el éxito significa justicia, opone decididamente la idea de que un buen fin sólo continúa siendo bueno si los medios con los cuales ha sido alcanzado han sido lícitos, es decir, morales.

»Esta audaz tentativa de romper radicalmente con el «concepto amoral y maquiavélico predominante en el pensamiento y en la práctica política del mundo moderno (concepto no puesto en tela de juicio ni por Mussolini ni, mucho menos, por Hitler) constituye, a pesar de su apariencia utópica, el único remedio adecuado y eficaz para atacar en sus propias raíces el mal que, en último análisis, es causa de todas las crisis de la sociedad contemporánea.»

¿Qué significa todo esto? Podado de sus implicaciones filosóficas, ¿significa sencillamente que

Codreanu trata de superar el *impasse* originado por el encuentro entre el realismo de las tesis de Maquiavelo y los imperativos de la propia conciencia. Su objetivo es indiscutiblemente ambicioso; se trata de reconciliar lo espiritual con la realidad o, para ser más claros, la moral con la política.

Cambia sobre todo el significado que hay que dar a la palabra política. Para Corneliu no significa subterfugio, doble juego, ambigüedad, ni búsqueda del poder, conquista o vejación. El hombre político debe tender a conciliar y a unir, no a imponerse y a dominar. Hacer política significa aplicar la propia fuerza de carácter, la propia inteligencia, la propia habilidad diplomática, a dar un sentido moral a la propia presencia en un determinado contexto nacional-socio-económico.

Sin esta constante preocupación no podrá existir nunca un mejoramiento de las relaciones entre los pueblos, ni un proceso de civilización en el seno de una comunidad humana. En consecuencia, puede afirmarse que el heroísmo físico y la audacia admirados por Maquiavelo, se convierten en valentía moral y heroísmo espiritual entre los militantes de la Guardia de Hierro. Esta, en síntesis, es también la opinión del profesor Faust Bradesco que en su obra «El antimachiavelismo Legionario», publicada en francés, ha desarrollado particularmente este aspecto del ideario de Codreanu.

* * *

Maquiavelo, partiendo de la premisa de que el hombre es tendencialmente malvado y egoísta, desarrolla rigurosa y consecuentemente este concepto. Corneliu tiene una idea más optimista de la naturaleza humana. No contradice, no podría hacerlo, las afirmaciones del ilustre florentino, psicólogo sutil y profundo conocedor de las causas y de las motivaciones que regulan las relaciones y las acciones humanas. Pero critica su justificación en el plano histórico-político, basada en una moral técnica que impulsa a muchos admiradores de Maquiavelo a sentirse estimulados en sus planes descabellados y delictivos.

En realidad, bajo las apariencias contradictorias, las perspectivas de Maquiavelo y de Codreanu no son tan distintas. Salvo que Maquiavelo, hijo de su siglo, que veía una Italia cultural y artísticamente emperatriz, al tiempo que políticamente esclava, ambiciona un renacimiento de nuestro país a través de *cualquier medio* que pueda hacer realidad este gran sueño. Codreanu tiene ante sus ojos la misma visión del propio país que Maquiavelo sueña para Italia. También él ambiciona un renacimiento de Rumania y su retorno a las grandes tradiciones latinas que iluminaron su historia.

Lógicamente, los puntos de partida y los criterios que informan la acción política son distintos. Para el Capitán, ante todo, es indispensable una recuperación cívica de toda la población, una toma de conciencia de los propios problemas y de la necesidad de resolverlos partiendo de un esfuerzo común. Luego se podrá construir el resto.

«Codreanu cree en la esencia espiritual del hombre y en su perfectibilidad social, política y moral. Lógicamente, no se limita a describir al hombre tal como debería ser, lo cual le condenaría a un espléndido conceptualismo idealista. El Movimiento Legionario actúa en el sentido de esa perfectibilidad. A través de la educación y del ejemplo, del heroísmo y del martirio, modifica diariamente los instintos primitivos y el modo de pensar del hombre; en una palabra, lo transforma.

»Esa es, pues, la gran diferencia: el machiavelismo impulsa al hombre hacia la exageración de ciertos instintos o de ciertos deseos egoístas y egocéntricos, les inculca el convencimiento de que la grandeza tiene como única base la fuerza. El Movimiento Legionario, en cambio, impulsa al hombre hacia la extrinsecación de las más elevadas cualidades morales y espirituales, y les inculca el convencimiento de que la grandeza tiene como única base la armonía de esas cualidades.»

Todo esto únicamente se puede obtener considerando a la política, no como un medio para satisfacer las propias ambiciones personales y el propio orgullo, sino como una verdadera misión. En efecto, el hombre de Estado tiene la obligación de servir a los intereses de la nación, y no a sus propios intereses o a los de sus partidarios. En la Legión, una de las virtudes fundamentales que todos, jefes y gregarios, deben poseer es la de saber superar el interés personal. De otro modo se corre el peligro de considerar el Estado como una especie de hacienda particular, con el triste corolario de robos, escándalos y malversaciones que han venido produciéndose en todas las épocas.

Por otra parte, si bien es cierto que un pueblo tiene los gobernantes que merece, no es menos cierto que un político honrado y capacitado se halla en condiciones, de ejercer una profunda influencia sobre la nación a través de la emulación y del ejemplo. Sin contar con que excluir de la política cualquier soplo ideal significa admitir el predominio del egoísmo en la vida social y la

imposibilidad de una evolución hacia lo mejor, lo mismo en el terreno político que en el humano.

Lo que desagradaba especialmente a Corneliu del ideario político de Maquiavelo es la continua exaltación y justificación de la razón de Estado. Esto conduce no sólo a una especie de relativismo político, sino, lo que es peor, que llevado a sus extremas consecuencias se resuelve en una inmoral y descarada deificación del más vulgar y vergonzoso oportunismo.

El Capitán se opone rotundamente a esa glorificación de la fuerza, del doble juego y del oportunismo; siente que es inmoral e intrínsecamente injusto que una nación viva únicamente para el esplendor de sus jefes, como sucedía en otras épocas, o para satisfacer los caprichos y los vicios de sus más o menos democráticos gobernantes, como sucede hoy.

La élite de la Guardia de Hierro tiene que ser el espejo de las más elevadas virtudes de la nación, a fin de que el pueblo se reconozca en ellas y se sienta representado por lo mejor que posee. Por eso los legionarios, según los deseos de Corneliu, deben:

- 1) Vivir en la pobreza y alejar de sí todo deseo de: enriquecimiento.
- 2) Llevar una vida austera, en la cual no quepan el lujo ni la opulencia.
- 3) Rechazar todas las tentaciones de explotación del hombre por el hombre.
- 4) Sacrificarse permanentemente por la Patria.

5) Defender con todas las fuerzas al Movimiento Legionario contra cualquiera que pretenda conducirlo por el camino de los compromisos o apartarlo de su elevada línea moral.

«En esta transformación en profundidad reside toda la grandeza del Movimiento Legionario y la enorme diferencia de conceptos políticos entre Codreanu y Maquiavelo. No se trata solamente de una diferencia de estilo, sino de una diferencia conceptual. En tanto que uno exalta el imperio de la fuerza, de la mentira, de la tiranía, con la finalidad puramente material de alcanzar un objetivo, el otro apela al amor, a la comprensión y a la verdad, con el fin de encaminar a la humanidad por las vías sublimes de la perfección. En tanto que uno destruye todas las relaciones entre la política y la ética, el otro se esfuerza en establecer entre ellas un contacto lo más sincero y provechoso posible.

«Movimiento idealista, considera la armonía política y social tan esencial como la armonía interior de un individuo. Las naciones se encaminan necesariamente hacia una mayor perfección técnica y una mayor comprensión espiritual. En consecuencia, lo que forma el substrato de una verdadera política no es ya la conquista de territorios y de privilegios, sino el tender hacia una civilización progresiva y general. La tiranía, la perfidia, la fuerza, el materialismo, no son ya capaces de conducir a las naciones por el camino que les es propio, sino por el contrario el idealismo, la ética y el sentimiento, elementos específicos del alma.»

Pasar de la teoría a la práctica no resulta fácil, desde luego; el propio Movimiento Legionario se ha visto obligado en diversas ocasiones a adoptar medios no del todo consecuentes con premisas ideológicas. Sin embargo, y de un modo especial en lo que respecta a determinadas acciones terroristas llevadas a cabo por la Guardia, hay que tener en cuenta la influencia de cierta tradición balcánica de lucha. Corneliu no puede cambiar de golpe una mentalidad enraizada en milenios y en la cual también sus adversarios han demostrado que sabían desenvolverse perfectamente.

No hay que olvidar el espíritu con que eran llevadas a cabo aquellas acciones. Se trataba de castigar con una pena ejemplar a aquellos que habían traicionado los intereses del pueblo y de la nación rumana, y que en virtud de la situación interna del país no podían ser juzgados por la Magistratura ordinaria. Los que asumían aquella onerosa tarea tenían plena conciencia de que realizaban un acto condenable desde el punto de vista humano y moral. Por ello, los legionarios, una vez cumplida la tarea, se entregan a la Justicia, confesando abiertamente lo que han hecho. En el proceso no piden atenuantes ni invocan ninguna clase de justificación. Reclaman la pena máxima, atestiguando así que su gesto tiene tanto más valor por cuanto se ha realizado con plena conciencia de las justas consecuencias que habían de derivarse inevitablemente de él.

A Codreanu no se le escapa la gran influencia del maquiavelismo en el mundo de hoy. Habría que ser realmente ingenuo para no darse cuenta de esta realidad o alimentar ilusiones al respecto. Por otra parte, la misma actividad política le lleva a menudo a tener que elegir inevitablemente entre el propio sentido moral y la necesidad de una mayor libertad de acción.

De hecho, resulta ya muy difícil mantenerse en paz con la conciencia cuando se actúa de buena

fe y se tiende a ejercer una función educadora. Imaginemos cómo serán las dificultades cuando se tienen segundas intenciones y se trata de enmascarar los propios objetivos... Son muchos los medios con los cuales puede realizarse un plan político. Maquiavelo, más realista, prefiere los más eficaces en el terreno objetivo, aunque sean menos recomendables desde el punto de vista moral. Corneliu se esfuerza en conciliar esas dos exigencias, aunque en muchos casos no consigue ver el camino de salida, sobre todo a corto plazo.

El optimismo fundamental de Codreanu en lo que respecta al hombre y a sus posibilidades de elevación y mejoramiento espiritual, es sin duda un admirable acto de fe en los valores humanos que el Capitán repitió a lo largo de los años de su militancia política. En mi opinión, empero, el problema no termina aquí. Se puede estar de acuerdo con Corneliu en el sentido de que el elemento espiritual e idealista actúan intensamente sobre algunos políticos, condicionando su comportamiento. Pero Maquiavelo y la Historia en general demuestran otra cosa, a saber: que en política se afirman con preferencia los que saben pasar por encima de los escrúpulos y de los imperativos de la propia conciencia.

Aquí está el quid de la cuestión. No se crea que hoy, en régimen parlamentario-democrático, ha dejado de ser cierto. El fenómeno se ha acentuado pavorosamente. No se trata ya de concebir planes de vasto alcance, como en la patriótica y primitiva elucubración del Secretario florentino. Se trata, por el contrario, de un maquiavelismo de vía estrecha, y por ello mucho más mezquino e inno-ble, destinado a poner en evidencia a los compañeros de corriente o de partido, a montar un escándalo inexistente, a pasar de contrabando falsas acusaciones, difícilmente desmentibles. En otras palabras, lo que hacen corrientemente nuestros políticos, que se declaran solidarios pero que no lo son, que juegan con dos barajas, que se mueven por la jungla política comportándose con escasa corrección en sus relaciones con sus colegas.

Hoy que la política se hace sobre todo no por lo que se es, sino por lo que se aparenta ser, asistimos a un verdadero triunfo del maquiavelismo más destructivo. En este aspecto se distingue especialmente la prensa; lo mismo la de partido que, peor aún, la independiente o seudoindependiente. La prensa tiende a silenciar las noticias que interesan más y a minimizar o ignorar a propósito lo que está en contradicción con «las verdades» que se desean inocular insidiosamente en los cerebros de los lectores. Y también esto es maquiavelismo, y del más bajo, porque actúa de un modo discreto, indoloro y aprovechándose de la buena fe ajena.

Volviendo a Corneliu, el Capitán parte del convencimiento de que es necesario abrir nuevas perspectivas que permitan al hombre no perder el contacto con su realidad espiritual. El gran mérito de Codreanu fue el de fundamentar su batalla para una renovación integral del Estado, no sólo en el plano exterior de la organización social, sino también en el de la educación interior, igualmente importante y decisivo.

Basta esta afirmación de Codreanu: «Partimos de la idea del hombre como valor moral» para explicar por qué la Guardia de Hierro representó algo completamente nuevo en la estrategia política de la Rumania de los, últimos cincuenta años. Todavía hoy, el Movimiento Legionario continúa luchando con la mirada puesta en los mismos ideales, a pesar de que en otros muchos países, incluidos algunos de régimen democrático, parece dar mejores resultados el sistema del palo y de la careta. ¡Pero nosotros confiamos, queremos confiar en que Codreanu no se equivocó!

AFINIDADES Y DIFERENCIAS CON EL FASCISMO Y EL NACIONALSOCIALISMO

Iniciamos este capítulo sobre las relaciones entre fascismo, nacionalsocialismo y movimiento de Codreanu con la exposición de un hecho: durante la II Guerra Mundial, mientras muchos de los que se convertirían en enemigos acérrimos del nazismo y del fascismo no habían padecido aún su crisis de conciencia y celebraban en lo íntimo de su corazón las victorias del Eje, en los campos de concentración de Buchenwaldt, Dachau y Sacsenhausen, centenares de legionarios de la Guardia de Hierro languidecían y morían por tener fe en un imperativo moral: el de no renunciar al propio patrimonio político, nacional y espiritual, ni siquiera ante supuestos amigos aliados.

Esto pone en evidencia la falsedad de las acusaciones de los adversarios de Codreanu, según los cuales el Movimiento Legionario no era más que una imitación del Fascismo primero, y una sucursal del Nacionalsocialismo alemán después. Se recurrió a los pretextos más mezquinos e

inverosímiles para acreditar esa tesis; se exhibió incluso una carta, indiscutiblemente apócrifa, del propio Hitler a Codreanu. No hace falta repetir que Sorneliu se encargó de desmentir una por una todas aquellas falsedades.

Naturalmente, moviéndose Corneliu en la órbita de las revoluciones nacionales, existen algunas afinidades entre fascismo y nacionalsocialismo por una parte y movimiento legionario por otra. Aunque, por su carácter eminentemente espiritualista y antiburgués, la Guardia de Hierro está quizás ideológicamente más cerca de la Falange española y del fascismo húngaro del Mayor Szalazi.

No puede ponerse en duda el aprecio que el Capitán sentía por el Jefe del Fascismo italiano: «Mussolini nos ha infundido la confianza en nuestra victoria. De hecho, existe un lazo de simpatía entre todos aquellos que, en diversos lugares de la tierra, sirven a la propia nación, como existe un lazo entre todos aquellos que trabajan para el aniquilamiento de las naciones. Para nosotros será el astro luminoso que nos infundirá esperanza, será la prueba de que el comunismo puede ser derrotado, será una confirmación de nuestras posibilidades de victoria».

En otra ocasión dirá: «Nosotros somos de los que creemos que el sol no sale en Moscú, sino en Roma»²².

Para Corneliu resultan muy interesantes las realizaciones en el campo económico-social de la Italia de entonces. Le impresiona sobre todo el corporativismo, por su modo sencillo y honrado de superar los obstáculos sociales, aunando los intereses de los tres factores en juego: patronos, obreros y nación. La estructura económica de Rumania, que iniciaba su industrialización, habría permitido unas brillantes aplicaciones de aquel concepto.

En el nacional-socialismo germano, aparte de la perfecta disciplina instaurada, veía la realización de un gran estado tecnocrático nacional, con una planificación centralizada pero elástica que permitía obtener asombrosos resultados.

En Italia y en Alemania, en suma, Codreanu entreveía el germen de la Nueva Europa que estaba surgiendo, explotando la herencia de una civilización que había dado al mundo las mayores realizaciones de la historia y el entusiasmo de millones de trabajadores, finalmente conquistados para la causa de la renovación y para la acción política.

Tal como había dicho José Antonio: «El fascismo es una inquietud europea; es un nuevo modo de concebir todos los fermentos de nuestra época y de interpretarlos con nuestra sensibilidad». Es lógico por tanto que la distinta tradición social de Rumania, la distinta sensibilidad de sus habitantes, el distinto grado de desarrollo económico y social se reflejaran también en un movimiento como el legionario, que hunde sus raíces en el propio humus de la tierra de Decébal. A esto hay que añadir la presencia de una fuerte personalidad como la de Codreanu, destinada inevitablemente a dejar el sello de las propias acciones.

Del ya mencionado encuentro entre Corneliu y el filósofo Julius Evola, este último ha dejado escrito: «Entre los temas de nuestro coloquio recuerdo la interesantísima caracterización que Codreanu hizo del fascismo, del nacionalsocialismo alemán y de su propio movimiento. Dijo que en cada organismo existen tres principios: la forma, la fuerza vital y el espíritu. Lo mismo hay que pensar de una nación, y un movimiento renovador puede desenvolverse cargando el acento sobre cualquiera de los tres principios. Según Codreanu, en el fascismo tenía prioridad el principio de la forma, como idea política formativa y como Estado; era la herencia de Roma como potencia organizadora. En cambio, en el nacionalsocialismo alemán se daba un relieve especial a la fuerza vital: de ahí la importancia que tenía la raza, el mito de la raza, la llamada a la sangre y a la comunidad nacional-racial. Para la Guardia de Hierro, el punto de partida era el elemento espiritual. Se quería partir de él. Y Codreanu entendía por espíritu algo que estaba relacionado también con valores específicamente religiosos y ascéticos»²³.

El propio Codreanu contestaba así a los que le interrogaban acerca de las diferencias entre aquellos tres movimientos nacionales: «El fascismo se interesa sobre todo por la «vestimenta», es decir, por la forma organizadora del Estado; el nacionalsocialismo por el «cuerpo», es decir, por la pureza y por la eugenesia de la raza; la Guardia de Hierro, en cambio, apunta a algo mucho más profundo: al alma, es decir, a la esencia misma del hombre. Utilizando una imagen gráfica diremos

²² Discurso al Parlamento del 3-XII-1931, incluido en el Diario de Sesiones.

²³ Evola alude también a este coloquio en una nota del Capítulo IV, página 32, de su libro «Análisis crítica del fascismo dal punto di vista della destra». Publicado por Volpe Editore, Roma, 1965.

que el fascismo combate el mal podando las ramas de un hipotético árbol que hay que derribar; el nacionalsocialismo cortando el tronco; el movimiento legionario arrancando las raíces.»

Entre los que han estudiado mejor el pensamiento de Corneliu en relación con la ideología fascista y nacional-socialista se encuentra el escritor italiano Alfonso Panini Finotti, del cual reproducimos este significativo comentario²⁴:

«La revolución legionaria es una revolución típicamente rumana. En relación con el Fascismo y con el Nacionalsocialismo, la revolución legionaria presenta características muy especiales. La originalidad de Codreanu no consiste en la objetividad conceptual, en ideologías y programas, a pesar de que sus opiniones sobre tales realidades han conquistado tantos seguidores; su acto revolucionario consiste en una eminente y fundamental existencia ontológica de esa realidad, coincidiendo así con las últimas tendencias de los más avanzados conceptos de vida europeos.

«Hay que señalar, para terminar, el carácter humano de toda su revolución. En tanto que las revoluciones fascista y nacional-socialista se llevan a cabo con un esfuerzo específico de simplificación, de unilaterización de la naturaleza humana con una finalidad determinada (la suma especialización, la transformación del individuo en un instrumento partícipe, pero completamente sometido a las disposiciones del Estado), y se oponen al liberalismo, la revolución legionaria ofrece el aspecto de una restitución del hombre al hombre, en el sentido más absoluto de la palabra. A este respecto resulta realmente sorprendente el pathos humano de muchas afirmaciones de Codreanu y de sus militantes. Es posible que la explicación se encuentre en el carácter profundamente específico de la humanidad rumana... A través de la experiencia de Codreanu y de la Guardia la sensibilidad rumana adquiere un carácter de dimensión mayor, de monumentalidad, en suma, un nuevo estilo de vida.»

Interesante también este juicio del historiador norteamericano Eugen Weber, profesor universitario muy ligado a los ambientes judíos de Princeton y Berkeley: «Una opinión ampliamente difundida considera al fascismo como la ideología de una sociedad burguesa en decadencia. Pero en Rumania no se desarrolló nunca una burguesía parangonable a la de la Europa Central y Occidental. Por lo demás, la Legión no pretendió nunca defender sus intereses, sino que la atacó, poniendo de manifiesto y condenando el sistema de corrupción que Codreanu identificaba con los valores y las instituciones burguesas. En esto, la Legión recordaba a otros movimientos fascistas que no se habían presentado como defensores del liberalismo capitalista, sino más bien como sus adversarios. En toda Europa, desde 1920 a 1940, desde Finlandia hasta España, los fascistas se llamaban a sí mismos revolucionarios, y esta fue la acusación, por otra parte, que les dirigieron los propios conservadores»²⁵.

¿Hace falta añadir más? Es evidente que Codreanu, al igual que todas las grandes personalidades, no tenía vocación de discípulo dócil ni, mucho menos, de servil imitador. Los comienzos de su batalla política, que se remontan a 1919, cuando Mussolini no había salido aún a escena y ni siquiera se conocía el nombre de Hitler atestiguan la absoluta originalidad de sus conceptos.

No sabemos cómo se hubiera comportado Corneliu si hubiese conquistado el poder y tenido en sus manos el destino de Rumania. Probablemente, conociendo su rigurosidad moral y la absoluta sinceridad de sus afirmaciones, habría convertido a Rumania en un país completamente distinto, esforzándose sobre todo en mantenerse fiel a aquellos mismos principios por los cuales habían muerto tantos amigos en los largos años de lucha del Movimiento Legionario.

De ahí podemos inferir una ulterior diferencia entre Corneliu y los otros caudillos de las revoluciones nacionales. Estos últimos le superan en el terreno de la capacidad dialéctica, en el terreno del realismo entendido en su sentido pragmático, en el terreno de la adecuación de la propia estrategia política a las cambiantes condiciones de lucha. Profundos conocedores del alma humana, saben localizar sus más ocultos resortes, consiguiendo canalizar vicios y pasiones, heroísmos y virtudes, hacia objetivos predeterminados.

Codreanu tiene más fe en el hombre o, mejor dicho, en la capacidad del hombre para luchar y para elevarse por encima de su propia naturaleza de animal diencefalo-hipofisario. Pero este debe ser un proceso voluntario y consciente, no impuesto. Hay que actuar con el ejemplo más que con la

²⁴ Alfonso Panini Finotti, «Da Codreanu ad Antonescu», Ed. l'Albero, Verona, 1941.

²⁵ Eugen Weber, «Varieties of Fascism», Princeton, 1964.

sugestión. En una palabra, no hay que vencer y después convencer, sino obrar de modo que el convencimiento y el consentimiento de todos sean el punto de partida para la realización de las tareas que nos hemos impuesto.

Codreanu es, sobre todo, más poeta, con todo lo que esta palabra puede significar, lo mismo en sentido positivo que negativo. Pero, probablemente, lo mismo en el mundo de ayer que en el de hoy, no hay sitio para los poetas en la cumbre de los Estados.

NACIÓN Y ESTADO

Resulta sumamente difícil encuadrar el concepto y el significado de nación: al menos no existe demasiada coincidencia entre las definiciones que de ella nos dan historiadores y filósofos, políticos y eruditos.

El problema fundamental consiste en localizar los factores constitutivos de la nación, algunos orientándose más sobre un determinado patrimonio espiritual, sobre la cultura y sobre la historia, otros sobre la población, los límites, el idioma, el tronco étnico, la religión, etc.

Pero lo que puede valer para un pueblo, puede no ser válido para otro; basta pensar en el idioma y en la religión que, tal como demuestran diversos casos, pueden ser o no indispensables para la realización de una nación.

Para Codreanu, los factores fundamentales son tres:

- 1) Un patrimonio físico: la carne y la sangre.
- 2) Un patrimonio material: la tierra.
- 3) Un patrimonio espiritual.

De los tres, el más importante, o mejor dicho, el que caracteriza más, es el patrimonio espiritual. Este a su vez consiste: 1.º En el concepto acerca de Dios, acerca del mundo y acerca de la vida. 2.º En el honor. 3.º En la cultura. Esta última sobre todo, precisa Codreanu, pues a pesar de ser internacional como irradiación, es claramente nacional como origen.

En el patrimonio espiritual confluye aquello que es el alma verdadera de un pueblo, su modo de extraherirse y de estar vivo, la cristalina espontaneidad de sus aspiraciones. «La fuerza espiritual de un pueblo —dirá Corneliu— se plasma desde el primer momento como acto intelectual y como concepto de la vida, para incrustarse después en la cultura y en la historia de la nación.»

Algunos han observado que el modo de entender la realidad nacional de Codreanu, tal como se desprende de sus escritos y de sus discursos, tiene muchos puntos de contacto con la posición que adopta sobre este problema José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange Española y artífice de la reconquista nacional de España.

Aunque los dos personajes no se conocieron, ni pudieron influenciarse recíprocamente, un examen de sus escritos permite comprobar la impresionante identidad de puntos de vista sobre este problema fundamental. Horia Sima, en un documentado estudio²⁶, ha puesto de relieve la convergencia sustancial de entrambos sobre la interpretación del hecho nacional.

Dice José Antonio: «Una nación no es una raza, ni un idioma, ni un territorio: es una unidad de destino en lo universal. La nación no es una realidad geográfica, ni étnica, ni lingüística; es solamente una unidad histórica.

Un grupo de hombres sobre un pedazo de tierra sólo constituye una nación si actúa en función de la universalidad, es decir, si cumple su propio destino en la historia». Y el autor continúa: «El factor que unifica las aspiraciones de una masa humana, elevándola al rango de una nación, es su destino. Por su destino se realiza, se distingue una nación de otra, no por el territorio, el idioma o las costumbres comunes. Sólo una comunidad humana que lucha por la realización de su destino surge del anonimato de la historia».

Otro punto de coincidencia entre Primo de Rivera y Codreanu es su creencia de que las naciones son realidades con una existencia propia, que no siempre depende del que las guía. José

²⁶ Horia Sima, «Dos Movimientos Nacionales», Ediciones Europa, Madrid, 1960.

Antonio habla de la existencia de «un alma metafísica de España que es una verdad elemental, un axioma político e histórico, comparable con las verdades matemáticas»²⁷. Y Codreanu dice: «El honor de un pueblo estriba en el modo en que la estirpe ha podido adecuar su existencia histórica a las normas de su concepto de Dios, del mundo y de la vida».

Mientras Primo de Rivera afirma: «España no es nuestra como objeto patrimonial, nuestra generación no es dueña absoluta de ella», Codreanu establece una clara distinción entre «la colectividad nacional actual, es decir, la totalidad de los individuos de la misma tierra que viven en un mismo estado en un determinado período, y la nación, es decir, aquella entidad histórica que existe por sí misma».

«La primera ley que un pueblo debe seguir —escribe en otra parte Corneliu—, es la de ser fiel a la realización de su destino.» Y José Antonio demuestra de modo irrefutable que la decadencia de España se inició en el momento en que dejó de creer en su misión espiritual e histórica.

Las relaciones interdependientes entre Nación y Estado son análogas a las que existen entre causa y efecto. Prácticamente, el Estado es la extroversión objetiva con la cual la nación opera en la historia y realiza su misión.

Por eso precisamente no tiene que ser sólo un complejo de organismos administrativos y burocráticos al servicio del ciudadano y de la colectividad. El estado no debe limitarse a organizar transportes y carreteras, a disciplinar las relaciones económicas, a impartir la instrucción, a administrar la justicia, a controlar los precios, a llevar la cuenta de los nacimientos, defunciones y matrimonios. El Estado tiene una función más elevada también. Es el instrumento histórico con el cual una colectividad se expresa a sí misma y se hace protagonista de su destino.

El que es llamado al timón del Estado debe tener muy presente que sobre sus hombros pesa una triple responsabilidad: ante las generaciones pasadas, las presentes y las futuras. Por eso no debe ser siempre esclavo de las decisiones del pueblo, tal como se entiende en un régimen partidocrático-parlamentario. Ciertamente, el consentimiento popular es un factor del cual no se puede prescindir, pero más vinculante aún debe ser la conciencia de obrar en el surco de la continuidad nacional, expresión y encarnación de la realidad eterna de la nación.

Es evidente que un Estado, entendido como tal, no debe estar al servicio de intereses particulares, de clase o de grupo. Semejante forma de Estado, en efecto, en vez de aunar las energías y los esfuerzos de todo un pueblo con vistas a unas tareas comunes, hace estéril y contraproducente la aportación de cada uno a la realización de los objetivos preestablecidos. Sin contar con que la sospecha de una discriminación entre ciudadanos de primera y de segunda categoría priva al Estado de aquello que es condición indispensable para que esté en condiciones de interpretar y realizar su misión, es decir, la armonía y la concordia entre todos los miembros de la comunidad nacional.

Desde luego, para los que vivimos en un régimen de partidocracia, resulta difícil imaginar la vida política liberada de los juegos de pasillo y de los grupos de presión, del condicionamiento de la prensa y de los centros de persuasión oculta, de las contradictorias orientaciones de sindicatos y poderes económicos. Para nosotros, hoy, gobernar el Estado significa alcanzar «el cuarto de los botones», significa repartirse prebendas y enchufes, significa tolerancia y arreglos para los amigos, dificultades y preocupaciones para adversarios y enemigos.

Para Codreanu, en cambio, representar el Estado significa haber asimilado en sí mismo la totalidad histórica y espiritual de la nación, significa haber entrado en comunión espiritual con el alma del propio pueblo.

El Estado se realiza a través de la libertad creadora del individuo, pero el proceso de autoidentificación del individuo en el Estado debe ser facilitado por una seria y consciente educación política y religiosa. Con la violencia y la coacción no se edifica un Estado ni se crea un destino común. Al menos, esos medios extremistas es preferible dejarlos para aquellos que tienen un concepto utilitario y pragmático del Estado y de la nación y lo reducen todo a un choque de intereses contradictorios, en perpetua lucha entre sí.

Para enjuiciar la legitimidad de un Estado no debemos referirnos a su forma de gobierno, es

²⁷ Obras completas de José Antonio Primo de Rivera, Edición cronológica a cargo de A. del Río Cisneros. Madrid, 1951.

decir, si es una república o una monarquía, una democracia o un régimen autoritario. Es evidente que determinadas formas de gobierno que en algunas partes del mundo resultan adecuadas a la realidad de un país, en otros se han revelado como ineficaces e incluso desastrosas. Lo esencial es que el Estado se encuentre al servicio de la nación, que le haga cumplir su misión histórica, que esté en condiciones de realizar las consignas que ha recibido.

Lógicamente, en lo que respecta a las características exteriores del Estado, deben adaptarse a la mentalidad y a las costumbres de cada pueblo e incrustarse en la realidad efectiva del momento. Cuoco ha demostrado ya en los errores en que se incurre al querer aplicar de un modo indiscriminado arquetipos cristalizados de constituciones políticas.

Dirá el Capitán: «Ha llegado la hora de poner los cimientos de una época nueva. Una época de retorno a las realidades nacionales, dando a la nación su sentido real de sociedad natural, de un grupo de individuos de la misma raza. Álcese de los cimientos el nuevo Estado étnico nacional, basado en la primacía de nuestra cultura, en la primacía de la familia y en la primacía de las Corporaciones Trabajadoras». Para ello, el nuevo Estado que nace de una revolución nacional no debe limitarse únicamente a una reforma de las instituciones. «El nuevo Estado presupone en primer lugar, como elemento indispensable, un nuevo tipo de hombre. No se puede concebir un nuevo Estado si no se cambia una determinada mentalidad.»

Y Horia Sima, interpretando admirablemente el pensamiento de Codreanu: «El Estado no será mejor o peor por el esplendor de las instituciones que lo constituyan, sino por el grado de conciencia cívica de cada ciudadano. El individuo portador de valores eternos es el tesoro más envidiable del Estado Nacional.»

LA RELIGIOSIDAD

«¡Cristo ha resucitado! Así resucitará también la justicia para el pueblo rumano. Mas para obtener esto es necesario que sus hijos recorran el camino que recorrió Jesús; que pongan sobre su cabeza la corona de espinas, que suban el Gólgota de rodillas, con la Cruz a cuestas, y se dejen crucificar... ¡Legionarios, sed vosotros esos jóvenes! Quien renuncia a la tumba, renuncia a la Resurrección.» (Codreanu, *Pentru Legionari*).

De estas palabras del Capitán y de sus innumerables escritos sobre el tema, se desprende claramente que uno de los puntos fundamentales de la ideología, de la doctrina y de la acción legionarias es la fe en Dios y la confianza en el triunfo de los valores propugnados por el Cristianismo.

Ante todo hay que decir que el pueblo rumano es por tradición milenaria profundamente religioso; la suya es una religiosidad íntimamente sentida y sinceramente vivida. No es una fe alambicada y sometida a la criba pragmática de la razón, sino una fe pura, espontánea, cristalina. Ya hemos observado que para Codreanu y los legionarios Dios no se discute, se vive. Para ellos la negación de Dios es una postura tan insostenible como la negación del mundo o de nosotros mismos.

Algunos, partiendo de esa premisa, han llegado a afirmar que la Legión es el único movimiento político contemporáneo de estructura religiosa. Y, efectivamente, la estructura orgánica que Codreanu ha dado a su movimiento hace plausible la tesis. Recuérdese que la Legión nace bajo la tutela protectora del Arcángel San Miguel y que una de sus organizaciones más fuertes, la juvenil, lleva el nombre de Cofradía de la Cruz.

También el ritual de las reuniones, que ha dado motivo a muchos adversarios para descripciones en clave pirandelliana o kafkiana, revela una actitud religiosa. Todas las sesiones se abren con una plegaria, y en todas las sedes es obligatorio el Crucifijo; una lámpara de aceite arde continuamente ante la imagen del Arcángel San Miguel. Asimismo, el canto, al cual atribuye Corneliu mucha importancia para hacer sentir espiritualmente unidos a todos los militantes, tiene una función cordial que está muy presente en la liturgia y en la praxis cristianas.

Aunque todo esto es innegable, no hay que deducir de ello que el movimiento de Codreanu fuese una emanación de la Iglesia ortodoxa rumana o representase su expresión en el terreno político. Nada más lejos de la verdad.

Si bien muchos sacerdotes, sobre todo de las zonas rurales, seguían con simpatía e interés la

acción política de Codreanu (unos trescientos sacerdotes fueron sometidos a proceso como sospechosos de connivencia con la Guardia de Hierro), la Iglesia como estructura secular y jerárquica fue siempre decididamente hostil al Movimiento Legionario.

No hay que olvidar que la condena a muerte de Corneliu y de sus trece compañeros fue decretada por un gobierno presidido por el Patriarca de la Iglesia Ortodoxa, Miron Cristea. Y las persecuciones contra los elementos de la Guardia alcanzaron su máxima intensidad bajo la guía de la máxima autoridad religiosa del país y el asesoramiento del ministro del Interior Calinescu.

Naturalmente, para Corneliu el Cristianismo es algo muy distinto a la «Religión para esclavos» de Nietzsche o a la actitud pasiva y de renuncia de tantos seudocristianos, que representa una verdadera evasión de las propias responsabilidades en nombre de unos principios que no recomienda el Evangelio.

Dice A. Panini Finotti en su «De Codreanu a Antonescu»: «Ante el desaliento derivado del encuentro con la falta total de sentido de la nada, Heidegger construye radicalmente su notorio pragmatismo metafísico. Apoyándose en la filosofía nietschiana y aceptando la lucha con el Cristianismo, se dirige hacia una especie de mitología ontológica. Ante la misma situación en la cual, rechazando el nihilismo integral, Nietzsche y Heidegger han dicho no, Codreanu dice: «Creo en Dios». Permanece así en una posición del todo inmanente al Cristianismo y establece la necesidad de la fe absoluta para todo legionario. Siempre en este sentido se explica y debe ser entendido el aspecto escatológico de la «resurrección» en la cual veía Codreanu el sentido definitivo de la vida de los pueblos. Es un soberbio superar todo lo que forma el materialismo y la fáustica y demoníaca conceptualización de la cultura europea.»

A pesar de la atmósfera vagamente mística que rodea la personalidad y las decisiones del Capitán, a pesar del halo de sacramentismo que parece vivificar todos sus gestos y todos sus actos, es indudable que Codreanu no considera el Cristianismo como una parte de un mito o de una filosofía positiva, como una actitud o un conformismo rutinario, sino como un modo de vivir y de explicarse a sí mismo.

Ser cristiano significa para él renunciar a la lucha del bien contra el mal, significa asumir valerosamente las propias responsabilidades, significa combatir y luchar con todas las propias fuerzas por el triunfo de aquellos mismos ideales por los cuales Cristo subió al Calvario hace dos mil años. Significa sobre todo sufrir y saber aceptar de buen grado cualquier prueba o sacrificio, incluso el supremo de la vida.

Dar testimonio, como los antiguos mártires y los millares de santos que refulgen en la historia de la Iglesia, de que la vida es tanto más digna de ser vivida cuanto más dedicada está al servicio de Dios, de sus mandamientos y de una causa justa. En este contexto, el martirio de los legionarios adquiere un valor tanto más significativo y duradero por cuanto tiene como finalidad, no sólo el triunfo de valores terrenos y de ideales políticos, sino que está puesto al servicio de la palabra de Dios. «El objetivo final de los pueblos no es la vida, sino la resurrección en el nombre de Cristo.»

«La fe legionaria inspirada así profundamente en las enseñanzas cristianas, ha conseguido realizar en el marco específico del humanismo rumano una original síntesis, a través de la fusión de la idea nacional con los deseos más avanzados de justicia social y de convivencia pacífica entre los pueblos. Por lo tanto, posee todas las valencias necesarias para poderse encuadrar orgánicamente en el orden internacional reclamado por la nueva fase histórica. Esta fe legionaria que no pudo ser destruida por las sangrientas persecuciones del pasado, no puede tampoco ser superada por los acontecimientos en curso.» (Constantin Papanace).

Dice Codreanu en sus Memorias inéditas: «Una de las características de nuestro tiempo es la de ocuparse de luchas entre nosotros y los otros hombres, y no de la lucha entre los Mandamientos del Espíritu Santo y los deseos de nuestra naturaleza terrenal; nos interesan las victorias sobre los hombres, casi nunca aquellas sobre el mal y sobre el pecado. El Movimiento Legionario tiende también a la victoria cristiana del hombre, con vistas a su redención. Hay que estar preparados también para la lucha decisiva por la salvación de nuestra alma».

Aún situando su batalla política a un nivel altamente idealista, y aún predicando la absoluta dedicación de los militantes a la causa de la Legión, Codreanu tiene una percepción muy clara del alcance de la propia acción. Nunca ha pensado en sustituir a la Iglesia rumana, ni siquiera cuando ésta, por interferencias externas, descuida el cumplimiento de sus deberes y de su elevada misión.

Para él, la Iglesia no es este o aquel Ministro, ni éste o aquel político que patrocina determinados intereses materiales, sino la expresión tangible de una realidad que Cristo ha querido para perpetuar sus enseñanzas. «Establecemos una clara distinción entre la línea en la cual andamos nosotros y la misión de la Iglesia Cristiana. Esta es infinitamente más elevada. Tiende a la perfección y a lo sublime. En nuestra acción cotidiana, para todos nuestros propósitos y decisiones, debemos aspirar a ella; y podremos elevarnos a ella mediante nuestros esfuerzos terrenales.»

El Legionario cree en Dios y reza por la victoria de la Legión. Las guerras son ganadas por aquellos que saben atraerse de los cielos las fuerzas misteriosas del mundo invisible y saben asegurarse su concurso.» De aquí la importancia de la plegaria en la doctrina legionaria. Rezar no es sólo un acto de fe. Es un acto de esperanza. Es una demostración de valor, cuando todo parece desplomarse encima de él. Es un reaprovisionarse espiritualmente para afrontar nuevas luchas y nuevos sacrificios. Para Corneliu la plegaria es «el elemento decisivo de toda victoria», queriendo significar con ello, más que la victoria sobre los demás, la victoria mucho más importante sobre uno mismo y sobre la propia naturaleza rebelde.

Para terminar, queremos recordar una frase de Codreanu que pone de relieve su concepto idealista y antimachiavélico de la política y su elevada educación moral y cristiana:

«Hay que superar la naturaleza animal del hombre; el factor de armonía, capaz de sublimarle y de asignarle una misión no puede ser otro que su espíritu. Al margen del amor que Dios ha infundido en las almas humanas, a través del sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo y como síntesis de todas nuestras cualidades, amor que ha puesto por encima de todas las otras virtudes, no hay nada que pueda darnos tranquilidad y paz.»

EL ANTISEMITISMO

Uno de los caballos de batalla de los adversarios de Codreanu es la acusación de antisemitismo lanzada contra el Capitán y su Movimiento. Efectivamente, las tristes vicisitudes de los judíos durante el curso de la segunda guerra mundial conducen instintivamente a la solidaridad con ese pueblo, tantas veces sometido a dura prueba por el destino.

Pero el que conoce la historia rumana sabe perfectamente que el antisemitismo y los diversos problemas relacionados con la presencia de los judíos en la política, en la economía y en la vida rumana, son jalones en la afirmación de la conciencia nacional y en la lucha por la independencia del país.

En la segunda mitad del siglo XIX, el peso de los judíos, procedentes sobre todo de Rusia, Galitzia y Polonia, adquiere en el país aspectos preocupantes. Prácticamente, el reconocimiento de la nacionalidad rumana a los judíos llegados al país fue impuesto a la nación con el artículo 44 del Tratado de Berlín de 1878, que obligaba a las autoridades de Bucarest a considerar ciudadanos rumanos con plenitud de derechos a todos los judíos que fijaran su residencia en el territorio nacional.

Todo un pueblo se sublevó contra aquel artículo que se consideraba atentatorio contra la independencia y la soberanía nacional. De aquella rebelión se hacen intérpretes las inteligencias más famosas, los hombres de ciencia y los literatos más prestigiosos, los políticos más combativos. Desde el filósofo Vasile Conta hasta el estadista Mihail Cogalniceani, desde el historiador A. D. Xenopol hasta el profesor Ion Heliade Radulescu, desde Vasile Alecsandri hasta Bogdan Petriceicu Hajdeu, desde Costache Negri hasta Mihai Eminescu, todos luchan para que el pueblo rumano sea protagonista de su historia y no deba ser condicionado por una minoría que, a través de los medios de que dispone, se halla en condiciones de influir poderosamente sobre el presente y sobre el futuro del país.

Particular resonancia tienen los escritos y las enseñanzas de Mihai Eminescu, el más importante poeta rumano de todos los tiempos. Eminescu, que en su poesía es delicado y melancólico, triste y romántico (muchos críticos le han comparado por ello al italiano Leopardi), en sus obras sobre el problema de los judíos y sobre el renacimiento de Rumania arde de verdadera pasión cívica, atribuyendo claramente a la presencia de aquella compacta y decidida minoría una de las causas fundamentales de la decadencia espiritual de Rumania.

A exacerbar aquel estado de ánimo de franca oposición de la población a los judíos, contribuyó

todavía más el comportamiento particularmente despreciativo de estos últimos en lo que respecta a la cultura, las tradiciones y el patriotismo rumanos. Cuando durante la primera guerra mundial las tropas alemanas rompieron el frente y entraron victoriosas en Bucarest, se encontraron con una ciudad desierta. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas. Sólo la comunidad judía salió al encuentro de los invasores con flores y aclamaciones y se puso a disposición de las tropas del Kaiser. La misma escena se repetirá en la segunda guerra mundial, con la llegada de los tanques rusos.

Inmediatamente después del final de la primera guerra mundial, que señaló para la nación rumana la recuperación de sus límites naturales, el problema volvió a plantearse en todo su dramatismo. Los estudiantes de las clases más pobres se distinguieron especialmente en sus protestas por la excesiva desproporción entre los estudiantes judíos que gracias a su desahogada posición económica podían ingresar en la Universidad, y la gran masa de la población que no podía enviar a sus hijos a las escuelas superiores porque carecía de medios.

Las cifras son muy elocuentes²⁸:

Universidad de Cernauti (1920):

—Facultad de Filosofía: 574 estudiantes judíos, 174 rumanos.

—Facultad de Derecho: 506 estudiantes judíos, 237 rumanos.

Bessarabia:

—Escuelas Secundarias: 6.302 estudiantes judíos, 1.535 rumanos.

—Escuelas Mixtas: 1.341 estudiantes judíos, 690 rumanos.

Universidad de Iasi:

—Facultad de Medicina: 831 estudiantes judíos, 556 rumanos.

—Facultad de Farmacia: 229 estudiantes judíos, 97 rumanos.

Se producen los primeros tumultos, vuelan las primeras piedras, brotan las primeras violencias. I. Gavanescul, en su «Imperativul momentului istoric» dirá:

«No queremos presenciar más el espectáculo ofrecido por el Liceo Nacional de Iasi, donde la gran mayoría de los estudiantes está constituida por elementos judíos. Los escasos escolares rumanos se sienten extranjeros: en los descansos se mantienen aparte, molestos, avergonzados. Son una minoría tolerada.

»La mayoría viven por su cuenta, hablan de sus preocupaciones, de sus juegos, de las sociedades Macaby y Hacoah, de sus conferencias y de sus deportes, de sus planes de trabajo y de diversión. Y cuando quieren librarse de la indiscreción de los rumanos, minoritarios-mayoritarios, empiezan a hablar en hebreo entre ellos.

»¿Dónde se ha visto nunca, en Inglaterra, en Francia o en Italia, una escuela de cualquier grado (para limitarnos a un solo aspecto de la vida nacional) en la cual el número preponderante de los escolares pertenezca a otro pueblo?

»¿Es esto normal? ¿No es una monstruosidad étnica inadmisibles e inconcebibles? ¿No representa una prueba de la criminal inconsciencia de la clase dirigente responsable del pueblo rumano?»

Codreanu está al frente del movimiento estudiantil rumano; él organiza las manifestaciones y lanza las consignas; él lucha contra la increíble pretensión de los estudiantes y médicos judíos de efectuar las disecciones únicamente sobre los cadáveres de los no judíos. El objetivo final es la instauración del «*numerus clausus*». La proporción entre los judíos y el resto de la población es del 20 % como máximo, en algunas zonas; en consecuencia, el porcentaje de judíos en las escuelas y en los cargos públicos tendría que ser del 20 por ciento.

Pero Codreanu y los estudiantes no son los únicos que luchan por el espinoso problema de las relaciones entre los judíos y los rumanos. Los profesores universitarios mantienen unas posiciones todavía más extremistas: A. C. Cuza, el Dr. Sumuleanu, N. Iorga, el Dr. Paulescu, el juriconsulto Istrate Micescu, Vaide Voevod, el ex primer ministro Octavian Goga, y muchos otros.

²⁸ Gen. Platón Chirnoaga, «Un Chapitre d'Histoire Roumaine», Collectia Dacia, 1962.

Una función de vanguardia desempeña también la revista de Cuza y Paulescu «La Defensa Nacional», que trata de contrarrestar a los poderosos periódicos judíos «Dimineata» (La Mañana), «Adevarul» (La Verdad) y «Lupta» (La Lucha), que gozan de fuertes apoyos internacionales y que continúan vomitando un río de calumnias sobre Codreanu y sus seguidores.

E. Weber explica así la hostilidad de la población rumana, especialmente de las capas más humildes, en la que respecta a los judíos:²⁹

«Sobre todo en las provincias pobres de la Moldavia septentrional, de la Bucovina y de la Bessarabia septentrional, en las cuales la proporción de judíos era insólitamente elevada, el antisemitismo podía ser presentado fácilmente como la solución de todos los problemas económicos y políticos. Especialmente en la Bucovina, la mayor parte de la industria, en particular la de la madera, estaba en manos de extranjeros y sobre todo de judíos. El campo, en algunas zonas muy pobre y además superpoblado, veía decaer las antiguas actividades artesanas debido a la afluencia de productos alimenticios industrializados y volvía la mirada hacia la ciudad en busca de trabajo. Pero el campesino en busca de trabajo, el pequeño comerciante obligado a competir con las más modernas industrias, se encontraban ante unos emprendedores judíos, grandes o pequeños, que no sólo tenían en sus manos el poder económico sino que además eran extranjeros.

»El atuendo de los judíos, su idioma y sus costumbres les señalaban como un grupo aparte, y ellos hacían todo lo posible para recordarlo. La negativa a integrarse con el pueblo hacía más evidentes las características distintivas de aquel grupo compacto y atraía sobre ellos las iras de los defensores de la industria y de la cultura nacional. Para los campesinos, los judíos eran los administradores o los propietarios rurales que explotaban su trabajo, los dueños de negocios que les hacían préstamos a un interés usurario (quizás porque el estado no prestaba dinero a ningún tipo de interés), los amos de los molinos y de los aserraderos que molían su grano, talaban sus bosques, rechazaban la mano de obra o la aceptaban pagando sueldos ínfimos. Para los vendedores de los mercados ciudadanos, los judíos representaban la competencia y los mayoristas que controlaban los precios. Para la joven burguesía eran los hombres a los cuales habrían querido sustituir en los cargos de responsabilidad que ocupaban en las escuelas, en los tribunales, en la Bolsa, en las diversas profesiones. Para los idealistas eran unos extranjeros que despreciaban la cultura nacional, obstaculizaban la unidad, amenazaban el alma y la integridad de la nación.»

Es necesario puntualizar, por otra parte, que el reclamo del antisemitismo reviste muy poca importancia en el programa político de Codreanu. Esto puede comprobarse fácilmente analizando los resultados electorales en aquellas zonas donde el antisemitismo responde a los problemas y a las exigencias locales y donde se aprovecha de antiguas y arraigadas tradiciones. En esas zonas, la parte del león se la lleva la L.A.N.C. de Cuza-Goga, que se bate sobre posiciones del más decidido y coherente antisemitismo.

Hay que aclarar de un modo especial que Codreanu no conduce nunca su batalla antisemita partiendo de supuestos racistas o de superioridad moral de los rumanos sobre los judíos. Su lucha consistía en defender el derecho de un pueblo libre a señalarse sus propias metas y a convertirse en artífice de su propio destino.

No se trataba de impedir que las sinagogas se alzaran libremente al lado de las iglesias cristianas, sino de impedir que el patrimonio espiritual rumano quedara inutilizado por oscuros manejos entre el poder político y las fuerzas económicas, poderosamente representadas por el capital judío.

Sin embargo, el Capitán no hubiese tolerado ninguna violencia contra los judíos o sus propiedades, cosa que ocurrió después de su desaparición. Cualquier acto de indisciplina en ese sentido hubiese sido castigado con la inmediata expulsión del culpable de la organización. Entre otras cosas, puede ser curioso recordar que la boda de Corneliu fue oficiada por el Padre Botez, un judío convertido al cristianismo, y que varios judíos conversos asumieron cargos de cierta importancia en el seno de la Guardia. Un caso límite está representado por la esposa de Vasile Marín, el jefe legionario caído en España. De familia judía, fue una de las más puras heroínas de la Guardia de Hierro y pagó con la vida la desinteresada ayuda prestada a tantos camaradas, durante las sucesivas persecuciones gubernativas.

La lucha, como es sabido, asumió en determinados períodos un tono particularmente áspero,

²⁹ Eugen Weber, «Gli Uomini dell'Arcangelo». Pág. 131. Il Saggiatore, Milán, 1967.

sobre todo por la implacable hostilidad de los ambientes judíos hacia Codreanu. Pero, mientras Corneliu estuvo con vida, nunca se agredió a un judío ni se llevaron a cabo *progroms* populares, como en otras muchas naciones del oriente europeo.

Y esto a pesar de que Codreanu había dicho: «No se puede atacar la fe sagrada de un pueblo en aquello que su corazón ama y respeta, sin herirle en lo más profundo y sin que de la herida brote su sangre.

»En el contexto de la nación unitaria se introduce otro cuerpo que falsea el sentido de su vida, el sentido del progreso en la existencia moral, el sentido de la cultura en la vida espiritual.»

EL ANTICOMUNISMO

Una de las constantes de la acción política de Codreanu es sin duda el anticomunismo. Desde el juramento del bosque de Dobrina en 1919, desde las primeras batallas contra profesores y estudiantes marxistas, desde las luchas con Pancu para el control de las masas obreras, hasta la cruzada antibolchevique en tierras de España, donde destacó el heroísmo de Mota y Marin, todo es una sucesión de tomas de posesión absolutamente inequívocas.

Además de las razones ideológicas que, lógicamente, inducían a Corneliu a librar una batalla que veía a los marxistas en posiciones reaccionarias y conservadoras, la particular situación histórico-geográfica de Rumania contribuía aún más a acentuar la hostilidad de los representantes de las revoluciones nacionales hacia los comunistas.

No hay que olvidar, en efecto, que Rusia ha sido siempre la enemiga tradicional de los rumanos; las aguas del Nistro que, al este, la separan de los inmensos territorios de su poderoso vecino, son para los rumanos lo que el Piave es para los italianos. Es decir, el símbolo de la resistencia y de la lucha contra el enemigo invasor.

Desde hace siglos, Rumania combate en el Nistro para detener a las hordas de bárbaros desbordándose periódicamente sobre las feraces regiones de Europa; desde hace siglos, este valeroso país se ha impuesto la obligación de defender, con su integridad territorial, los valores de la civilización occidental. Una cristiandad y un rumanismo profundamente vividos y sentidos han realizado el milagro de convertir a esta nación situada en los límites extremos de Europa en un centinela avanzado contra la presión frontal de los bárbaros y contra la sutil penetración del espíritu oriental.

Con la caída del Zar y la instauración en Rusia del régimen bolchevique, la situación se hace aún más delicada. Lenin primero, y Stalin después, dieron continuidad a la antigua política zarista de expansión hacia los países eslavos y la Europa oriental, teniendo como objetivo final el Mediterráneo. Sin embargo, ahora la política imperialista rusa tiene un arma más particularmente insidiosa: la ideológica. Los proletarios y los marxistas de todo el mundo tienen que mirar a la URSS como a la «gran madre» del socialismo y trabajar por ella. Sabotear el propio país y minar su resistencia interna se convierte en un acto meritorio si los que han de beneficiarse son los camaradas rusos.

Inmediatamente después de la I Guerra Mundial y en alas del éxito de la revolución de octubre el comunismo hace su aparición en Rumania. A pesar de la inicial agresividad y osadía demostrada por sus más convencidos seguidores, poco a poco las nutridas filas de estudiantes y obreros que han abrazado esta ideología se van aclarando. En el transcurso de pocos años, el peso de la extrema izquierda en el país se hace insignificante y su función se reduce a la de guardia blanca del régimen. Con mucha inteligencia, el poder constituido, que teme el alcance revolucionario de la acción política y de las soluciones de Codreanu, explotando la hostilidad de los comunistas hacia los legionarios, consigue movilizarlos y utilizarlos en acciones de diversión contra la Guardia y sus militantes.

La prueba más evidente de esa escasa incidencia nos viene dada por el hecho de que casi todos los jefes de la organización comunista no son ni rumanos ni obreros. Muchos de ellos, como Gheleter, Spiegler, Mosckovici, Gheler, Pauker, etc., son judíos.

El superior dinamismo de la Legión, su modo más moderno de concebir los más apremiantes problemas del país, su táctica más audazmente agresiva, contribuyen de un modo especial a empujar a los comunistas hacia una posición defensiva y de retaguardia, que terminará por significar su suicidio político. Será necesaria la nefasta intervención de Roosevelt para hacer caer en manos

de Stalin, gracias a Yalta, a una nación que en 1940 no contaba con más de un millar de militantes marxistas.

Codreanu ha comprendido que resulta fácil derrotar al comunismo siempre que se realice una política que interprete con realismo las exigencias de las clases populares y del país real, al margen de toda descabellada demagogia y de todo nocivo transformismo. Las luchas estudiantiles de los primeros años han demostrado claramente que Corneliu está en condiciones de individualizar los temas fundamentales en apoyo de una batalla política, temas que reflejan fielmente las esperanzas y las aspiraciones de toda la colectividad nacional.

En el breve ensayo «Gli uomini dell'Arcangelo», publicado en Italia por la Editorial «Il Saggiatore», del izquierdista Alberto Mondadori, el autor, a pesar de su evidente hostilidad hacia Codreanu, se ve obligado a admitir, a regañadientes:

«Lejos de ser un movimiento burgués o pequeño-burgués en la acepción vulgar del vocablo, la Legión fue un movimiento popular, con un programa que las masas (el conjunto de los campesinos y trabajadores rumanos) consideraban suficientemente radical para sus exigencias, y que las fuerzas que representaban el orden establecido, desde Cuza hasta el rey, consideraban revolucionario. Puede ser sintomático observar que el otro único partido con veleidades populistas, el partido campesino, contaba con escasísimos partidarios en aquellas provincias del noreste en las cuales había nacido el movimiento codreanista, ya que había perdido la confianza de los campesinos (como ocurrió en Oltenia y en Moltenia después de 1933) por haber abandonado toda vocación de verdadera lucha.

»Lo mismo puede decirse de la llamada de Codreanu a los trabajadores. Un Cuerpo especial de Trabajadores Legionarios, fundado en 1936, obtuvo inmediatamente ocho mil inscripciones, sólo en Bucarest. Disperso entre 1938 y 1940, en octubre de este último año contaba con 13.000 inscritos. Los éxitos electorales en provincias industriales como Prahova y Hunedoara indican que la difusión no se había limitado a la capital.

»Su anticomunismo no fue nunca un obstáculo: los obreros y los campesinos lo interpretaron siempre como una actitud antisoviética y, consiguientemente, aceptable. Dado que comunismo y socialismo eran identificados con sus jefes judíos, el antisemitismo social de la población urbana y el antisemitismo económico de los campesinos bastaban para desacreditarlos. Codreanu ofrecía un programa de reformas radicales que no chocaba contra sus prejuicios nacionalistas y no despertaba la sospecha de que se trataba de politicastos de ciudad dispuestos a explotarles y a burlarse de ellos. Ni los reclamos de la conciencia de clase, ni los del liberalismo burgués, podían tener una amplia resonancia en la Rumania de entonces.»

De la argumentación de los críticos y de los adversarios de Codreanu, pues, se desprende claramente que su anticomunismo no estaba dictado por intereses egoístas ni por espíritu de conservación, sino que representaba algo revolucionario y socialmente muy avanzado.

De hecho, su oposición afecta por igual a los jefes comunistas que desarrollan una política estéril y veleidosa, instrumentalizando a los trabajadores por motivos del todo ajenos a sus intereses, que a las clases dirigentes que continúan exigiendo sacrificios y esfuerzos a las clases más modestas con el pretexto del interés nacional, cómodo biombo para tapar vergonzosas especulaciones.

Corneliu se muestra particularmente severo hacia el gran capital internacional que también en Rumania influye poderosamente sobre los diversos partidos: «En la actualidad, los partidos políticos no representan ya la nación, sino los intereses de la finanza internacional. A semejanza del comunismo, el gran capital rompe la armonía de la nación, creando estructuras supranacionales».

Codreanu no ve una gran diferencia entre capitalistas y bolcheviques, lo mismo en el terreno doctrinal que en el político: ambos luchan partiendo de una concepción materialista de la vida, las únicas afirmaciones que cuentan para ambos son las adquisiciones concretas en el terreno económico-social. «No negamos, no negaremos nunca, las necesidades puramente materiales de la vida; pero negamos y negaremos siempre su derecho al predominio absoluto. Por otra parte, no podemos compartir aquella mentalidad para la cual la posesión de un poco de oro representa el objetivo y la fuerza motriz de la vida. En los primeros tiempos de nuestra acción, la única arma era la fe invencible en los valores del espíritu, basándonos en los cuales, y subordinando a ellos nuestras exigencias más estrechamente egoístas, hemos vencido a nuestros adversarios.»

Es archisabido que gran parte de la fuerza del comunismo procede de las complicidades que

encuentra en el campo democrático y entre sus mismos adversarios. Estas infiltraciones en el mundo libre, escribe Corneliu, difunden sistemáticamente los gérmenes de la corrupción, paralizan el instinto moral de las naciones y destruyen a renglón seguido toda posibilidad de reacción. Esto constituye una de las mejores armas del bolchevismo que, lo mismo en el terreno propagandístico que en el psicológico, instrumentaliza para sus propios fines a los que creen ingenuamente que podrán influir en su desarrollo democrático.

Para ser más claros, Codreanu afirma que el que se enfrenta con el problema en términos de lucha entre capitalismo y marxismo se sitúa ya sobre un terreno minado, porque acepta implícitamente la tesis comunista según la cual todo el devenir de la historia no es más que una lucha incesante por el control de los medios de producción.

La conclusión a que llega Codreanu es la de que el único modo de combatir y vencer al comunismo consiste en hacerle frente desde una posición ideológica de fuerza, y en oponer a sus argumentaciones afirmaciones y no negaciones; y, sobre todo, en crear una mística que supere en intensidad a la comunista y en ofrecer hechos concretos y no únicamente palabras.

«La nación no tiene ningún interés en que una parte de sus miembros viva en la miseria. La elevación del nivel de vida no es sólo una cuestión de justicia social. Es una cuestión nacional únicamente cuando se saca a las masas de la miseria y de la ignorancia puede manifestarse en toda su plenitud el genio de un pueblo.»

Pero no hay que creer tampoco que la justicia, social, es decir, la realización de objetivos exclusivamente materiales, crea automáticamente buenos ciudadanos. De hecho, las necesidades materiales del hombre tienden a crecer como en una reacción en cadena. Cada uno de nosotros supondrá la existencia de injusticias viendo a alguien en condiciones mejores que las suyas.

«Por eso —concluye Codreanu—, la verdadera armonía total en el seno de una nación no puede alcanzarse si no es con una comunidad de ideales. Y por eso el Movimiento Legionario ofrece a los trabajadores algo más que un programa político, algo más que un trozo de pan blanco. Ofrece a los trabajadores el derecho a sentirse parte integrante de su país, al mismo nivel de todos los otros rumanos. Por primera vez sentirán el orgullo de ser verdaderos hombres, partícipes en las decisiones del propio país.»

ANTIDEMOCRACIA

Ante todo, conviene señalar que para Codreanu ser antidemócrata no significa en absoluto estar contra el pueblo o inclinarse por una forma de gobierno dictatorial o coercitiva de la voluntad ajena; significa sencillamente rechazar un modo determinado de concebir las relaciones políticas, tal como se nos han hecho familiares a través de largos años de régimen democrático-parlamentario.

La oposición de Corneliu a la democracia parte de supuestos teóricos y prácticos.

Es evidente que por su formación cultural, por su particular personalidad, por su modo de concebir la realidad nacional y el devenir histórico, Codreanu no podía compartir las orientaciones de los filósofos y de los pensadores iluministas, positivistas y liberales sobre el problema del Estado y sobre el contrato social.

Sin contar con que, alrededor de 1930, la democracia está declinando en toda Europa, corroída por una parte por su expresión suprema, es decir, la partidocracia, y por otra por la oleada de los movimientos nacionalistas que miran con simpatía al fascismo italiano. También en Rumania la democracia se desenvuelve pésimamente, reduciéndose a un simple expediente burocrático para encubrir maniobras perfectamente individualizadas de determinados ambientes políticos y económicos.

De hecho, ¿cómo puede pretenderse que masas de campesinos hambrientos, en su mayoría analfabetos, completamente desconocedores de la situación política interior e internacional, puedan aportar a su país una contribución seria, consciente y constructiva, a través del voto? ¿Cómo puede impedirse el vergonzoso escándalo del mercado de los votos, conquistados por un vaso de *tuica* o por unos cuantos lei por los que saben aprovechar convenientemente la pobreza y la indigencia de los demás? La propia ley electoral rumana era un fraude legalizado, al atribuir al grupo que había obtenido el 40 % de los votos el 70 % de los escaños, es decir, una mayoría aplastante, y repartiendo los restantes escaños entre los, otros partidos en liza.

Es evidente, pues, que en una situación semejante, en la que los prefectos de las provincias podían hacer mangas y capirotos y en la que la prensa y los medios de información estaban controlados por determinados grupos de presión, las elecciones, contienda ya de por sí demagógica y de nocivo transformismo, se redujeron a una verdadera farsa.

La clase dirigente que surgía de ellas, además de ser prácticamente inamovible por la cristalización y la consolidación de intereses y de alianzas entre los diversos grupos de presión, representaba únicamente a un mundo determinado, del todo desarraigado de la restante realidad nacional. La selección de las élites sólo servía para escoger a aquellos que se revelaban más capaces de complacer a los poderosos de turno, con desprecio absoluto de sus deberes ante toda la colectividad rumana.

Para Codreanu, esto no son defectos ocasionales de un sistema político: son manifestaciones fisiológicas y no patológicas. Sin contar con los innumerables daños que la democracia acarrea en el terreno de la unidad nacional y de la continuidad de las directrices en la política del país. «La democracia destruye la unidad del pueblo rumano dividiéndolo en partidos, atomizándolo frente al bloque compacto del poder económico y de los judíos. Nuestra falta de unidad significa la muerte. La división en partidos que gobiernan uno, dos o tres años, imposibilita la realización de un plan a largo plazo. Un partido cancela los planes y los sacrificios de los otros. Lo que ha sido concebido y pensado por uno, mañana será destruido por otro.»

Particularmente onerosa es también la contribución que el político debe pagar al que ha sido artífice de su elección o le ha proporcionado los medios para alcanzar determinadas posiciones. «La democracia sitúa al político en la imposibilidad de cumplir sus deberes hacia el pueblo. El político de más buena fe se convierte, en un régimen democrático, en esclavo de sus correligionarios por cuanto, o satisface sus deseos, o ellos destruyen la organización. La democracia, además, es incapaz de toda autoridad, porque carece de la posibilidad de imponer sanciones. Un partido no toma medidas contra sus afiliados, que viven de escandalosos negocios de millones, de embrollos y de fraudes, por temor a perderlos.»

Elegido para el Parlamento, Codreanu no se recató nunca de poner en evidencia los desaguisados del régimen democrático-parlamentario, denunciando de un modo especial a las fuerzas y a los intereses que se ocultaban detrás de la palabra democracia, cómodo biombo para operaciones que no tenían nada de idealistas:

«Aunque solo, en medio de un mundo enemigo, sin experiencia de esta vida parlamentaria, sin el talento de la oratoria democrática basado en frases huecas pero sonoras y brillantes, en gestos preparados ante el espejo y en una buena dosis de descaro, no temo declarar que en nuestro país la democracia está al servicio de la alta finanza internacional y de una casta de banqueros y de especuladores.

»He venido aquí con una lista que puede causaros fastidio: no me culpéis si no puedo callarme. Pretendo hablar de la llamada cartera de la Banca Blank. El subsecretario de Estado Brandsch ha recibido de ella un préstamo de 111.000 Lei; Davila, de 4.677.000; Goga, de 6.200.000; Iunian, de 407.000; Madgearu, de 410.000; Filipescu, de 1.265.000; Popovici, de 1.519.000; Raducanu, de 3.450.000; Pangal, de 3.800.000; Titulesco, de 19.000.000 de Lei.

»Ignoro si devolverán esas cantidades, pero sé que cuando se acepta dinero prestado de una entidad financiera como ésta, se contrae la obligación de devolver el favor una vez llegados al gobierno; en todo caso, a no sancionarla cuando la sanción sería necesaria» (Codreanu, Discurso en la Cámara).

Si un reproche hay que hacer al Capitán es precisamente el de que, a pesar de haber encuadrado con suficiente realismo los males de la democracia, y a pesar de haber desenmascarado la mafia política que medraba gracias a ella en Rumania, no supiera extraer de ello las supremas conclusiones.

Fue un error que lo mismo Corneliu que el Movimiento Legionario pagaron duramente; hasta cierto punto, resulta incomprensible que Codreanu, ante una situación política que le veía árbitro de la situación e intérprete de las aspiraciones populares, dejara la iniciativa a sus adversarios, refugiándose en la legalidad más absoluta.

Es evidente que Corneliu, consciente de la superioridad de las propias tesis y de la creciente audiencia que iban adquiriendo entre el pueblo, quería demostrar que era capaz de derrotar a sus

adversarios en su propio terreno.

En este sentido hay que entender los frecuentes llamamientos y las circulares a los mandos de la Guardia, en los cuales invitaba a la calma y al respeto más absoluto de las opiniones ajenas y de la legalidad, aunque fuera inicua. «Hay que mantener una actitud de estricta legalidad: lucharemos con fría determinación, pero únicamente dentro del marco de la legalidad.» «Nosotros trabajamos a la luz del día y todo lo que tenemos que decir lo decimos en voz alta. Confesamos nuestra fe delante del mundo entero.»

«Nos hemos encuadrado dentro del orden más perfecto y de más estricta legalidad para que no se pueda decir nada. Pero esto podría no tener ningún valor. Probablemente, el gobierno dirá: «¿No podemos meternos con vosotros porque no habéis violado las leyes? No importa, las violaremos nosotros y os destruiremos. ¿No queréis ser ilegales? Lo seremos nosotros...»

«No queremos dar un golpe de Estado. Por la esencia misma de nuestras ideas somos contrarios a este sistema, que significa una actitud de violencia de naturaleza externa; y nosotros, por el contrario, esperamos nuestra victoria del perfeccionamiento del espíritu de la nación en un proceso de perfección humana.»

Si a Codreanu le inspira poca simpatía la democracia como sistema de gobierno, grande es en cambio su confianza en las masas populares y hay que reconocer objetivamente que, al menos en Rumania, el pueblo defraudó rara vez sus esperanzas.

Para él, los partidos políticos, en su estructura actual, son inútiles intermediarios entre la voluntad popular y el Estado. Además de estar al servicio de fuerzas financieras sospechosas, la mayoría de las veces descuidan los intereses de la comunidad nacional para satisfacer los caprichos de los propios partidarios. Una cosa es la voluntad popular, y otra cosa las decisiones que se toman en el Parlamento y en el Gobierno, porque los deseos del pueblo no se reflejan casi nunca en las deliberaciones de sus representantes en la Cámara. Por lo tanto, es preciso ante todo eliminar la nefasta influencia ejercida por esos organismos parasitarios y omnipotentes.

Las masas populares, en cambio, poseen inicialmente una carga de honradez y de sentido común que hay que utilizar para la edificación de un nuevo Estado. Lógicamente, las masas populares tienen que ser conquistadas a través de la lucha y la acción política de unas élites organizadas y conscientes. Sin el apoyo de las fuerzas populares no existe verdadera victoria, y el poder conquistado corre el peligro de convertirse en tiránico.

Precisamente aquí está el problema básico, o sea, en saber superar la disidencia entre autoridad y libertad, ambas necesarias e indispensables para la construcción de un verdadero Estado nacional. «Toda la historia social de la humanidad está llena de luchas provocadas por dos principios que siempre han tratado de imponerse y de eliminarse mutuamente: el principio de libertad y el de autoridad. Fundamentar un movimiento revolucionario en uno u otro de esos dos principios significa perpetuar la línea histórica de los desórdenes y de las guerras sociales. El amor concilia los dos principios de autoridad y de libertad. El amor los incluirá a los dos en lo que tienen de mejor.»

Codreanu fue siempre enemigo de la conquista del poder a través de una conjura o de un golpe de Estado, cosa que le hubiese resultado fácil en los años posteriores a 1935. Fiel a sus principios espiritualistas e idealistas, solía repetir a menudo: «El Movimiento Legionario no puede vencer si no es a través de la realización de un proceso interior, es decir, de un proceso de toma de conciencia por parte de toda la nación rumana. Sólo cuando se consiga eso la victoria vendrá por sí misma.»

Consecuente con esos principios y seguro del apoyo del pueblo rumano, Codreanu quiso ver confirmada también en las urnas aquella simpatía que en su opinión le tributaba la mayoría de la colectividad nacional.

Fue una de las pocas veces que erró en sus cálculos. Con la suspensión de las elecciones de marzo de 1938, el poder establecido quitó a la Guardia de Hierro la ocasión de un triunfo de vastísimas proporciones. Los paladines de la democracia mostraban su verdadero rostro.

El epílogo fue la matanza en el bosque de Jilava, donde Corneliu y otros trece camaradas pagaron con la vida su militancia política. Hasta qué punto fue criminal y carente de toda justificación legal o de orden público aquella acción, lo demuestran los ridículos argumentos con los cuales gobierno y gendarmería intentaron justificar la eliminación del Capitán, argumentos a los que naturalmente nadie concedió el menor crédito.

CONCLUSIÓN

En la actualidad, Rumania está de moda; políticos y periodistas, economistas e historiadores, criminólogos y comentaristas se muestran de acuerdo en señalar el «nuevo curso» rumano como uno de los factores fundamentales capaces de abrir una brecha en el cerrado sistema de relaciones del Oriente europeo, instaurando en él una dialéctica menos dogmática y desde luego poco marxista, lo mismo en sus objetos más inmediatos y aparentes que en sus perspectivas más remotas.

Se establecen parangones con el fenómeno francés en el mundo libre, se oye hablar aquí y allá de camino nacional —y en este caso rumano— hacia el socialismo, e incluso de nacional-comunismo o de tentativas en tal sentido.

Y mientras las autoridades rumanas, a ejemplo de Tito y, moderadamente, de la misma Unión Soviética, tratan de atraer turistas y divisas presentando como nuevos Montecarlos o Acapulcos a unas localidades de aire provinciano y soñoliento como Mamaia y Cluj, de las interesadas centrales de condicionamiento de la opinión pública parten directrices concretas destinadas a dar seguridades sobre la afectiva validez y el alcance histórico del fenómeno.

No pasa día sin que los jefes rumanos reciban de la TV y de los órganos de información títulos de habilidad política y de consumada diplomacia por su modo discreto e inteligente de proclamar su independencia de Moscú, sin herir la susceptibilidad de los herederos de Stalin, los cuales no ven ciertamente con buenos ojos estos síntomas de insubordinación y de velada rebeldía contra la primacía moral de la patria de la revolución proletaria.

Recientemente, a raíz de las maniobras de las tropas del Pacto de Varsovia sobre territorio rumano, maniobras que han venido celebrándose de un modo regular a pesar de las reservas expresadas por Bucarest, el secretario del Partido Nicolae Ceausescu, el Primer Ministro Ion Maurer, el Ministro de Asuntos Exteriores Manescu y el de Defensa Ionita, se han presentado como paladines de un consciente y sufrido comunismo nacional y ardientes defensores de la integridad territorial del país, mutilado ya gravemente por los rusos después de la segunda guerra mundial.

Por otra parte, no es un misterio para nadie que los coqueteos de Bucarest con algunas cancillerías occidentales, con la subsiguiente autorización para el ingreso de capitales extranjeros destinados a vivificar la industria y la economía del país, seriamente comprometida por más de veinte años de régimen colectivista y marxista, han permitido al ministro de Asuntos Exteriores Manescu ser elegido por unanimidad presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Es la primera vez que un representante del mundo comunista ocupa ese cargo.

Las primeras divergencias reales entre Rusia y Rumania se remontan al mes de diciembre de 1961, inmediatamente después de la elección de Gheorghiu Dej como Presidente de la República, cuando en el Pleno del Comité Central del partido comunista rumano fueron ásperamente criticadas las directrices de Moscú a los satélites del Comecon en materia de industrialización y de industria pesada.

También las declaraciones acerca de la posición del partido comunista rumano ante los problemas del movimiento obrero internacional del 2 de abril de 1964, y la consiguiente tesis del policentrismo, destinada a afirmar que el centro del internacionalismo comunista no debe encontrarse necesariamente en el P.C.U.S., fueron acogidas en Occidente como síntoma ulterior del enfriamiento de las relaciones entre el Kremlin y Bucarest.

Las manifestaciones irredentistas, que desde hace unos años se intensifican, reclamando la devolución de la Bessarabia y de la Bucovina septentrional, anexionadas a la URSS con el nombre de República Moldava después de la ratificación del Tratado de Paz del 10 de febrero de 1947, juntamente con la ampliación de las relaciones económicas y políticas con Yugoslavia, China Popular, Grecia, Italia, Turquía y otros países del Pacto Atlántico o ajenos a la órbita rusa, han llenado de alegría a los responsables del mundo libre, como si ello fuese una confirmación indirecta de lo acertado de su estrategia en relación con el este europeo.

Pero algunos síntomas innegables de liberalización del régimen rumano, captados en estos últimos años especialmente en política exterior y económica —comunes por otra parte a prácticamente todos los países del bloque comunista y que encajan perfectamente con la táctica del «deshielo», proyectada por Moscú con el fin de reafirmar con Washington la «entente» tácita de

Yalta—, no deben hacernos incurrir en imperdonables errores de perspectiva histórica.

Parece aventurado, en el mejor de los casos, deducir de esos síntomas, como han hecho recientemente Brzezinski, consultor de la Casa Blanca para el este europeo y diversos columnistas de importantes periódicos, tales como los italianos *L'Espresso* y *La Fiera Letteraria*, que los actuales gobernantes rumanos que tratan de quitarse de encima la sofocante tutela soviética se ven obligados a imitar, aunque sea tímidamente, a la Guardia de Hierro, apropiándose de su temática y de sus experiencias.

Es evidente que los cuatro puntos fundamentales de la batalla política de Codreanu: modernización, industrialización, justicia social y plena independencia nacional, son aireados por los actuales jefes de Bucarest únicamente porque el sentido común y la misma política de las cosas los impone incluso a los más acérrimos partidarios del predominio de la ideología y del dogmatismo.

Aparte de lo inconciliable de la matriz ideológica del comunismo y del movimiento de Codreanu, es innegable que el feroz stalinismo que impregna todavía hoy la política interior del país, y que contrasta con la tímida apertura en política exterior, se encuentra en los antípodas del ideario de Corneliu, para el cual el Estado debe ser la expresión de una adquirida educación interior o, mejor aún, la respuesta de todo un pueblo a las exigencias de situaciones económico-sociales en continuo desarrollo.

El interés con el cual Bucarest sigue todavía hoy las vicisitudes de la Guardia de Hierro en la patria y en el exterior, y las feroces persecuciones a que se ven sometidos periódicamente sus militantes, muchos de los cuales no han desistido de la lucha clandestina después de la consolidación del régimen comunista, son una prueba más del hecho de que los actuales dirigentes rumanos consideran al movimiento legionario como la única fuerza capaz de introducirse en la realidad nacional y de sustituir en un hipotético mañana, al actual régimen impuesto en 1944 por las tropas soviéticas de ocupación.

Saben perfectamente que, después de más de treinta años de su desaparición, Codreanu no ha muerto en el corazón de sus compatriotas. Quedan sus libros, *Carticica sefului de cuib* y *Pentru Legionari*, que son su testamento espiritual. Queda el camino que ha señalado a los rumanos y que, tarde o temprano, tendrán que seguir si quieren volver a ser ellos mismos, herederos de sus tradiciones europeas y latinas y no humildes peones de los sátrapas rojos, rusos o chinos, para el caso es lo mismo.

El propio Codreanu escribió: «El que muere como Decéballo, no muere nunca. Es realidad, vive en el corazón de todos los rumanos.»

Este libro se acabó de imprimir
en la ciudad de Barcelona.
en Industrias Gráficas
GASA, S. L., en el
mes de octubre
de 1970

**OTROS TÍTULOS
DE LA MISMA COLECCIÓN
MI TESTIMONIO
ANATOLY MARCHENKO**

Nació el autor en 1938 en la pequeña ciudad siberiana de Barabinsk. En 1960 trabajaba como capataz de un equipo de perforación; en la residencia donde vivía, dos grupos de obreros llegaron a las manos: la policía detuvo indiscriminadamente a los culpables y a los inocentes, y Marchenko fue enviado a un campo de trabajo situado en las proximidades de Karaganda. Se fugó del campo con la intención de cruzar la frontera iraní, pero fue detenido en Ashkhabad y condenado a seis años de prisión por la «traición» de querer abandonar el país. Después de cumplir la condena escribió este libro. El 28 de julio de 1968 fue detenido de nuevo, e inició su actual encarcelamiento.

En su primer paso por los campos Marchenko hizo amistad con July Daniel, el famoso escritor ruso. En otra ocasión conoció en la prisión de Valdimir a Gary Powers, el piloto norteamericano del «U-2», que recibía un tratamiento privilegiado.

Su testimonio es de un valor excepcional, pues describe con todo realismo la dramática situación de los penados en Rusia, que es la suya en la actualidad.

Colección

EL LIBRO BLANCO DE LA HISTORIA

EN CHINA, LA ESTRELLA CONTRA LA CRUZ. F. Dufay. El más impresionante relato de la persecución del catolicismo en China.

LA MENTIRA DE ULISES. Paul Rassinier. Relato de un ex internado de Buchenwald.

EL ESPIONAJE SOVIÉTICO EN ACCIÓN. Léon de Poncins. Suprema advertencia para los gobernantes y ciudadanos de los pueblos libres.

EL OCCIDENTE EN PELIGRO. Bernard Lefèvre. Prólogo de Narciso Perales. Denuncia el más destacado doctrinario de la O.A.S.

LA VERDAD SOBRE EL PROCESO EICHMANN. Paul Rassinier. Un documento de primer orden por el autor de «La Mentira de Ulises».

EL PROCESO DEL GENERAL SALAN. Actas del juicio.

SANGRE LLAMA SANGRE. Giorgio Pisanó. La alucinante verdad sobre la guerra civil en Italia.

CRÍMENES DE GUERRA. J. A. Llorens. Un testimonio histórico, documentadísimo, escrito con insobornable objetividad.

VENDIDOS Y TRAICIONADOS. Van Greelen. «El día más largo» según el reloj alemán.

LA OPERACIÓN «VICARIO». Paul Rassinier. La turbia maniobra perseguida con la representación de «El Vicario», al descubierto.

LUCHAMOS Y PERDIMOS. Orto Skorzeny. Memorias del libertador de Mussolini.

EL JUDAISMO Y LA CRISTIANDAD. Léon de Poncins. Obra reveladora y sensacional, escrita

por un conocido especialista.

HABLA MI CONCIENCIA. José Francisco. Memorias de un exiliado anarquista.

LA IGLESIA Y LA MASONERÍA. Pierre Virion. ¿Es posible un entendimiento?

BORBONES MASONES. Mauricio Carlavilla. Desde Fernando VII hasta Alfonso XIII.

EL DRAMA AFRICANO. Coronel Jean Schramme. Memorias de un africano blanco.

MI TESTIMONIO. Anatoly Marchenko. El autor de esta obra cuenta su paso por las cárceles soviéticas. Por haberla escrito está de nuevo cumpliendo condena en la U.R.S.S.